

DECLIVE DE LA  
**RELIGIÓN**  
Y FUTURO DEL  
**EVANGELIO**

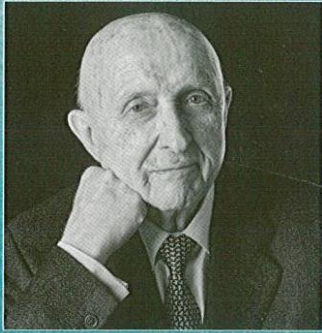
José María Castillo



**2<sup>a</sup>**  
edición

Desclée De Brouwer





**José María Castillo** nació en Puebla de Don Fadrique (Granada) en 1929. Hizo los estudios eclesiásticos en la Facultad de Teología de Granada. Jesuita desde 1956. Doctor en Teología (Universidad Gregoriana de Roma). Profesor de Teología Dogmática (Eclesiología, Sacramentos, Espiritualidad) en Granada. Profesor invitado en Madrid (Universidad de Comillas), Roma (Universidad Gregoriana), UCA (San Salvador).

Ha publicado 52 libros, con un sentido crítico, destacando determinadas incoherencias entre la Teología Dogmática y el Evangelio. Por esto, en 1983, se le retiró la cátedra de Teología Dogmática.

...



**Desclée De Brouwer**

Declive de la religión  
y futuro del Evangelio

José María Castillo

Declive de la religión  
y futuro del Evangelio

2ª edición

Desclée De Brouwer



1ª edición: marzo 2023

2ª edición: mayo 2023

© José María Castillo, 2023

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER S.A., 2023

Henaio, 6 - 48009 Bilbao

[www.edesclée.com](http://www.edesclée.com)

[info@edesclée.com](mailto:info@edesclée.com)

Facebook: EditorialDesclee

Twitter: @EdDesclee

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos -[www.cedro.org](http://www.cedro.org)-), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Impreso en España – Printed in Spain*

ISBN: 978-84-330-3218-8

Depósito Legal: BI-00261-2023

Impresión: Grafo S. A. - Basauri

*A Margarita Orozco*

## Índice

Presentación . . . . .	13
1. El Evangelio al servicio de la religión . . . . .	15
2. El Evangelio enfrentado a la religión . . . . .	19
3. Los problemas que destaca el Evangelio. . . . .	25
4. Poner las cosas en claro. . . . .	29
5. La salud y la vida . . . . .	33
6. El dinero y la riqueza . . . . .	37
7. De la riqueza, a las raíces del capitalismo . . . . .	41
8. Evangelio y economía. . . . .	45
9. Cuando la riqueza nos engaña. . . . .	51
10. Ante todo, el seguimiento de Jesús. . . . .	53
11. Evangelio y forma de vida . . . . .	57
12. Evangelio y seguimiento de Jesús . . . . .	59
13. Fe en Jesús y seguimiento de Jesús . . . . .	61
14. ¿Hay una Iglesia que engaña? . . . . .	65
15. El “seguimiento” y la cruz . . . . .	69
16. La riqueza incapacita para el seguimiento . . . . .	73
17. El bien propio y el bien de los demás . . . . .	77
18. El juicio definitivo de Dios . . . . .	83

DECLIVE DE LA RELIGIÓN Y FUTURO DEL EVANGELIO

19. Lo peligroso que es ambicionar el poder . . . . .	87
20. La mediocridad en el seguimiento de Jesús . . . . .	91
21. Pasión y contradicción . . . . .	95
22. Pablo de Tarso y su “religión de redención” . . . . .	99
23. Religión y Evangelio: ¿en qué difieren? . . . . .	105
24. La evolución del Evangelio hacia la religión . . . . .	109
25. Vivir el Evangelio, ¿es “sospechoso”? . . . . .	115
26. ¿Qué religión practicamos los cristianos? . . . . .	121
27. ¿Por qué la religión mató a Jesús? . . . . .	125
28. El poder del papado . . . . .	129
29. La bondad y humanidad de Dios . . . . .	137
30. El Evangelio, un “proyecto de vida”. . . . .	141
31. El hecho religioso y el hecho evangélico. . . . .	145
32. La desviación de la Iglesia. . . . .	149
33. El inevitable alejamiento del Evangelio. . . . .	155
34. El incansable ejercicio de la caridad . . . . .	161
35. ¿Transmitir el Evangelio desde la religión? . . . . .	163
36. La eficacia del derecho romano . . . . .	167
37. ¿Qué ha ocurrido en la Iglesia? . . . . .	171
38. ¿Respuesta tranquilizante o eficaz? . . . . .	175
39. Jesús no fundó una religión . . . . .	179
40. ¿Hacer del Evangelio una religión? . . . . .	185
41. La clave para conocer el Evangelio . . . . .	189
42. El declive de la religión . . . . .	193
43. La religión va perdiendo interés . . . . .	197
44. Comienzo de un giro nuevo en la Iglesia. . . . .	199
45. La persistencia de la religión . . . . .	201
46. La religión ante la Ilustración. . . . .	205

ÍNDICE

47. Obediencia episcopal y seguimiento evangélico . . . . .	209
48. Declive de la religión y anticlericalismo . . . . .	211
49. El Evangelio como solución . . . . .	215
50. El apostolado nos puede engañar. . . . .	219
51. Práctica de la religión y fidelidad al Evangelio . . . . .	221
52. Riqueza y poder en la Iglesia . . . . .	225
53. La orientación evangélica del papa Francisco. . . . .	229
54. El futuro del Evangelio . . . . .	233
55. Una Iglesia que vive el Evangelio. . . . .	235



## Presentación

El punto de partida de este libro es un hecho bien conocido: *en la Iglesia se ha fundido y confundido la Religión con el Evangelio*. Un hecho tan importante como inadvertido. Son demasiados los cristianos que no se dan cuenta de que *fue la Religión la que se enfrentó a Jesús, persiguió a Jesús y terminó matando a Jesús*. En efecto, fueron los dirigentes de la Religión (el Sanedrín) quienes vieron con claridad que, si no acababan con Jesús y su Evangelio, sería el Evangelio el que acabaría con ellos y su Religión (Jn 11, 47-53). En definitiva, si algo queda patente en los relatos de los evangelios es que ya desde la “fundación de la Iglesia” (*In eiusdem fundatione manifestatur*. Vaticano II, LG, nº 5), se dice y se explica cómo y por qué la Religión y el Evangelio son incompatibles.

Pero hay algo más. No se trata solamente de que la Iglesia haya hecho compatible lo que los dirigentes de la Religión vieron que era incompatible, sino que, además, con el paso del tiempo, durante los siglos III y IV, la Iglesia evolucionó de tal manera que, al tiempo que la presencia de la Religión se fue haciendo más patente, el Evangelio, por el contrario, fue quedando marginado. En consecuencia, sucedió lo que estamos palpando: en la Iglesia que tenemos *está más presente la Religión que el Evangelio*. Es más, para mucha gente el Evangelio ha quedado reducido a un elemento o

componente de la “celebración religiosa” más importante, la misa. Es decir, en cada misa, lo mismo que hay oraciones, ofertorio, consagración y demás, una de esas ceremonias es “el evangelio”. De ahí que la gran mayoría de los fieles que van a misa entran y salen con el convencimiento de ser personas “religiosas”. ¿Se le ocurre a alguien pensar que es una persona “evangélica”? Esto –de lo que no se suele hablar– si es que sucede, sería una extravagancia, algo poco frecuente que a pocas personas se les suele venir a la cabeza, me parece a mí.

¿Hemos pensado a fondo lo que esto representa y sus consecuencias? Esto es lo que pretendo tratar en este libro. No como una teoría, una idea meramente especulativa, sino como una forma de comportamiento. Es decir, entendiendo el Evangelio como una “forma de vida” o quizá mejor como una “forma de vivir”, un comportamiento en el que el centro y el eje de nuestra conducta es el Evangelio y lo que nos exige. Rituales, los indispensables y correctos, para vivir y expresar nuestra relación con el Padre-Dios, que Jesús nos reveló en el Evangelio.

# 1

## El Evangelio al servicio de la religión

Como digo, es un hecho que en la Iglesia se han fundido y confundido Religión y Evangelio, hasta tal punto que una notable mayoría de cristianos –y personas religiosas en general– están convencidos de que el Evangelio es uno de los componentes del “acto religioso” más importante: la santa misa. De forma que saben que uno de los componentes de ese “acto religioso” es la lectura del Evangelio con su consiguiente explicación (la homilía), en la que el sacerdote, el profesional de la Religión, es el que explica, interpreta y dice a los fieles cómo tienen que entender lo que se ha leído para ser obedientes a lo que manda la Religión por boca de sus dirigentes, los sacerdotes.

Esto es lo que en todo el mundo se les enseña a los niños cristianos, lo que hemos visto, aprendido y vivido durante años: el Evangelio es una de las ceremonias de la Religión, y en consecuencia es interpretado por la Religión. Y es un hecho que los sacerdotes explican el Evangelio de forma que la predicación fomente lo que interesa a la Religión y, como es lógico, a sus responsables y dirigentes: los hombres del clero.

Lo que acabo de decir es un hecho patente. Tanto que algunos lectores seguramente se extrañarán de que insista en repetir y recalcar lo que todo el mundo sabe. Pero lo hago porque, en este

hecho tan conocido, se suele ocultar algo de lo que mucha gente no es consciente, que, en teoría, la Religión está al servicio del Evangelio, pero, en la práctica, el fenómeno se produce al revés. Porque son los teólogos y los sacerdotes los que se sirven del Evangelio y lo utilizan para someter a los fieles a la Religión, a lo que piensan, mandan y conviene a los hombres del clero y a los poderosos y gente de dinero para mantener y potenciar el tipo de sociedad, de política y de economía que favorecen siempre no lo que dice el Evangelio, sino lo que le interesa a la Religión.

Con razón el conocido historiador Peter Brown, profesor de la Universidad de Princeton, ha escrito:

*Los ricos comenzaron a entrar en la Iglesia en cantidades siempre crecientes sólo a partir del último cuarto del siglo IV, a menudo para cumplir con funciones de liderazgo en calidad de obispos y de escritores cristianos. Más que la conversión de Constantino en el año 312 ("?" ), lo que marcó el punto de influencia en la cristianización de Europa fue la entrada en las iglesias de riquezas y talentos nuevos, a partir del año 370, aproximadamente. Desde entonces, como miembros de una religión a la que se habían sumado, los ricos y poderosos, los cristianos pudieron comenzar a pensar lo impensable: imaginar la posibilidad de una sociedad completamente cristiana<sup>1</sup>.*

Y esto, si hubiera ocurrido, habría saciado la aspiración de muchos de los obispos y los escritores cristianos de la Alta Edad Media: ser ellos los pensadores y gobernantes de toda la Europa que aquellos hombres seguramente se imaginaban.

1. Peter BROWN, *Por el ojo de una aguja*, Barcelona, Acantilado, 2016, 1034.

Todo esto, en definitiva, nos viene a decir que en la práctica del gobierno eclesiástico, en los siglos IV y V, empezó a imponerse la convicción de que, en la Iglesia, no sólo tenían que fundirse la Religión y el Evangelio, sino que además debía hacerse de manera que el Evangelio estuviera al servicio de los intereses de la Religión. Una aspiración clerical que, en buena medida, se cumplió.

Así se hizo realidad la fusión y la confusión de Religión y Evangelio en la Iglesia. Pero ¿se dieron cuenta los dirigentes de la Iglesia (de aquellos tiempos) del problema que entrañaba? Aquí y en esto estamos tocando el problema clave que tiene que resolver la Iglesia. Veamos en qué consiste.



## 2

### El Evangelio enfrentado a la religión

Si algo queda patente en el conjunto de los relatos evangélicos es que el Evangelio se enfrentó, desde el primer momento, a la Religión. El resultado inmediato fue que, en aquel enfrentamiento, ganó la Religión. Y lo hizo con la victoria más tajante y brutal: la Religión mató a Jesús. Y lo hizo de forma que quedó fuera de toda duda que la Religión, practicada y cumplida hasta el último detalle, es incompatible con el Evangelio. Religión y Evangelio, llevados a la práctica con la más exacta fidelidad, no pueden convivir. Y menos aún fundidos y confundidos, como ha sucedido a lo largo de tantos siglos hasta la actualidad.

Los “hombres de la Religión”, el Sumo Sacerdote, los sacerdotes y levitas dirigentes, los simples sacerdotes, los levitas, los componentes de lo que hoy llamaríamos “el clero”<sup>2</sup>, a los que se sumaron los escribas y los fariseos, se dieron cuenta desde el primer momento de la actividad pública de Jesús de que aquel *Rabbi, maestro y profeta* –según la nomenclatura judía de aquel tiempo<sup>3</sup>– era un peligro muy serio para la Religión tan estricta y normativa que practicaban.

2. Cf. J. JEREMIAS, *Jerusalén en tiempos de Jesús*, Madrid, Cristiandad, 1977, 157-238.

3. J. JEREMIAS, o. c., 252. Cf. Martin Hengel, *Seguimiento y carisma*, Santander, Sal Terrae, 1981, 69-70.

¿En qué consistía semejante peligro? Muy sencillo: para aquellos fieles observantes lo primero y más importante era el sometimiento exacto a la ley y a los ritos de la Religión, que era lo determinante para ellos. Mientras que, para Jesús, lo primero y más importante era curar el sufrimiento de los que padecían enfermedades, miseria y escasez. Esto es lo que queda patente –por poner un ejemplo– en la curación de un hombre que tenía un brazo atrofiado: para los observantes de la Religión lo primero era cumplir la ley religiosa, mientras que para Jesús lo primero era remediar el sufrimiento humano. La consecuencia fue que, inmediatamente, los fariseos y los herodianos (Religión y Política) se pusieron de acuerdo para matar a Jesús (Mc 3, 1-7; Mt 12, 9-14; Lc 6, 6-11).

En el relato del evangelista Juan, el criterio de Jesús se manifiesta de otra manera, pero, en el fondo, lo que queda patente es el mismo principio determinante. En la boda de Caná el problema no fue la curación de un enfermo, sino la celebración de una fiesta: se les acabó el vino en pleno festejo. Y en aquella casa no tenían nada más que agua. Que no era agua para los usos domésticos, sino para las purificaciones de los judíos (Jn 2, 6). Obviamente, era agua “para las purificaciones rituales” de la Religión. Además, en aquella casa los rituales de purificación estaban tan presentes que tenían seis tinajas de piedra con una capacidad de cien litros cada una. O sea, el vino estaba escaso al tiempo que tenían seiscientos litros de “agua religiosa”. Sin duda alguna, la Religión estaba más presente que la fiesta en aquella boda. Pero Jesús, al convertir el agua en el mejor vino (Jn 2, 10), dio a entender que la felicidad humana está por encima del cumplimiento de los ritos religiosos.

Es más, según lo que acabo de indicar se comprende mejor que el relato termine diciendo que este fue “*el principio de los signos que hizo Jesús; y manifestó su gloria y creyeron en él sus discípulos*” (Jn 2, 11). El relato de la boda de Caná nos viene a decir que

la fe en Jesús no se hace vida en nosotros mediante la abundancia y la pesadez (tinajas de piedra) de los rituales de la Religión, sino por la humanidad gozosa que presenta el Evangelio<sup>4</sup>: la abundancia del mejor vino.

Pero el relato de Juan es mucho más elocuente y revolucionario. Porque Juan, a diferencia de los sinópticos (Mc, Mt, Lc), presenta el incidente del Templo, no al final de la vida pública de Jesús, en vísperas de su pasión y muerte (Mc 11, 15-19; Mt 21, 10-17; Lc 19, 45-48), sino al comienzo de su mencionada vida pública, inmediatamente a continuación de la boda de Caná (Jn 2, 13-22). Para comprender la importancia de este acontecimiento es importante saber que el Templo era, en Jerusalén, la mayor fuente de ingresos para la ciudad. Los impuestos que imponía el Templo, la venta y comercio de animales para los sacrificios religiosos, las fabulosas limosnas que aportaban los extranjeros que acudían allí, etc., sostenía a la nobleza sacerdotal, al clero y a los empleados del Templo<sup>5</sup>. Lo más grave es que la adoración a Dios era en realidad un pretexto para hacer negocios lucrativos<sup>6</sup>.

Teniendo en cuenta el conjunto del Evangelio, el incidente que Jesús provocó, látigo en mano, expulsando a toda la gente de aquel enorme santuario y diciendo a los sacerdotes que habían convertido la casa del Padre en una casa de negocios, fue la provocación más fuerte que encontramos en todo el Evangelio. Una provocación en la que Jesús les estaba diciendo a los dirigentes del Templo: “Habéis convertido la Religión en un turbio negocio”. El dinero y las ganancias han sido, desde que hay Religión en este mundo, la trampa y el engaño más repugnante que los profesionales de “lo sagrado” han cometido y siguen cometiendo.

4. Bibliografía sobre este relato, en Jean ZUMSTEIN, *El Evangelio según Juan*, vol. I, Salamanca, Sígueme, 2016, pg. 116.

5. J. JEREMIAS, o. c., 157.

6. J. ZUMSTEIN, *El Evangelio de Juan*, vol. I, Salamanca, Sígueme, 2016, 129.

Por eso Jesús no levantó ningún templo. Es más, a lo dirigentes que vinieron a reprocharle “con qué autoridad hacía aquello”, les presentó un argumento desconcertante: “*Destruid este templo y en tres días lo levantaré*” (Jn 2, 19 a). Y es que, para Jesús, el verdadero santuario era su propio cuerpo (Jn 2, b). Es decir, según el Evangelio, la “relación con lo sagrado” se tiene que convertir en una “relación con lo humano”.

Jesús insistió de nuevo en el tema del Templo cuando, atravesando Samaría, mantuvo una amplia conversación con una mujer samaritana (Jn 4, 4-42). Precisamente, los judíos y los samaritanos no podían entenderse por causa del Templo. Los judíos pensaban que a Dios se le encontraba en el Templo de Jerusalén, mientras que los samaritanos defendían que el encuentro con Dios tenía que ser en el monte Garizín (cf. Deut 11, 29; 27, 11-12). Así lo expresó la samaritana, a lo que Jesús respondió: “*Llega la hora, y ya está aquí, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad*” (Jn 4, 23). Lo que en realidad Jesús le estaba diciendo a aquella mujer es que se ha terminado la tradición de buscar y adorar a Dios en un Templo, sea el que sea. No. Jesús vino a proponer que a Dios lo encontramos donde y cuando “se renueva y se transforma el ser humano”<sup>7</sup>. Cuando nos hacemos y vivimos como seres verdaderamente humanos es cuando encontramos y adoramos a Dios como el mismo Dios quiere ser encontrado y adorado.

En definitiva, el Evangelio nos confronta a tres decisiones fundamentales: 1) Ante la ley de la Religión, que presenta que la sumisión a la ley se antepone al sufrimiento de un ser humano, Jesús optó por la curación del manco, aunque aquello le ponía ya en peligro de muerte (cf. Mc 3, 6 par). 2) Ante el ritual de la Religión, que antepone la exagerada abundancia y pesadez del agua

7. J. ZUMSTEIN, o. c., 198-199.

que exigía la purificación religiosa (600 litros en tinajas de piedra) a la penosa escasez del vino para festejar la boda, Jesús prefiere el buen vino de la boda y margina el agua del ritual religioso. 3) Ante las ventajas económicas y los intereses de los sacerdotes en el Templo, Jesús dijo sin rodeos que el verdadero Templo es el Dios humanizado (encarnado) en el mismo Jesús.

La conclusión no admite duda: si tomamos a Jesús en serio, lo que queda patente es que a Dios lo encontramos, no donde nos lo hemos imaginado o lo hemos inventado los mortales, en la Religión, sino en la profunda y auténtica humanidad, tal y como nos dice el Evangelio de Jesús.



### 3

## Los problemas que destaca el Evangelio

Cualquier lector que pretenda saber lo que enseña el Evangelio no tardará en darse cuenta de que los cuatro libros que recogen los relatos evangélicos (Mateo, Marcos, Lucas, Juan) insisten repetidamente en tres problemas que interesan y preocupan a todo ser humano: la salud, la economía y las relaciones humanas. De ahí la insistencia en las curaciones de enfermos y en atender las carencias que sufren los pobres. A esto hay que añadir el enorme problema de las relaciones humanas: el amor, el odio y el profundo vacío de la soledad, estrechamente vinculada a ellos. En definitiva, salud, pobreza y soledad, las tres grandes raíces del sufrimiento que más preocupan a la humanidad en el tiempo y en la sociedad en que vivimos.

Es importante destacar que el Evangelio no insiste en estos tres problemas diciéndole a la gente que son los más importantes y que se deben resolver cuanto antes y de manera eficaz. Esto lo sabe todo el mundo. Y, por supuesto, son problemas que no se resuelven con discursos y explicaciones, no dependen de teorías ni de sermones, dependen de hechos. Por eso el Evangelio no es un conjunto de teorías que se transmiten mediante la *lingüística*, en la que tiene que darse la debida armonía entre el *significante* (lo que quiero comunicar) y el *significado* (la palabra que uso para lo que pretendo comunicar).

Si lo que pretendo comunicar no es una teoría, sino un hecho, hay que utilizar la *narrativa*, que se realiza mediante el *relato*, y en la que lo indispensable es la armonía entre la *historia contada* y la *enunciación*, es decir, lo que representa o pretende comunicar el relato<sup>8</sup>.

Pues bien, si lo que el Evangelio nos enseña no es una serie de *teorías* (sobre Dios, la Religión, lo sagrado y lo profano...), sino que nos pone ante *hechos* (la salud, la economía, el amor, es decir, la experiencia de sentirse valorado y querido), que son los pilares de la felicidad o la desgracia de los seres humanos, esto nos viene a decir que Dios se nos revela o se nos da a conocer en Jesús, no mediante teorías que nos convencen por la veracidad de sus argumentos, sino mediante la conducta. Una conducta que no se centra en la observancia de normas sagradas y rituales religiosos que tranquilizan nuestra conciencia, sino en remediar el sufrimiento de los seres humanos. Sobre todo, en las tres causas fundamentales que nos hacen sufrir: la enfermedad, la pobreza y el abandono, o lo que es peor, el desprecio y el odio.

Por esto se comprende que la mayoría de los relatos del Evangelio se refieran a curaciones de enfermos y a episodios o parábolas que insisten en la penosa situación de los pobres, en los abusos de los causantes de la pobreza, los potentados y acaudalados, que normalmente abandonan a los que se sienten solos o, lo que es peor, a los que tienen que soportar el aislamiento, el desinterés y hasta el desprecio. Tenía toda la razón del mundo el compositor argentino Rodolfo Sciammarella que, en 1941, compuso y estrenó una canción que pronto se convirtió en un éxito internacional:

8. Daniel MARGUERAT / Yvan BOURQUIN, *Cómo leer los relatos bíblicos. Iniciación al análisis narrativo*, Santander, Sal Terrae, 2000, 36-38.

*Tres cosas hay en la vida:  
Salud, dinero y amor.  
El que tenga esas tres cosas,  
Que le dé gracias a Dios.*

Pues bien, estas tres cosas que hay en la vida, la salud, el dinero y el amor, que nos hacen felices si las tenemos o unos desgraciados si carecemos de ellas, son tres grandes lecciones que transmite el Evangelio. Más aún, no sólo las destaca, sino que las constituye en los tres pilares que nos garantizan la presencia o la ausencia de Jesús en nuestras vidas.

## Poner las cosas en claro

El contenido del capítulo anterior nos puede desorientar si lo que en él se dice no se explica debidamente. Abundan los lectores de los cuatro evangelios que, por ejemplo, interpretan las curaciones de enfermos como milagros que demuestran la divinidad de Jesucristo. O, cuando los relatos se refieren al dinero, a quienes lo tienen en abundancia no se les ocurre otra cosa que dar una limosna como acto de caridad para los necesitados. Y si en un relato evangélico se menciona la importancia del amor, hay quienes se quedan con la conciencia tranquila si ayudan a la parroquia, a la cofradía o al convento que frecuentan. Fervores y piedades que son buenos sentimientos, por supuesto, pero que es demasiada la gente piadosa y devota que se queda en eso y tranquiliza así su conciencia. Todo esto ocurre con bastante frecuencia, por eso es necesario aclarar este asunto y poner las cosas en su sitio.

Ante todo, es indispensable tener presente que el cristianismo no nació de la Religión, sino del Evangelio. Y, como bien sabemos, el Evangelio no fue –ni es– una Religión más, sino “el enfrentamiento de Jesús con la Religión”. Un enfrentamiento tan profundo y radical que terminó en un conflicto mortal: los dirigentes de la Religión condenaron a muerte a Jesús y no se dieron por satisfechos hasta que lo ejecutaron del modo más cruel de aquel tiempo, la cruz.



Visto así el origen y el punto de partida de la Iglesia, el problema que se nos plantea en nuestro tiempo no es el “pos-teísmo” o la “pos-religión”, sino la fidelidad de la Iglesia al Evangelio. Por supuesto, no se trata de que la Iglesia regrese al siglo primero y se limite a reproducir los relatos evangélicos. Eso no tendría ni pies ni cabeza, ni la Iglesia puede hacerlo. Ya he mencionado que lo que importa de los relatos del Evangelio no es su historicidad, sino su significatividad. Es decir, lo que le tiene que interesar a la Iglesia es el significado de las “obras” (“*érga*”) (Mt 11, 1) de Jesús. Dicho de otra manera, lo que importa y lo determinante es comprender y practicar lo que Jesús hacía y cómo lo hacía.

Pero es necesario hacer una advertencia: la actividad de Jesús, sus obras, era desconcertante. Tanto que hasta Juan el Bautista, cuando ya estaba en la cárcel de Herodes, al enterarse de lo que Jesús hacía, mandó a dos de sus discípulos a preguntarle: “¿Eres tú el que tenía que venir o debemos esperar a otro?” (Mt 11, 2). Sin duda alguna, si el Bautista hizo esta pregunta, lo más seguro es que incluso él quedó desconcertado cuando se enteró de que Jesús, en lugar de entregarse a la lucha contra pecadores, recaudadores de impuestos y prostitutas, centró su tarea en remediar sufrimientos, dar vida (incluso a los que habían muerto) y anunciar a los pobres la “buena noticia” (el Evangelio) (Mt 11, 5; cf. Is 61, 1; 35, 5 s; 42, 18)<sup>9</sup>. Pero ¿qué buena noticia se les puede dar a los pobres si no es que van a dejar de ser pobres?

El proyecto del Bautista era la lucha contra el pecado. Juan, en efecto, no cesaba de repetir que su misión era conseguir de sus oyentes la “confesión de los pecados” (Mt 3, 6), el “perdón de los pecados” (Mc 1, 4), “la enmienda para el perdón de los pecados” (Lc 3, 3). Como se ha dicho acertadamente, su mensaje brotaba de

9. Ulrich LUZ, *El Evangelio según san Mateo*, vol. II, Salamanca, Sígueme, 2006, pg. 232.

la decisión de “poner toda la vida bajo el juicio de Dios y no esperar más que su perdón”<sup>10</sup>. Su idea determinante fue el problema del pecado, o sea, la relación del ser humano con Dios, mientras que la idea determinante de Jesús fue (y es) la relación del ser humano con los demás seres humanos. Es decir, el proyecto de Jesús fue la lucha contra el sufrimiento.

Se comprende por eso que el proyecto del Bautista brotó de la Religión, mientras que el proyecto de Jesús brotó del Evangelio. Y por eso, sin duda alguna, Jesús llegó a decir que “*el más pequeño en el Reino de Dios es más grande que Juan Bautista*” (Mt 11, 11 b). Esto corta y pone fin a la tendencia, visible en algunos pasajes de los evangelios, a “cristianizar” al Bautista vinculándolo al Reino de Dios, lo cual es discutible y muy problemático.

Juan Bautista fue un hombre ejemplar que representó el tránsito de la Religión de Israel al Evangelio de Jesús, lo que, como ya hemos dicho, significa que el centro de la Religión, que es la lucha contra el pecado, se desplazó al centro del Evangelio, que es la lucha contra el sufrimiento.

10. François BOVON, *El Evangelio según san Lucas*, vol. I, Salamanca, Sígueme, 2005, pg. 245.

## 5

### La salud y la vida

He dicho que son tres los grandes temas o pilares que se destacan en la actividad de Jesús: la salud, el dinero y el amor. Se trata, en efecto, de tres grandes problemas que, de una manera o de otra, le interesan y le preocupan a todo el mundo.

Empecemos por la salud. Cuando Jesús andaba por el mundo, la enfermedad se explicaba como consecuencia del pecado. Las referencias a la relación entre pecado y enfermedad son antiguas y abundantes<sup>11</sup>. En el Evangelio es elocuente, por ejemplo, el relato del ciego de nacimiento (Jn 9, 2) y el perdón del paralítico (Mc 2, 1-12 par.). Además, todo esto consta también en la *Oración de Nabónides*, texto elocuente de Qumrán<sup>12</sup>.

Como es lógico, esta conexión entre enfermedad y pecado tenía una consecuencia muy negativa para el paciente porque, además de enfermo, era calificado, y por consiguiente despreciado, como pecador. Es decir, era un desgraciado (por la enfermedad) y además una mala persona (por el pecado). De ahí que sanar el cuerpo y dignificar a la persona eran en el fondo la misma cosa, como Jesús dejó patente tantas veces.

11. PLUTARCO, *Moralia*, 561 c; cf. BILLERBECK, vol. I, 495; vol. II, 527-590; M. REIN, *Die Heiligung des Blindgeborenen (Joh 9). Tradition und Redaction* (WUNT 2/7) Tübingen, 1995, 101-108.

12. JOEL MARCUS, *El Evangelio según Marcos*, vol. I, Salamanca, Sígueme, 2010, 244.

Pero, aunque curar enfermos y dignificar pecadores parece una tarea que se debería anteponer a cualquier otra actividad o creencia, los evangelios nos informan de una realidad distinta. La Religión se interpretaba, sobre todo por los más rigoristas (los fariseos), de manera que la curación de un manco (Mc 3, 1-6; Mt 12, 9-14; Lc 6, 6-11) o la sanación de la mujer encorvada (Lc 13, 10-17) fueron motivo de escándalo y hasta –en el caso del manco– de pensar seriamente en matar a Jesús (Mt 11, 12-14).

Además, los más estrictos cumplidores de la Religión vieron un pecado de robo en el hecho de los discípulos de Jesús arrancaran unas espigas porque tenían hambre (Mc 2, 23-26 par). Y más elocuente es el episodio de la curación de un hidrópico (Lc 14, 1-6), que dio motivo de escándalo para los observantes fariseos, a los que Jesús les dijo: “Si se cae un burro o un buey en un pozo, ¿no lo sacas del pozo aunque sea en sábado?”. Es decir: ¿es que apreciáis más la ley que salva al burro que el cariño a vuestro hijo?<sup>13</sup>.

Pero hay más. El evangelio de Juan relata la curación de un paralítico en sábado (Jn 5, 1-9) y la curación (también en sábado) de un ciego de nacimiento (Jn 9, 1-7 ss). Los fariseos, al producirse la curación en sábado, dijeron enseguida que Jesús era un pecador (Jn 9, 24). Para el Evangelio era más importante la salud del enfermo que la sumisión que imponía la Religión. Por el contrario, para la Religión era más importante la observancia de la ley religiosa que la salud y la felicidad de un desgraciado al que nadie atendía.

Es evidente que lo primero y lo más importante para Jesús era la salud, el cuidado y la curación de los enfermos, de los lisiados, de los amenazados en la integridad de su vida. Y esta misma tendría que ser la primera y más importante preocupación de la Iglesia. Una Iglesia que se interesa más por la ortodoxia de su teología, por la observancia de su liturgia, por la abundancia y

13. Cf. W. BEILNER, *Sabbaton*, Dic. Ex. N. T., vol. I, 1331-1340.

el poder del clero, que por la abundancia de hospitales y clínicas bien dotadas, por la calidad y cantidad de médicos y sanitarios o por un servicio farmacéutico que esté al alcance de todos. Una Iglesia que no tiene esta convicción –y actúa en consecuencia– es una Iglesia a la que le importa más la “ley de la Religión” que la “fidelidad al Evangelio”.

Es lamentable y escandaloso que a una Conferencia Episcopal le preocupe más el dinero que recibe para el culto y el clero, que la dotación económica que el Estado dedica a pagar a los médicos y al personal sanitario, así como al mantenimiento de hospitales y clínicas especializadas, de forma que nuestros excelentes sanitarios tengan que irse a países extranjeros en los que son mejor atendidos y costeados que en nuestro país. Y lo más preocupante es que, en los ambientes clericales y eclesiásticos, suele ser muy escasa la importancia que se le da a este enorme problema.

La Iglesia tiene que ponerse al día. Tiene que renovarse. Tiene que demostrar, con hechos y no con meras palabras, que lo primero es el Evangelio actualizado y que, por tanto, responde a lo que hoy más necesitan los ciudadanos en el ámbito de la sanidad pública.

## 6

### El dinero y la riqueza

Jesús nació en unas condiciones extrañas y, en todo caso, en un sitio poco digno para que una madre diera a luz a su hijo. El texto del evangelio de Lucas (2, 7) dice que Jesús nació en un “*katalyma*”. Con esta palabra Lucas acentúa un hecho extraño: el nacimiento de Jesús no se produjo en un espacio destinado a la habitación humana, sino en un establo o en una cueva<sup>14</sup>, espacio indigno para un ser humano, puesto que su madre lo tuvo que acostar en un pesebre (“*phatnê*”). Este fue el principio de la vida de Jesús, y su final se produjo muriendo de la forma más baja que una sociedad puede adjudicar: la de un “delincuente ejecutado”<sup>15</sup>, tal como se hacía entonces con criminales y esclavos.

Por tanto, Jesús nació pobre, vivió pobre y murió en la más absoluta miseria. Un hombre que empezó y acabó así, ¿iba a querer verse representado, en el mundo y en la sociedad, por un Estado majestuoso y soberano, con instituciones, títulos y dignidades que manejan poder y dinero, que ostentan títulos, palacios, rangos del más alto nivel, que además se callan y ocultan negocios y consultas que no es “prudente” publicar? No. Jesús no quiso nada de eso. Ni pudo quererlo.

14. Cf. P. BENOIT, *Non erat eis locus in diversorio (Lc 2, 7)*. Cf. FS. Rigaux, 173-186. Cf. H. Balz – G. Schneider, *Dic. Ex. N. T.*, vol. I, 2239.

15. Gerd THEISSEN, *El Movimiento de Jesús. Historia social de una revolución de valores*, Salamanca, Sígueme, 2005, pg. 53.

En todo caso, lo que está claro en el Evangelio es que Jesús prohibió tajantemente a los apóstoles utilizar dinero para difundir el Evangelio. En el evangelio de Mateo se observan dos cuestiones importantes. La primera es que el anuncio del Evangelio no deber ser nunca un negocio. Y la segunda, que el Reino de Dios no debe anunciarlo el que se ha provisto de víveres, camina con buen calzado y va armado de un bastón contra imprevistos<sup>16</sup>.

Más adelante explicaré dónde y por qué tiene su raíz profunda esta exigencia de Jesús para quienes pretenden difundir el Evangelio y, sobre todo, cómo se puede explicar que el mensaje evangélico solamente se transmite desde el vacío de toda atadura o dependencia, sea la que sea.

De momento, lo importante es dejar claro que no es lo mismo hablar de “dinero” (*chrysos*) que de “riqueza” (*ploutos*). Jesús no prohibió el dinero. Lo que el Evangelio rechaza es la riqueza en cuanto acumulación de dinero en detrimento de los que no tienen lo indispensable para vivir. No es exagerado afirmar que la mayor desgracia de este mundo es la pésima distribución del dinero. Una desgracia que es un crimen mundial y monumental. Y es que el capitalismo, tal como de facto funciona, produce inevitablemente enormes desigualdades que terminan siendo el origen y la causa de espantosos crímenes. Por algo será que en los evangelios –especialmente en el de Lucas–, los adversarios de Jesús piensan y actúan principalmente como personas ricas<sup>17</sup>.

Sin embargo, con el paso del tiempo, en la Alta Edad Media, sobre todo a partir del siglo VI, la entrada abundante de ricos en la Iglesia hizo pensar que las personas ricas no eran los adversarios de Jesús, sino la base de una sociedad verdaderamente cristiana<sup>18</sup>.

16. Mt 10, 9. Cf. ULRICH LUZ, *El Evangelio según san Mateo*, vol. III, Salamanca, Sígueme, 2006, 138-139.

17. Lc 16, 14; 11, 39; 20, 47; cf. F. HAUCK – W. KASH, *ploutos*, en THWNT, VI, 326.

18. *Por el ojo de una aguja*, Barcelona, Acantilado, 2016.

Tan completamente cristiana que se llegó a pensar que esta Iglesia nuestra, la de la tierra, se fundía con la del cielo hasta el extremo de que eran una misma Iglesia, con lo que se pretendía justificar la unión de la tierra y el cielo. Y también que la Iglesia de este mundo fuera la misma que la Iglesia del cielo<sup>19</sup>. Con lo que, en el fondo y sin darse cuenta, los ricachones que hicieron posible aquella Iglesia identificaron sus riquezas con el cielo. Hasta semejante extravagancia deformó aquella Iglesia el Evangelio que Jesús vivió y nos enseñó. Y todo esto se produjo por causa del dichoso dinero y su acumulación en riqueza. Justamente lo que Jesús había prohibido.

19. Y. CONGAR, *L'Éclésiologie du Haut Moyen-Age*, Paris, Cerf, 1968, pg. 61-64.



## De la riqueza, a las raíces del capitalismo

El hecho es que así, la gran potencia económica de la Edad Media fue la Iglesia. Werner Sombart, nos informa de que, según afirmaba L. B. Alberti, “la codicia era un fenómeno general entre la clase sacerdotal de su tiempo”. De forma que, refiriéndose al papa Juan XXII, dice: “Tenía defectos y sobre todo aquel que, como es sabido, es común a casi todos los clérigos: era codicioso en grado sumo, tanto que todo cuanto había en torno suyo se le antojaba venal”<sup>20</sup>, es decir “vendible” o que se deja sobornar con dádivas. Ambición de riqueza, a fin de cuentas.

Así las cosas, no es de extrañar que años más tarde los teólogos Antonino de Florencia y Bernardo de Siena argumentaran y justificaran la fórmula básica y determinante de lo que más tarde resultó ser el capitalismo: *Se prohíbe el préstamo a interés, bajo cualquiera de sus formas; se permite, en cambio, el beneficio del capital en cualquiera de sus formas*<sup>21</sup>. Nació el capitalismo, engendrado por la teología de la Religión que propugnaba la Iglesia del tardo Medievo, siglos antes de que Marx difundiera sus ideas sobre el capital: *La actividad empresarial decidida y enérgica agrada a*

20. W. SOMBART, *El Burgués. Contribución a la historia espiritual del hombre económico moderno*, Madrid, Alianza, 1977, 38.

21. Thom. ANTON. S. mor. II, 1, 5, 37. Cf. W. Sombart, o. c., 257-258.

*Dios, los nobles prodigios, las flores de estufa indolentes y los usureros ociosos, por el contrario, le repugnan*<sup>22</sup>.

Había nacido y estaba en marcha el capitalismo. Con tanta energía y tanta fuerza que, siglos más tarde, en 1920, Walter Benjamín nos dejó una sentencia lapidaria: *El cristianismo en el tiempo de la Reforma no propició el ascenso del capitalismo, sino que se transformó en capitalismo*<sup>23</sup>.

Desde entonces, como reconoce el mismo Benjamín, *El capitalismo es, presumiblemente, el primer caso de un culto que no es expiatorio, sino culpabilizante*<sup>24</sup>. Pero tiene más fuerza que todas las culpas, de ahí que en este mundo ya no manda el dinero, sino la riqueza. Y manda no sólo en la economía política y bancaria, también en las curias diocesanas, en los palacios episcopales, en las catedrales..., en “lo sagrado” manda también el dinero y, si es posible, la riqueza. ¿Es que las catedrales, los palacios episcopales, no pocos conventos y admirables monasterios no son, en sí mismos, manifestaciones ostentosas de “riqueza”?

Lo que nos lleva directamente a otra cuestión que –desde mi punto vista– resulta más preocupante: una Religión que se ha fundido con el capital y con la riqueza, ¿se puede fundir también con el Evangelio? Por tanto, desde una Religión así, ¿es creíble el Evangelio? Las personas que cada semana acuden a los templos salen del acto religioso con el Evangelio oído y explicado, pero siguen viviendo como han vivido años y años. Más aún, viene ocurriendo –sobre todo en las últimas décadas– que el Evangelio y la misa le interesan tan poco a la mayoría de los fieles, que cada año que pasa acude menos gente a los templos. Y si de verdad creemos en el Evangelio, ¿no hay que poner un remedio urgente

22. W. SOMBART, o. c., 260.

23. *Capitalismo como religión*, en *Tesis sobre el concepto de Historia y otros ensayos...*, Alianza, Madrid, 2021, 89.

24. O. c., pg. 86.

a este creciente declive? Pero ¿qué remedio? ¿Hacer mejor lo que estamos haciendo mal?

## 8

### Evangelio y economía

Si realmente queremos remediar el creciente desinterés por el Evangelio y la Religión, la solución debe pasar por tomar en serio el problema de la economía. En el Evangelio, cuando se trata este asunto, aparecen dos palabras predominantes: *dinero* (*chrèma*) y *riqueza*, que se expresa con los términos: *mamónas*, *ousia* y *plousios* (el rico). El Evangelio se preocupa mucho más por la riqueza que por el dinero.

En cuanto al dinero, es elocuente la prohibición que Jesús impuso a sus apóstoles cuando los mandó a evangelizar: “No llevéis ni oro, ni plata, ni calderilla” (Mt 10, 9; Mc 6, 8; Lc 9, 3). Más adelante explicaré la razón de fondo de esta exigencia de Jesús para anunciar el Evangelio. Es un tema fuerte, que toca el centro y el eje de lo que significa la Buena Noticia que Jesús trajo al mundo.

Por otra parte, en lo que se refiere al dinero, es elocuente el breve relato de los donativos que se hacían al templo y el criterio de Jesús sobre este asunto. Los ricos echaban cantidades importantes de dinero en la Sala del Tesoro, mientras que una pobre viuda echó solamente dos ochavos (Mc 12, 42; Lc 21, 1). El criterio de Jesús ante este contraste resulta inquietante: “Esta viuda pobre ha echado en el Tesoro más que nadie, os lo aseguro. Porque todos

han echado de lo que les sobra; ella, en cambio, ... ha echado todo lo que tenía" (Mc 43-44; Lc 21, 3-4). Los criterios del Evangelio sobre el dinero no tienen nada que ver con los nuestros. Para Jesús, en efecto, si hablamos de dinero, lo que importa no es la cantidad, sino la generosidad. En esto se tiene que notar si uno es o no creyente en Jesús y en su Evangelio.

Pero, como es lógico, más determinante que el dinero es la riqueza, la acumulación de dinero. Ya lo he dicho y lo repito: al Evangelio le preocupa más la riqueza que el dinero. El dinero es necesario como instrumento para el intercambio de bienes. La riqueza es la acumulación de dinero que desencadena la desigualdad social. Un fenómeno tan frecuente y peligroso, que –aunque nos parezca otra cosa– es el origen de todas las violencias. Sobre todo porque el “derecho de propiedad, a diferencia de los demás derechos de la persona y del ciudadano, que son indispensables e inalienables, es por naturaleza disponible, es decir, alienable, negociable, transigible”<sup>25</sup>.

Yo no soy filósofo del Derecho, como lo es el profesor Ferrajoli, quien reconoce que no es lo mismo la “diferencia” que la “desigualdad”. La diferencia es un hecho, la igualdad es un derecho. La diferencia es producto de la naturaleza. La desigualdad es producto de la decisión humana. Hombres y mujeres son diferentes por naturaleza, pero iguales en derechos. Esto supuesto, no sé por qué el mismo Ferrajoli afirma que “la propiedad es por naturaleza disponible, es decir, alienable, negociable, transigible”<sup>26</sup>. O sea, si Ferrajoli (y los que piensan como él) tiene razón, el capitalismo y las desigualdades que produce son un derecho que concentra el capital mundial en un reducido número de personas (y países) muy poderosos, al tiempo que más del noventa por ciento de la

25. Luigi FERRAJOLI, *Derechos y garantías*, Madrid, Trotta, 2001, 101-102.

26. O. c., 102.

población mundial tiene que resignarse a la miseria, el sufrimiento y la muerte que les amenaza y les espera.

En todo caso, por más que la propiedad sea por naturaleza disponible, alienable, negociable y transigible (según Ferrajoli), la propiedad de los bienes indispensables para vivir es clave para mantener la vida o, de lo contrario, para dar muerte a millones de seres humanos. Ahora bien, planteado así el problema, nadie puede invocar derechos que desencadenan desigualdades de sufrimiento y muerte. Antes que los presuntos derechos, que invocan los pensadores, está la vida que se les niega a millones de seres humanos.

Por eso se comprende lo que dice el Evangelio sobre la riqueza, que entraña y desencadena un problema tan preocupante. El Evangelio explica las consecuencias de la riqueza a partir de tres conceptos que se expresan mediante tres palabras: “*Mammón*” (de la injusticia), “*plousios*” (rico), “*ousia*” (riqueza). Quienes más utilizan esta terminología son los evangelios de Mt y Lc, lo que indica que este vocabulario proviene de la llamada fuente Q, cuyo origen es anterior a dichos evangelios. Queda con ello patente que el problema de la riqueza fue una de las principales preocupaciones que tuvieron los primeros creyentes en Jesús.

Según el evangelio de Mt, Jesús lo dijo ya en el sermón del monte con una expresión tajante: “*No podéis servir a Dios y a Mammón*” (Mt 6, 24; Lc 16, 13). Lo que quiere decir: No podéis estar al servicio de Dios y al servicio de las exigencias que impone el “dios de la riqueza” o el “dios de la injusticia”<sup>27</sup>. Esto es lo que viene a significar la denominación de Dios como “*Mammón*”<sup>28</sup>. La riqueza de unos pocos a costa de la pobreza, el sufrimiento

27. F. BOVON, *El Evangelio según san Lucas*, Sígueme, Salamanca 2004, 106.

28. H. J. DEGENHARDT, *Lukas Evangelist der Armen*, Sturthardt 1965, 120-123.

y la muerte de millones de criaturas, es un comportamiento que Jesús rechaza radicalmente. Porque quien rinde culto al “dios *Mammôn*”, no es simplemente el que tiene dinero para vivir, sino el que acumula dinero hasta convertirlo en riqueza.

La riqueza (“*plousios*”) (Mc 10, 25, cf. 10, 23) hace imposible para quien la posee entrar en el Reino de Dios, porque engaña al poseedor y lo incapacita para entender lo que Dios le dice (Mc 4, 19)<sup>29</sup>. El mismo planteamiento se encuentra en el evangelio de Mt (19, 21-24), pero sin duda alguna es el evangelio de Lucas el que expone de manera más tajante la convicción dura y firme contra los ricos<sup>30</sup>. El rico granjero no se da cuenta de que lo único que importa es ser rico ante Dios (Lc 12, 21). Como difícil es, para el rico, encontrar el acceso al Reino de Dios (Lc 18, 24-25). Por eso los adversarios de Jesús son exactamente las personas ricas (Lc 16, 14-15; cf. 11, 37-53), de ahí la conducta que Lucas expone en las parábolas: la del rico epulón y Lázaro (Lc 16, 14-31), la del gran banquete del Reino (Lc 14, 15-23; Mt 22, 1-10) o la del hijo pródigo (Lc 15, 11-32). Y antes de entrar en Jerusalén para sufrir la pasión y muerte, el ejemplo de Zaqueo, que había robado una fortuna cobrando impuestos y dio lo robado a sus víctimas (Lc 19, 1-10). En otros relatos se exige la entrega total de los bienes en favor de los pobres (Lc 18, 22; 12, 33).

Por último, en el mismo evangelio de Lc (15, 12-13), en la parábola del hijo pródigo, el relato utiliza el término “*ousía*” (riqueza), que indica la fortuna que el padre le dio generosamente al hijo menor. Fortuna que llevó a la ruina total al desgraciado individuo, que no podía comer ni lo que comían los cerdos en el campo<sup>31</sup>.

29. Cf. F. HAUCK – W. KASCH, en TWNT VI, 316-330.

30. H. MERKLEIN, *Dic. Ex. N. T.* vol. II, 1017.

31. Cf. L. SCHOTROFF, *ZThK* 68 (1971) 27-52.

La conclusión es tan clara y patente como dura y exigente: la mayor desgracia que tenemos que soportar los seres humanos es la ambición desordenada, que ha transformado el dinero en riqueza. De ahí la concentración mundial del capital, cada año mayor y en manos de un reducido número personas obsesionadas con su riqueza.

Efectivamente, los últimos y más documentados estudios sobre la desigualdad económica han dejado patente que “a la mitad de la población le sigue correspondiendo una parte insignificante del patrimonio total. El fuerte aumento de la riqueza privada en manos del diez por ciento más rico de la población, especialmente en Estados Unidos, implica que la parte correspondiente al resto de la población se ha desmoronado de manera gradual e inquietante”<sup>32</sup>. Con el agravante que destaca el mismo Piketty: *La sacralización de los multimillonarios*.

En efecto, estamos ante un discurso de exaltación de empresarios y multimillonarios. Por supuesto yo no soy economista ni he estudiado ciencias políticas ni económicas. Pero no estoy ciego para ver lo que representa y llega a ser una ideología sin límites. Hay ciudadanos que “parecen considerar que Bill Gates, Jeff Bezos y Mark Zuckerberg inventaron ellos mismos los ordenadores, los libros y los amigos respectivamente. Da la impresión de que nunca serán lo suficientemente ricos y que la gente humilde del planeta nunca podrá agradecerles suficientemente lo que han hecho por los demás”<sup>33</sup>. En realidad, el origen de la desigualdad económica no está ya en la lucha de clases, como defendieron Marx y Engels, sino en la lucha de ideologías.

32. Thomas PİKETTİ, *Capital e Ideología*, Barcelona, Planeta 2019, 822; cf. del mismo autor, *Una breve historia de la igualdad*, Barcelona, PAPF, 2021.

33. O. c., 852-853.

## Cuando la riqueza nos engaña

Con lo dicho hasta ahora, estamos tocando un factor determinante: la riqueza nos engaña, y cuando se justifica por motivos relacionados con la Religión, nos engaña más a fondo y con peores consecuencias. Porque nos hace ver el dinero y la riqueza como medios necesarios para hacer apostolado. Y así, el “rico apostólico” justifica su riqueza mediante una convicción en la que está el engaño, nos hace ver la riqueza, la importancia y las “dignidades” de este mundo como instrumentos indispensables para que podamos ser eficaces “apóstoles del Evangelio”.

Dicho más claramente y de una vez: la riqueza engaña a la Iglesia, porque cuando la justifica y hasta se ve necesitada de ella, lo que hace, en realidad, es alejarse del Evangelio.

Y así, basándose en este criterio, tenemos en la Iglesia tantas catedrales, tantos palacios episcopales, tantos y tan impresionantes monumentos, tantos monasterios, tantas obras de arte, tantas propiedades. Y el apego que sea necesario a la política y a los políticos que toleran, ayudan y favorecen la labor de la Iglesia que, haga o no apostolado, lo que sin duda hace es darle consistencia al que manda.

Naturalmente, lo que acabo de decir no se puede generalizar. De sobra sabemos la cantidad de cosas buenas y evangélicas que



se hacen en la Iglesia, a costa de una enorme abnegación, por el bien de los que más lo necesitan. Estaría falseando la realidad si no ponderase debidamente la ejemplar labor de la Iglesia. Callarse la ejemplaridad de la Iglesia sería mentir, esto se debe tener siempre en cuenta.

Pero seamos honestos y reconozcamos la totalidad de lo que se hace y se vive en esta Iglesia nuestra. Lo que he dicho hasta ahora es perfectamente comprensible si lo que la Iglesia pretende es mantener, potenciar y dar esplendor a la Religión, con sus obispos y sacerdotes, sus conventos de religiosos y religiosas, sus universidades, sus colegios, sus obras de caridad y, sobre todo, la solemnidad de sus ceremonias. Es evidente que para mantener y fomentar todo esto, la Iglesia necesita dinero y hasta le es indispensable la riqueza. Mucho dinero y abundante riqueza.

De lo dicho no cabe duda, sobre todo si, como ya he dicho antes, fundimos el Evangelio con la Religión, de manera que la lectura del Santo Evangelio se reduce a un acto más del ceremonial litúrgico que los fieles escuchan de pie y en el que aguantan (con frecuencia) la homilía que el predicador de turno despacha con más o menos acierto.

El problema se plantea si pensamos todo esto más a fondo, teniendo en cuenta que no es posible hacerlo si la Iglesia se desentiende del Evangelio. Pero, si la Iglesia quiere vivir y actuar de acuerdo con el Evangelio, lo primero que necesita aceptar es que tanto la misma Iglesia como el auténtico Evangelio tienen un punto de partida común que posiblemente nos sorprenda y hasta nos desconcierte a todos los que pretendemos pertenecer a la verdadera y auténtica Iglesia: el "seguimiento de Jesús".

## 10

### Ante todo, el seguimiento de Jesús

En los cuatro evangelios, el comienzo y el factor determinante de la relación de los primeros discípulos con Jesús no fue la fe, sino el seguimiento. Lo primero y decisivo para Jesús al organizar el grupo de los apóstoles no fue preguntar a cada uno de ellos "¿Crees en mí?". Esto no aparece en ningún texto de los evangelios. Baste saber que los tres evangelios sinópticos (Mc, Mt y Lc) hablan de la "fe" 36 veces, mientras que el "seguimiento" de Jesús se trata en 57 ocasiones, teniendo además en cuenta que el elogio de la fe que hacen los sinópticos se refiere principalmente a los enfermos que Jesús curaba<sup>34</sup>. Es decir, lo que el Evangelio nos informa sobre la fe poco tiene que ver con el *Tratado Dogmático "De Fide"*, que elaboraron los teólogos medievales o el Concilio Vaticano I en la Constitución dogmática *De Fide* (cap. 3º). Lo uno no niega lo otro. Simplemente, son planteamientos distintos.

Cuando Jesús empezó a llamar a los que iban a ser los fundadores y dirigentes de las comunidades cristianas<sup>35</sup>, lo determinante y decisivo fue el seguimiento. En efecto, lo primero que les dijo a

34. J. ALFARO, "Fides in terminología bíblica". *Gregorianum*, vol. 42, 1961, pgs. 476-477.

35. JUAN A. ESTRADA, *Para comprender cómo surgió la Iglesia*, Estella, Verbo Divino, 1999, 160-161.

aquellos hombres se redujo a una sola palabra, un mandato, una exigencia: *Sígueme* (*akolouthé moi*) (Mt 8, 22; 9, 9; cf. 19, 21; Mc 2, 14; cf. 10, 21; Lc 5, 27; 9, 59; cf. 18, 22; Jn 1, 43; 21, 19. 22). Y lo notable es que, ante esa sola palabra, los que recibieron el mandato lo dejaron todo, abandonaron cuanto tenían, se quedaron sin nada, sin familia, sin trabajo, sin casa... Y se fueron con Jesús.

Lo que más impresiona en este hecho es –como bien destacó Dietrich Bonhoeffer– que Jesús mismo y Jesús solo fue la llamada. ¿Qué contenido tenía aquel llamamiento? Algo tan sencillo como radical: “Déjalo todo, vente conmigo”. “Esto es todo” (*Das ist alles*). Al hacer una llamada tan totalizante y radical, Jesús no propone un programa de vida, ninguna meta, destino o finalidad, ningún ideal, ningún objetivo. De forma que, en realidad, para el sujeto que es llamado algo tan fundamental como la seguridad en la vida, reside y radica en la “comunidad con Jesús”<sup>36</sup>.

Por lo demás, si llamativa es la oferta y llamativo también el mandato de Jesús (“*Sígueme*”), resulta chocante la respuesta de los que fueron llamados: “*Inmediatamente (eutheös) dejaron la barca y a su padre*”. Y así, despojados de todo, *siguieron a Jesús* (Mt 4, 22 par).

Esta exigencia –el despojo total– no admitía excepciones, ni casos de especial gravedad. Jesús no tenía ni un cabezal para dormir (Mt 8, 20 par). Pero lo más radical y exigente es lo que el mismo Jesús le dijo a un letrado que pretendió “seguirle”: “*No podía poseer ni lo que poseen las zorras o los pájaros, ni podía permitirse anteponer el entierro de su propio padre, ni ir primero a despedirse de su familia*” (Mt 8, 18-22; Lc 9, 57-52). Teniendo en cuenta además que, por influjo de los fariseos, “el último servicio a los muertos se había enaltecido a la cima de

36. D. BONHOEFFER, *Nachfolge*, München, Keiser Verlag, 1982, 28-29.

todas las buenas obras”<sup>37</sup>. El despojo total era el punto de partida para poder empezar a poner en práctica el seguimiento de Jesús. Enseguida voy a indicar lo que esto, en el fondo, significa.

Pero antes que ninguna otra consideración, se hace necesario tener presente el episodio del “joven rico”, que se relata en los tres evangelios sinópticos (Mc 10, 17-31; Mt 19, 16-29; Lc 18, 18-30). La clave de este relato está en el comentario de Jesús cuando el joven rico, observante cumplidor de todas las exigencias de la Ley divina (sin duda era un hombre profundamente “religioso”), tras oír de labios de Jesús “*Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes y se lo das a los pobres... y luego ven y sígueme*” (Mt 19, 21 par), rechaza la propuesta. Fue precisamente la riqueza lo que impidió al joven hacer lo que Jesús le dijo. Jesús lo interpretó inmediatamente: “*Os aseguro... más fácil es que entre un camello por el ojo de una aguja, que no que entre un rico en el Reino de Dios*” (Mt 19, 23-24 par).

La significación del comentario de Jesús ha sido resumida por uno de los mejores y más recientes comentarios del evangelio de Mateo, el de Ulrich Luz: “El pensamiento básico es que hay un antagonismo radical entre los bienes terrenos y el Reino de Dios. El dicho de Jesús sobre el camello y el ojo de la aguja vale... en toda su crudeza: la contraposición es proverbial<sup>38</sup> y nombra el animal más grande y el orificio más pequeño<sup>39</sup>.”

Hay que decirlo con claridad, sin titubeos, con toda su fuerza: *el Evangelio y la riqueza son incompatibles*. A partir de esta tajante afirmación evangélica es como hay que entender y vivir el seguimiento de Jesús. Sin olvidar que, según el Evangelio, el seguimiento es más importante y decisivo que la fe. Tengamos

37. Martin HENGEL, *Seguimiento y carisma*, Santander, Sal Terrae, 1981, 20-21.

38. BILLERBECK, vol. I, 828.

39. U. LUZ, *El Evangelio según San Mateo*, vol. III, Salamanca, Sígueme, 2003, 175.

presente que la fe es básicamente una creencia mental, mientras que el seguimiento es una forma de vida en la que depositamos nuestra seguridad.

## Evangelio y forma de vida

Pero con la formulación genérica que he apuntado al final del capítulo anterior, no hemos llegado al fondo. La afirmación central del Evangelio, en lo referente a nuestra forma de vida, la formuló Jesús cuando anunció, por primera vez, el final trágico que le esperaba en Jerusalén: “*Padecer mucho... y ser ejecutado*” (Mt 16, 21 par.). Es decir, Jesús afirmó sin rodeos que el final de su vida iba a ser el fracaso de un condenado como malhechor. Y fue entonces cuando pronunció la afirmación central de la vida cristiana: “*Si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y me siga*” (Mt 16, 24 par).

Aquí es decisivo tener muy claro lo que lúcidamente dejó escrito el ya citado Ulrich Luz: “La negación de sí mismo... no significa suicidio, porque también el suicidio puede ser obra de la propia voluntad humana. Negarse a sí mismo significa conocer a Cristo, no ya conocerse a sí mismo, fijarnos en aquel que va delante de nosotros”. No es eso, sino “una forma de vida alternativa, no orientada en el yo, que sólo es posible por la adhesión a Jesús”<sup>40</sup>.

40. O. c., 644. Cf. U. Luz, *Selbstverwirklichung? Nachdenkliche Überlegungen eines Neutestamentlers*, en F. de Boor (ed.), *Selbstverwirklichung als theologisches und anthropologisches Problem*. Halle, 1988, 132-152.

Ahora bien, si la vida del que sigue a Jesús no puede estar centrada en el yo, en los intereses y seducciones del que pretende ser cristiano, no queda más remedio que centrar la propia vida y la propia seguridad no en sí mismo, sino en los demás, sobre todo en los que más sufren.

En definitiva, el Evangelio expresa básicamente, en la negación de sí mismo, un “no al afán de posesión”. Esto se ajusta al puesto central que ocupa, en el sujeto, la advertencia sobre la riqueza”<sup>41</sup>.

Pues bien, llegados a esta conclusión tenemos que dar un paso más. Un paso decisivo. Ya he dicho que, si nos atenemos a lo que enseñan los evangelios sinópticos sobre la fe y el seguimiento de Jesús, se advierte enseguida una diferencia notable entre la fe (36 menciones) y el seguimiento (57). Teniendo en cuenta, además, que cuando los sinópticos mencionan la fe se refieren casi siempre a la fe de los enfermos que eran curados por Jesús<sup>42</sup> y que, en otros casos, Jesús elogia la fe de personas que pertenecían a otras religiones: el centurión romano (Mt 8, 5-13 par), la mujer siro-fenicia (Mt 15, 21-28) o el samaritano leproso (Lc 17, 11-19).

El Evangelio, por tanto, elogia una fe que no se limita a la creencia en verdades y doctrinas reveladas. La fe es, sobre todo, una confianza y hasta una identificación (en la medida de lo posible) con la bondad y la generosidad de Jesús.

La fe, por consiguiente, tiene su eje y su centro en la forma de vida que lleva el que se considera creyente. Pero la fe no lo es todo, porque su eje determinante es el seguimiento de Jesús.

41. U. LUZ, o. c., 645.

42. J. ALFARO, o. c., 476-477.

## 12

### Evangelio y seguimiento de Jesús

No es posible entender y vivir el Evangelio si no ponemos en el centro de nuestros deseos y aspiraciones a la vida cristiana, al “seguimiento de Jesús”. Esto, ante todo, y como punto de partida.

En la Iglesia, al cristiano se le exige, ante todo y sobre todo, la exactitud y la fidelidad a las creencias, la aceptación íntegra de los dogmas que el Magisterio de la Iglesia propone, impone y obliga.

Por esto no es de extrañar que, en el gobierno de la Iglesia, una de las instituciones de máxima importancia sea el Santo Oficio, la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe. Y a nadie le extraña que en el Vaticano no exista una Sagrada Congregación para proponer, exigir y controlar el Seguimiento de Jesús. Y es que, en el fondo, la Iglesia se ha institucionalizado de forma que lo que tiene mayor importancia es la sumisión de los cristianos a la doctrina y a las enseñanzas del Magisterio Eclesiástico, así como el exacto cumplimiento de las normas y rituales que marca e impone la Liturgia propia de los sacramentos. Todo esto es lo propio de una Religión y lo que la caracteriza.

Además de que –puestos a decir– lo que acabo de indicar en el párrafo anterior, que se pone en práctica mediante bautizos, misas, bodas y en general las incontables ceremonias sagradas de templos y conventos, constituye una fuente inagotable de ingresos económicos para la Iglesia y para el personal que vive de ella.

Ahora bien, dicho esto, resulta difícil de entender que en la vida, la doctrina y las enseñanzas de la Iglesia, parece que la fe es más importante que el seguimiento de Jesús. Como he dicho, la Iglesia vigila y controla el dogma y la liturgia. ¿El seguimiento de Jesús? En los ambientes eclesiásticos a nadie le quita el sueño. ¿Por qué? Muy sencillo: dogma y liturgia son componentes esenciales e indispensables de la Religión, mientras que el seguimiento de Jesús es –para teólogos, clérigos y no pocos creyentes– un tema propio de la espiritualidad. Y bien sabemos que esto es un asunto privado que cada cual se lo organiza y se lo gestiona como prefiere.

En todo caso, cuando el Evangelio menciona el seguimiento de Jesús, se refiere por supuesto al despojo total de riquezas, bienes y seguridades. Por eso, mientras que la fe (en el Evangelio) es la experiencia del que “recibe” un bien *para sí mismo*, el seguimiento es la generosidad del que “se despoja” de todo lo que tiene, para bien de los demás, especialmente los más necesitados (Mc 10, 21; Mt 19, 21; Lc 18, 22), los débiles, los pequeños, los últimos. Es una inversión total de la vida, de la orientación de la vida, de sus aspiraciones, de su seguridad.

## 13

Fe en Jesús  
y seguimiento de Jesús

En el evangelio de Juan, la fe tiene una presencia tan frecuente como desconcertante. En efecto, este evangelio no utiliza el sustantivo *pistis* (“fe”), sino el verbo “creer” (*pisteuō*). Y lo notable es que en el evangelio de Juan este verbo se repite 98 veces, con un significado en el que “conocer y saber” son parte de la estructura de la fe o se consideran elementos estructurales del creer<sup>43</sup>. La creencia que se orienta fundamentalmente a la revelación de Dios en Jesús.

Por tanto, creer en Jesús es creer en Dios. Porque Jesús y el Padre “son uno” (Jn 10, 30). De ahí que Jesús llegó a decir a los dirigentes judíos: “*Si no creéis en mí, creed en mis obras*” (Jn 10, 37-38). Con lo cual venía a decir: *Mi conducta es la conducta de Dios*. Es decir, la forma de vida que llevó Jesús es lo que hace a Dios presente en el mundo<sup>44</sup>, vivir como vivió Jesús es hacer presente a Dios en este mundo. En el fondo, es otro lenguaje y otra forma de plantear y explicar el “seguimiento de Jesús”: solamente viviendo como vivió Jesús es como podemos conocer a Dios y hacerle presente en nuestra sociedad y en nuestro mundo.

La consecuencia es que, para ser cristiano de una pieza y creyente de verdad, no basta la fe ni ser fiel observante de la religión

43. G. BARTH, en *Dic. Ex. Del N. T.*, vol. II, 955-956.

44. Jean ZUMSTEIN, *El Evangelio según Juan*, Salamanca, Sígueme, 2016, 458.

con sus ritos y sus normas, por más ortodoxa que sea nuestra religiosidad. La fe es importante, por supuesto. También lo son las normas, las leyes, los cánones, la observancia de lo que mandan nuestros obispos, dicen los sacerdotes y enseñan los catecismos y libros similares. Pero, si no tomamos en serio y ponemos en primer lugar el seguimiento de Jesús, centrando en eso nuestra seguridad, seremos cristianos engañados. Que es, por desgracia, un hecho bastante frecuente en esta Iglesia que tenemos.

¿Por qué se puede –y hasta se debe– decir lo que acabo de afirmar? Porque lo más importante y determinante en la Iglesia es el Evangelio. Pero no sabremos lo que es el Evangelio mientras no comprendamos y aceptemos que este Evangelio, del que tanto hablamos, no consiste en un conjunto de teorías o doctrinas que debemos asumir como verdades que aceptamos con nuestra inteligencia, de forma que vivamos en la ortodoxia, en la recta doctrina a la que sometemos nuestro entendimiento.

Pero eso no basta. El Evangelio es ante todo un conjunto de relatos que nos exponen una forma de vida, una praxis. El Evangelio es una “teología narrativa”. Es decir, lo constitutivo del Evangelio no es una serie de teorías o doctrinas a las que el creyente somete su inteligencia. Insisto, no es eso. El seguimiento de Jesús no es una teoría o una doctrina, por más ortodoxa que sea o por más sumisamente que se acepte mediante nuestro saber y entender. El centro y el eje del Evangelio no va por ahí.

Por esto el gran teólogo Johann Baptist Metz dijo: *No hay ninguna distinción precisa entre narración y mandato, según la cual el oyente pudiera primero escuchar las historias de Jesús y luego reflexionar sobre las consecuencias que podría o no sacar para sí mismo*<sup>45</sup>. Y añade: *El saber cristológico no se constituye ni se transmite primariamente en el concepto, sino en estos relatos*

45. *La fe entre la Historia y la Sociedad*, Madrid, Cristiandad, 1979, 67.

*de seguimiento*<sup>46</sup>. Es decir, la teología cristiana –a diferencia de cualquier otro saber– no se aprende en los libros, en las clases magistrales ni en las enseñanzas teóricas más eruditas. No y mil veces no. La teología que aprendieron los discípulos de Jesús y que transmitieron a las futuras generaciones, en las que estamos nosotros, no fue una teología aprendida en clases impartidas por doctores. La teología, que el Evangelio nos transmite, y que es la teología a partir de la cual nosotros podemos ser cristianos, es la que los apóstoles aprendieron “siguiendo a Jesús”. O sea, viviendo con él y como él.

46. L. c.

## ¿Hay una Iglesia que engaña?

Todo lo que no sea lo que acabo de decir en el capítulo anterior es “engañarse” y “engañar”, es vivir engañados y andar por la vida engañando a los que aceptan nuestras teorías. Y, si de las teorías pasamos a la práctica, el gobierno de la Iglesia exige y vigila, ante todo, la ortodoxia, la recta doctrina. Para eso existe el Santo Oficio, como he dicho. Y por eso en la Iglesia se han quemado vivos a los herejes o se han destituido a los desobedientes o a los que se han considerado como tales.

Esto supuesto, mi pregunta es: ¿se ha vigilado, en la Iglesia, con el mismo interés y esmero, el seguimiento de Jesús?

Sin duda alguna, no. Ni le hemos prestado el interés que merece y exige. Como ya he dicho antes, el seguimiento se ha interpretado como un tema de espiritualidad, un asunto para días de retiro en conventos, casas de Ejercicios Espirituales o comunidades religiosas de monjes y monjas, así como otros ambientes cristianos muy “selectos”.

Sin embargo, si nos atenemos a lo que nos enseña el Evangelio, la relación de los discípulos con Jesús no se empezó a gestionar y vivir mediante la fe, sino mediante el seguimiento. En efecto, cuando en los relatos de los Evangelios Jesús llama a alguien para que le siga, ya he dicho que Jesús nunca pregunta previamente:



“¿crees en mí?”. Jesús se limita y va derecho a lo esencial: “*Sígueme*” (*akoloúthei moi*) (Mt 9, 9; cf. Mc 2, 14-17; Lc 5, 27-32). Y, antes de esta llamada, el tema capital del seguimiento de Jesús es el que orienta y define a los discípulos de Juan Bautista (Jn 1, 37; 43). Es más, en los evangelios sinópticos, el punto de partida del discipulado cristiano y, por tanto, el comienzo de la respuesta a la llamada de Jesús es el seguimiento (Mc 1, 16-21; Mt 4, 18-22; Lc 5, 1-11).

Además, en este asunto, lo que vale para la recta doctrina, vale igualmente para la correcta liturgia. Por eso, si para mantener intacta la recta doctrina se instituyó el Santo Oficio, para legislar, vigilar y exigir el debido culto religioso, la Iglesia tiene en el Vaticano la Sagrada Congregación para la Liturgia. Un dicasterio que no puede controlar lo que pretende exigir.

Me explico: en la liturgia los ritos son determinantes y, por eso mismo también los rituales. Ahora bien, “los ritos son acciones que, debido al rigor en la observancia de las normas, se constituyen en un fin en sí”<sup>47</sup>. Lo cual entraña un peligro inevitable: que las personas religiosas tranquilicen sus conciencias, se liberen de los sentimientos de culpa y de los peligros de una experiencia de caos, cumpliendo fielmente lo que exige el rito.

La religión actúa entonces como un sedante de la conciencia, el acto tranquilizador de los sentimientos de culpa para personas que, normalmente y en contraste con sus ritos y rituales, son muy fieles y exactos en “lo sagrado”, pero causantes de frecuentes sufrimientos en “lo profano”, en ámbitos fundamentales de la vida, de la sociedad y de la convivencia, en asuntos tan importantes y decisivos como la economía, las relaciones familiares, la política, la profesión y hasta la intimidad de la vida de las personas.

47. Gerd THEISSEN, *La Religión de los primeros cristianos*, Salamanca, Sígueme, 1002, 151-152.

No cabe duda de que efectivamente hay “una Iglesia que engaña”. No es que actúe con esa intención, sino que educa y se fía de personas “creyentes” y “observantes”, que en realidad viven lejos –quizá demasiado lejos– de lo más elemental y decisivo que Jesús nos enseñó con su forma de vivir. Son personas cargadas de Religión, pero alejadas del Evangelio.

Es claro que en la vida y en la teología de la Iglesia se ha marginado el seguimiento de Jesús. Por eso en la Iglesia hay tantos cristianos que no tienen ni idea de lo que es ni de su importancia en la vida de una persona que cree en Jesús. Es más, no creo que sea un despropósito afirmar que en la Iglesia se ignora o incluso se le tiene miedo a poner el centro de la vida en el seguimiento de Jesús.

Resulta mucho más fácil poner el centro en la fe (ortodoxia) y en la liturgia (rituales y oraciones), al tiempo que quienes mandan (el clero), imponiendo la doctrina, dominan las ideas, someten el pensamiento y controlan más fácilmente a los fieles. Por otra parte, insistiendo en el cumplimiento de la liturgia y practicando los sacramentos, los fieles se sienten en paz, con un complemento que no es despreciable. Me refiero al consabido tema de los intereses y apetencias de sacristía: bautizos, misas, bodas, entierros, novenas y otras celebraciones clericales que proporcionan dinero y otros intereses.

El contraste de todo este fabuloso tinglado o refinada programación (eclesiástica) no fue algo pensado y gestionado desde el egoísmo, la ambición y la maldad. La explicación de este trastorno eclesial tiene raíces más profundas, que más adelante explicaré. De momento me limito a repetir, de nuevo, que la clave está en el hecho de haber desplazado el centro del Evangelio del seguimiento de Jesús, a la ortodoxia de la fe y a la sumisión al culto y la liturgia.

## El “seguimiento” y la cruz

Los cristianos no hemos pensado suficientemente que cuando Jesús empezó a anunciar a sus discípulos el final cruel y humillante que le esperaba en Jerusalén (Mc 8, 34; Mt 16, 21; Lc 9, 22; cf. Jn 12, 26), afirmó: “*El que quiera venirse conmigo, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame*”.

Esto nos quiere decir, ante todo, que para seguir a Jesús lo primero que hay que hacer es “*cargar con su cruz*” (Mc 8, 34; Mt 16, 24; Lc 9, 23). Por supuesto esto no significa ni representa un autocastigo, la privación de todo lo que resulte agradable y proporcione felicidad. El seguimiento de Jesús no puede consistir en una forma de masoquismo que nos prohíbe y nos priva de toda experiencia que nos pueda hacer felices. No es eso. Y si así fuera, cualquier ser humano que esté en sus cabales mandaría el Evangelio a tomar viento.

Jesús no nos puede exigir una vida indeseable, que terminaría en resentimiento y desequilibrio para nuestra condición humana. El Evangelio no se vive desde la extravagancia, ni los seguidores de Jesús pueden ser gente amargada. La prueba más elocuente de este rechazo de toda muestra de amargura es el primer milagro que relata el evangelio de Juan: la conversión del agua en vino en la boda de Caná (Jn 2, 1-12).

Entonces, si el proyecto de Jesús era nuestra humanización y nuestra felicidad, ¿cómo se explica que el Evangelio nos diga que tenemos que “cargar con una cruz”, que es el signo de muerte más cruel que podemos imaginar?

Ya he dicho que el seguimiento de Jesús exige abandonar todo lo que nos ata en la vida. Ante todo, lo que más nos ata: los vínculos a determinadas personas, aunque sean nuestros propios familiares, y más que nada las ataduras al dinero y, sobre todo, a la riqueza. Pero ¿por qué hay que cortar con todo lo que más nos atrae y nos ata en la vida?

La respuesta es clara y comprensible. Solamente cortando con lo que nos ata y condiciona nuestra vida y nuestra seguridad podemos ser libres. El gran problema de la vida es la libertad para estar siempre disponibles y hacer el bien a quien más nos necesita. Porque son muchos –millones y millones– los que nos necesitan.

¿Por qué se puede hacer esta afirmación? ¿Qué conexión tiene la libertad cristiana con el seguimiento de Jesús? Esta es la gran pregunta que la Iglesia tiene que responder. Y también la cuestión básica en la que la teología se tiene que centrar.

Ya hemos referido que lo primero que Jesús dijo a sus discípulos fue solamente una palabra, un llamamiento: “*Sígueme*”. Este escueto imperativo, que era y es totalizante, se repite once veces en los evangelios (Mt 8, 22; 9, 9; 19, 21; Mc 2, 14; 10, 21; Lc 6, 27; 9, 59; 18, 22; Jn 1, 43; 21, 19. 22). A este mandato –enigmático y sin explicaciones– hay que sumarle la interpelación que, de nuevo, el mismo Jesús hizo a la gente en general: “*El que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo, que cargue con su cruz y me siga*” (Mt 16, 24; Mc 8, 34; Lc 9, 23).

La respuesta a la llamada al seguimiento fue dejar inmediatamente todo lo que tenían y, en un cambio radical de vida, irse con Jesús. Lo determinante fue (y es) la necesidad insustituible de

abandonar todo lo que cada cual tenía o tiene. De forma que el seguimiento de Jesús no es compatible con ninguna limitación o condicionante, si es que aceptamos el Evangelio y lo que en él se exige: despojarse hasta de lo que tienen las zorras en sus madrigueras, los pájaros en sus nidos, el deber y el consuelo de acompañar al cadáver del propio padre o la simple despedida de la familia (Mt 8, 18-22; Lc 9, 57-62). ¿No es esta una serie de exigencias extravagantes sin pies ni cabeza?

Naturalmente, si estas exigencias de Jesús se toman al pie de la letra, la conclusión sería que el Evangelio es impracticable, por la sencilla razón de que exige tanto que no se puede poner en práctica. ¿Cómo se tiene que entender y practicar el seguimiento de Jesús según las renunciaciones y exigencias que impone el mismo Jesús?

La respuesta está en una sola palabra: “libertad”. Es decir, no vivir atado a nada ni a nadie en nuestra vida. ¿Cómo se puede entender y practicar esta exigencia, tan clara como temible?

En el evangelio de Juan se encuentra una formulación simbólica, que aporta un criterio y un camino de solución. En efecto, según el IV Evangelio, Jesús le dijo a Nicodemo: “*Tenéis que nacer de nuevo... El viento sopla donde quiere y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene. Ni a dónde va; así es todo el que nace del Espíritu*” (Jn 3, 7-8). Evidentemente, el que “nace de nuevo” es “otra persona”. ¿En qué puede consistir un cambio tan radical y totalizante? Jesús se lo explicó a Nicodemo: “*El viento sopla donde quiere y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo el que nace del Espíritu*” (Jn 3, 8). Pues bien, si algo hay en este mundo que nada ni nadie puede controlar, es el viento<sup>48</sup>. Esta es la imagen simbólica que expresa, con claridad y

48. C. H. DODD, *The Interpretation of the Fourth Gospel*, Cambridge 1954, 277-282.

evidencia, que seguimiento de Jesús y libertad son dos realidades, dos experiencias inseparables.

En efecto, solamente puede seguir a Jesús el que “nace de nuevo” porque es una persona tan libre que vive como el viento. No está atado a nada ni a nadie. Por eso, el que sigue a Jesús es una persona insobornable. Con frecuencia desconcertante. Y para no pocas instituciones (políticas, sociales, religiosas, comerciales...), una persona libre es una persona peligrosa.

Ahora bien, de sobra sabemos que hay dos realidades que nos seducen y nos atan hasta encadenarnos y envilecernos, por más que se consigan a base de mentiras y autoengaños desvergonzados que, a veces, pueden llegar a ser delictivos e incluso criminales. Tales engaños están siempre motivados por dos agentes, la riqueza y el poderío. Estos dos pilares son los dos condicionantes que hacen imposible el seguimiento de Jesús.

Por supuesto que en la sociedad, y en cualquier agrupación o empresa, se necesita tener el dinero indispensable para vivir; y se necesita igualmente alguien que ejerza la autoridad para el gobierno y mantenga el debido orden en la convivencia. Pero con decir esto no basta. Es indispensable explicar más detalladamente cómo la riqueza y el poderío hacen imposible enterarse de lo que enseña el Evangelio. Y cómo hay que vivirlo.

## 16

La riqueza incapacita  
para el seguimiento

Aquí no hablamos de dinero o autoridad. El problema está en la ambición de riqueza y en el empeño por manejar el mando. La importancia que tiene el poderío sobre los demás. El que va por este mundo apeteciendo enriquecerse y ser un personaje importante, ni puede entender el Evangelio, ni puede seguir a Jesús. Los textos del Evangelio son, en este asunto, tan claros como tajantes.

En efecto, por lo que se refiere a la riqueza, los relatos del Evangelio son claros y elocuentes. El más claro es el del fiel observante de la Ley que preguntó a Jesús si, además de su observancia, le faltaba algo más para conseguir la vida eterna (Mc 10, 17; Mt 19, 16; Lc 18, 18). Era una persona cumplidora de la Religión, pero notaba, en su intimidad, que le faltaba algo. Y algo importante. Por eso acudió a Jesús. Y su respuesta no admite dudas: “*Si quieres ser perfecto, vete a vender lo que tienes y lo das a los pobres... y luego ven y sígueme*” (Mc 10, 21, par).

El modelo de persona que Jesús quiere supera la observancia de la Religión. Lo que Jesús le dijo a aquel hombre religioso y observante es una afirmación que supera la Religión. La idea es que no basta la sumisión a normas y rituales. Seguir a Jesús es romper nuestras dependencias del dinero, de la riqueza y del poderío. El que no rompe con el dinero, la riqueza y el poderío

no puede seguir a Jesús. Aquí y en esto está la clave de nuestra relación con el Evangelio.

Ahora bien, el que está atado a tales dependencias podrá ser una persona satisfecha, pero habrá conseguido su satisfacción a un precio muy alto; ha perdido su libertad. Es el satisfecho encadenado a sus cuentas, sus negocios y sus bancos, quizá también a sus trampas y, en nuestro tiempo, en no pocos casos, encadenado a paraísos fiscales de los que seguramente también es posible que dependa. Y no pensemos ingenuamente que todo esto es asunto de capitalistas y negociantes de alto nivel. Lo es, por supuesto. Pero no nos debería extrañar que instituciones eclesíásticas “de peso” anden implicadas en asuntos económicos y negocios que “se deben ocultar”.

En todo caso, somos ya demasiados los que vivimos dependientes y sometidos al “nivel de vida que nos corresponde” según los criterios que la sociedad nos ha impuesto. Una sociedad que ha hecho trizas la igualdad, de manera que, como se ha dicho recientemente: “Mientras las rentas de las distintas clases de la sociedad contemporánea sigan fuera del ámbito de la investigación científica, será inútil abordar el estudio de una historia económica y social válida”<sup>49</sup>. Vivimos en tal desequilibrio social y económico que ya no es posible ni analizar a fondo la desigualdad angustiosa y destructiva en la que tenemos que salir adelante en la vida.

En cualquier caso, la desigualdad, en lo que se refiere a la riqueza y la pobreza, es tal que, por poco que se analice, resulta impresionante. Y lo peor es que tiene sus raíces y su origen en un hecho sorprendente y del que no se podía esperar lo que en realidad ha ocurrido (y que además va en aumento). Me refiero nada menos que al “proceso del que surge la civilización”.

49. Thomas PIKETTY, *Una breve historia de la igualdad*, Barcelona, Deusto, 2021, 13.

En efecto, lo que llamamos civilización surgió del impulso de las tecnologías. Pero este hecho, decisivo en la historia de la humanidad, se produjo de tal manera que, a medida que la llamada civilización ha ido creciendo, se nos hace más insoportable y que ha tenido una consecuencia fatal: la “evolución tecnológica” y la “evolución social” empezaron a crecer y siguen haciéndolo, pero en sentido inverso. La evolución tecnológica como progreso, la evolución social como degradación. Los países más industrializados han alcanzado un alto nivel tecnológico a costa del empobrecimiento de los países menos desarrollados y de los ciudadanos más vulnerables.

Así surgió el problema más grave que soportamos los seres humanos: el de la desigualdad. Es necesario tener muy claro que no es lo mismo la *diferencia* que la *desigualdad*. La diferencia es un *hecho*, la igualdad es un *derecho*<sup>50</sup>. La diferencia procede de la naturaleza, la igualdad (o la desigualdad) en derechos procede de las decisiones humanas, condicionadas por el poder y las conveniencias de los que mandan<sup>51</sup>. De ahí que sería conveniente analizar más a fondo el punto de vista de Ferrajoli<sup>52</sup>.

50. Luigi FERRAJOLI, *Derechos y garantías*, Madrid, Trotta, 2001, 79.

51. Paul KOSCHAKER, *Europa und das römische Recht*, München, C. H. Beck, 1958.

52. O. c., pgs. 121-123.

## El bien propio y el bien de los demás

En las parábolas evangélicas es donde seguramente Jesús expone de manera más firme y tajante hasta qué extremos el Evangelio antepone el bien de los demás al de uno mismo. Quien quiera seguir a Jesús ha de cumplir esta convicción, determinante y definitoria, de vivir el Evangelio con plena conciencia de lo que significa.

Veamos lo que, sobre este planteamiento, nos vienen a decir tres parábolas evangélicas. Estos pequeños relatos presentan brevemente episodios que nos explican lo que tiene que ser y cómo tiene que ser la vida de quienes han tomado la decisión de seguir a Jesús. Tenía toda la razón Franz Kafka cuando dejó escrito: *Si practicarais las parábolas, vosotros mismos os convertiríais en parábola, y de este modo os veríais libres de la fatiga diaria*<sup>53</sup>. Por eso, por la importancia que tienen, voy a explicar el contenido central de tres parábolas.

La primera, porque me parece la más elocuente, la parábola “del buen samaritano” (Lc 10,29-37), que se suele interpretar como una exhortación para amar al prójimo. Y efectivamente tal exhortación es central en esta parábola. Pero el que se quede en eso no ha entendido su contenido central y determinante, porque para ello es necesario comprender que se trata de la respuesta de

53. *Die Erzählungen*, Frankfurt, 1951, 328.

Jesús a quien le pregunta: “¿Quién es mi prójimo?” (Lc 10, 29). Ante esta pregunta, la respuesta de Jesús es sorprendente. Porque, para los profesionales de la Religión (el sacerdote y el levita), el prójimo no es el ser humano, aunque esté agonizando (como la víctima de unos bandidos) en la cuneta de un camino (Lc 10, 31-32). El sacerdote y el levita, al ver a un hombre tirado en el suelo, quisieron ante todo evitar cualquier impureza que, según la ley religiosa, se producía si un clérigo del templo tocaba un cadáver (Lev 5, 2-3; 21, 1-3; Núm 5, 2-6. 6-8; 19, 1-22; Ez 44, 25-27)<sup>54</sup>. Por eso los profesionales de la Religión hicieron la “vista gorda” ante el sufrimiento humano. Para ellos, era más importante la pureza religiosa que el sufrimiento de una víctima humana. Justamente lo contrario de lo que pensaba y sentía un samaritano, que era, a juicio de los judíos, un hereje. Por eso, lo que nos enseña la parábola del buen samaritano es que nuestro prójimo, al que primero y ante todo tenemos que atender, no es el que nos propone la Religión, sino el que nos manda Jesús en el Evangelio. O sea, lo primero en la vida no es someterse a la Religión, sino remediar el sufrimiento humano.

En segundo lugar, es destacable la parábola “del rico epulón y el pobre Lázaro” (Lc 16, 19-31). Es notable el interés que ha suscitado esta parábola y, en consecuencia, la cantidad de estudios y explicaciones que se han dado de ella<sup>55</sup>. Un dato capital, que a mi juicio es clave para entender lo que nos enseña este relato, es advertir que todo (la vida, la muerte y el destino definitivo después de la muerte), absolutamente todo, se explica a partir de dos personajes: un rico y un pobre que se llama Lázaro. En el relato hay un dato que suscita interés y atención, pero en el que mucha gente

54. F. BOVON, *El Evangelio según san Lucas*, vol. II, Salamanca, Sígueme, 2002, 119.

55. Cf. François BOVON, *El Evangelio según San Lucas*, vol. III, Salamanca, Sígueme, 2004, 137-166.

no se fija. Me refiero a que el rico no tiene nombre, ni se dice quién era, mientras que del pobre sabemos que se llamaba Lázaro. Este nombre significa “Dios ayuda”<sup>56</sup>. Del rico, lo único que sabemos es que “vestía de púrpura y lino fino, y que celebraba cada día fiestas brillantemente” (Lc 16, 19). O sea, se daba la gran vida. Del pobre, además del nombre, el texto de Lucas dice que “yacía junto al portal” de la mansión del rico. Además, Lázaro estaba allí “cubierto de úlceras, deseando saciarse de lo que caía de la mesa del rico; pero eran los perros los que venían a lamerle sus úlceras” (Lc 16, 20). En definitiva, el disfrute gozoso del rico junto al sufrimiento humillante del pobre. Este relato, tan repugnante, no es la historia de dos hombres. Es el contraste brutal y odioso de la riqueza junto a la pobreza. Luego viene el desenlace final que le espera a la riqueza y a la pobreza (Lc 16, 22-31). Un desenlace que no pretende explicar cómo son el cielo y el infierno, porque lo que está más allá de la muerte, está en el ámbito de la trascendencia. Y lo que nos trasciende, no está a nuestro alcance ni lo podemos conocer. Lo que nos dice el Evangelio es que la “desigualdad cruel y criminal” que existe en este mundo no tiene solución “si no escuchan a los profetas” (Lc 16, 31), que, para los cristianos, se reduce y se condensa en “seguir a Jesús y vivir lo que nos dice el Evangelio”. La riqueza seduce hasta tal extremo que hace insensible a quien la disfruta, por más que en la puerta de su casa tenga constantemente al mendigo más desamparado que podamos imaginar. Esto es lo más grave y preocupante que produce la riqueza. Tanto que el reciente ensayo de Thomas Piketty, *Breve Historia de la igualdad*, termina reconociendo que los últimos estudios sobre este asunto han dado lugar a “la publicación de informes y obras colectivas, así como el desarrollo de la base de datos sobre la desigualdad”. O sea, que un estudio serio y profundo sobre la

56. J. ERNST, *Lukas. Ein theologisches Portreit*, Düsseldorf, 1958, 473-474; François Bovon, o. c., 154.

igualdad termina reconociendo que lo que tenemos es la misma desigualdad de siempre. La riqueza sigue dominando a la pobreza.

La tercera parábola que presentan los evangelios sobre el tema de la riqueza es la enseñanza del “Banquete del Reino” (Mt 22, 1-14; Lc 14, 15-24). El tema central de esta parábola, como en las dos anteriores, radica en cómo enjuicia Jesús el problema de la riqueza. Las dos redacciones (Mateo y Lucas) difieren en cuestiones de importancia, que aquí no voy a explicar. No se trata, en este libro, de hacer exégesis bíblica de los textos. Lo que pretendo destacar es la coincidencia en el tema central de estas parábolas. Pues bien, como es sabido, la comida-banquete (“simposio”) fue, en la antigüedad, una institución social que marcaba la importancia de los invitados y las costumbres que determinaban la vida y el nivel social de los comensales. En este sentido, son elocuentes los libros sobre “El Banquete” (Platón, Plutarco...) que nos legó la literatura de la antigüedad clásica<sup>57</sup>. Por esto –y dada la importancia que tenía un banquete para expresar un mensaje social– se comprende que Jesús lo eligiera para expresar su enseñanza sobre riqueza y pobreza (Mt 22, 1-14; Lc 14, 15-24). Los dos relatos de la parábola difieren en cuestiones secundarias, pero coinciden en el tema capital: Es imposible comprender y vivir, desde la riqueza, lo que representa y exige el Evangelio. Es decir, en el banquete del Reino de Dios la riqueza no entra, mientras que la pobreza, representada en los mendigos más desgraciados y vagabundos, es la que disfruta y representa la satisfacción y la dignidad de los que entran en el Reino. Y todavía una advertencia importante: el que organiza un banquete, por el motivo que sea, invita a los amigos. Desde los lejanos tiempos de Platón, a un “*simposio*” se invitaba a quienes abarcaba la “*philia*” (amistad)<sup>58</sup>. En el tema que presento

57. Cf. Dennis R. SMITH, *Del Simposio a la Eucaristía*, Estella, Verbo Divino, 2009.

58. Dennis E. SMITZ, o. c., 101-102.

aquí, más que de amistad, hablamos de religiosidad. En la parábola del banquete, los amigos del rey, que organizó la fiesta, dejaron patente que no eran verdaderos amigos, porque les interesaban más sus negocios y riquezas que participar en la fiesta. Ahora bien, si aplicamos la parábola, no a la amistad, sino a la religiosidad, es inevitable reconocer que, con demasiada frecuencia, la religiosidad nos engaña. Porque pretendemos justificar la riqueza echando mano de nuestra religiosidad, nuestra piedad y nuestras devociones, los deberes y obligaciones que impone la institución a la que pertenecemos, etc. Y, así, caemos en la trampa tranquilizante de nuestras piedades, devociones y fidelidades a la Religión, no precisamente al Evangelio. Sin duda alguna, “la experiencia religiosa de todos nosotros ya no es de fiar”<sup>59</sup>.

59. Thomas RUSTER, *El Dios falsificado*, Salamanca, Sígueme, 2011, 228.



## El juicio definitivo de Dios

Pero aún queda una enseñanza de Jesús que es seguramente más fuerte y elocuente que todo lo explicado hasta ahora sobre el tratamiento de la riqueza y la pobreza en el Evangelio. Me refiero al juicio definitivo y universal que Dios hará de la humanidad (Mt 25, 31-46). Este texto, ¿es una parábola o es una descripción del juicio al que Dios someterá a todos los seres humanos? La respuesta más frecuente de los biblistas es que se trata de una descripción del juicio final por el que todos tendremos que pasar<sup>60</sup>.

En este relato del juicio definitivo de Dios, lo central es que se nos dice en qué consiste el “compendio de la doctrina y de las exigencias de todo el Evangelio”. Incluso de toda la ética cristiana<sup>61</sup>. ¿En qué radica y se resume el mencionado “compendio”?

Todo se condensa en una respuesta: A Dios solamente se le encuentra aliviando el sufrimiento de los demás. Dicho de otra manera: “La persona indigente es el lugar de Dios en el mundo”<sup>62</sup>. El texto del Evangelio es tan elocuente como transparente. A Dios se le encuentra remediando el hambre, la sed, acogiendo al forastero, ayudando al que no tiene ropa que ponerse, acompañando

60. Ulrich LUZ, *El Evangelio según san Mateo*, vol. III, 662-663.

61. Cf. L. J. FRAHIER, *Le Jugement dernier. Interpretations éthiques pour le bonheur de l'homme*, Paris 1992.

62. U. LUZ, o. c., 668.

al enfermo, al que está en la cárcel... O sea, Dios está donde hay pobreza, miseria, necesidad apremiante, soledad, desamparo, privación de libertad... Como acertadamente dijo Gustavo Gutiérrez, en su *Teología de la liberación*: “El amor a Dios no puede expresarse nada más que en el amor al prójimo”. Tanto más cuanto más indigente es el prójimo.

Pero la descripción del juicio no termina aquí. Si importante es saber dónde está Dios y cómo se le encuentra, más importante es saber dónde y cómo no se encuentra a Dios. Donde falta la comida, el agua, la nacionalidad apetecida (con su debida documentación), la ropa necesaria, el hospital y el médico, donde además hay cárcel y no libertad. Quienes se ven obligados a soportar todo eso, quienes lo sufren y no tienen esperanzas, al tiempo que hay quienes lo tienen todo y acumulan cada día más, los que acumulan riquezas sabiendo que más de la mitad de la humanidad carece de lo indispensable, ahí, viviendo en semejante abundancia, es donde no se encuentra a Dios (Mt 25, 41-45).

Así es Dios. Y así es su criterio. Quienes vivimos en países y sectores de la sociedad donde abunda la riqueza, por mucha fe que imaginemos tener, vivimos en un engaño y en una mentira que nos incapacita para ver que, con nuestra religiosidad, nuestros rezos y nuestras piedades, solamente imaginamos que encontramos a Dios.

Y es que, como decíamos, “la experiencia religiosa de todos nosotros ya no es de fiar”<sup>63</sup>. La Religión y las prácticas religiosas bien cumplidas nos tranquilizan la conciencia, y esa paz interior nos hace creer que cumplimos con cuanto se refiere a Dios y nos relaciona con Él. Pero esa creencia puede ser falsa, y con frecuencia lo es. Todo lo que sea bienestar, provecho propio y ganancia nos puede engañar en nuestra relación con Dios. En definitiva, es el

63. Thomas RUSTER, *El Dios falsificado*, Salamanca, Sígueme, 2011, 228.

efecto-engaño que brota de la riqueza. Quienes viven en la abundancia pueden caer fácilmente en la trampa del “ateísmo religioso”. El ya citado profesor Ruster, refiriéndose a lo que ocurrió en Alemania durante los años de la Segunda Guerra Mundial, dice que “el holocausto se produjo dentro de una cultura conformada por el cristianismo. No solo los campos de concentración estaban ubicados cerca de museos, auditorios y bibliotecas, no solo quienes planearon y ejecutaron el exterminio leían a Goethe y a Schiller, sino que la mayoría de aquellos facinerosos habían recibido durante años clases de religión cristiana, asistían con frecuencia al culto divino y escuchaban sermones e instrucciones morales. Existió un cristianismo que hizo posible Auschwitz, o al menos no lo impidió. No hubo una protesta, una resistencia general de los cristianos en Alemania cuando Auschwitz se hizo visible, ni cuando se fue conociendo más y más lo que allí sucedía. También cabe decir que la predicación cristiana marcada por la teología no proclamó la solidaridad de los cristianos con los judíos impuesta por la fe. Se enseñó, entendió y vivió la fe en el Dios de los cristianos olvidando la comunión de éstos con el pueblo de la alianza, elegido y querido por ese mismo Dios. Toda la teología cristiana anterior a Auschwitz queda bajo la sospecha de haber fracasado en un punto central... Hay que preguntarse ya en qué difieren la ‘providencia’ de Hitler y su ‘Todopoderoso’, por una parte, y Dios, por otra”<sup>64</sup>. Y es que, tanto el “Todopoderoso” de Hitler como el “Dios” de los cristianos confundieron la seguridad que da la riqueza y el poderío, con el Padre que nos reveló Jesús y se encuentra en el pobre, el hambriento, el sediento, el enfermo y el extranjero, incluso el privado de libertad en la celda de una cárcel.

64. *El Dios falsificado*, pgs. 32-33.

## Lo peligroso que es ambicionar el poder

Tiene poderío el que se impone y manda sobre los demás. Y los demás se le someten. En este sentido, el que maneja el poder es el más importante. Este criterio —más bien un hecho— viene dañando a la Iglesia desde su punto de partida, porque ya el concilio Vaticano II, en la Constitución sobre la Iglesia<sup>65</sup>, dice, no que Jesús “fundó” la Iglesia, sino que “hizo realidad el comienzo” (“*initium fecit*”) de la Iglesia, “anunciando el Reino de Dios”.

Ahora bien, en este anuncio del Reino de Dios, es decir, en el Evangelio, quedaron ya patentes los enfrentamientos que los primeros Apóstoles tuvieron con Jesús, y entre ellos mismos, precisamente por acaparar el poderío, el mando, la dominación y la importancia máxima en la comunidad de seguidores. Comunidad que, como digo, fue el punto de partida de la Iglesia.

Lo más notable de estos enfrentamientos y conflictos (de los Apóstoles con Jesús y entre ellos mismos) está relacionado con el trágico final de la vida de Jesús en este mundo. Desgraciadamente, no es frecuente encontrarlo (bien explicado) en los abundantes comentarios de los evangelios que circulan entre estudiosos y predicadores.

---

65. *Lumen Gentium*, n° 5.

Jesús anunció tres veces a sus discípulos que el final de su vida estaba cerca y, sobre todo, que iba a ser un final trágico y cruel: se aproximaba su pasión y muerte al ser rechazado por los senadores, los sumos sacerdotes y los maestros de la Ley (Mc 8, 31 par; Mc 9, 31 par; Mc 10, 33 ss.)<sup>66</sup>. Lo cual no es de extrañar. El mismo Joachim Jeremias nos hace notar que “el curso exterior de su ministerio tuvo que obligar a Jesús a contar con una muerte violenta”<sup>67</sup>. Sus constantes conflictos con los dirigentes de la Religión oficial, que tenía su centro en el templo de Jerusalén, tuvieron que hacerle pensar en el cruel final que le esperaba.

Ahora bien, parece natural e inevitable que aquellos hombres que seguían a Jesús y que, por hacerlo, habían abandonado familia, casa, trabajo y bienes, quedándose sin nada en este mundo, tuvieran una doble reacción: 1º) Rechazar y resistirse a que su Maestro acabara su vida de forma tan cruel y vergonzosa. 2º) Si es que efectivamente se iban a quedar sin su Señor, lo lógico es que se les ocurriera pensar y resolver –y posiblemente desear– quién iba a ser el nuevo dirigente del grupo. Insisto en esta doble reacción porque, antes de los tres anuncios de la pasión y muerte, a ninguno de “los Doce” se le había ocurrido rechazar frontalmente lo que Jesús les decía, ni se habían producido discusiones por ver cuál de ellos era el primero o el más importante.

Pues bien, tras el primer anuncio del trágico final de Jesús a sus seguidores más cercanos (Mc 8, 31; Mt 16, 21), Pedro increpa (reprende con dureza y severidad) a Jesús, resistiendo con firmeza al desenlace que esperaba a su Señor. Y es entonces cuando Jesús se enfrenta a Pedro utilizando una expresión extremadamente dura: “*Quítate de mi vista, Satanás*” (Mt 16, 23 par). Justamente la misma expresión que Jesús utilizó contra el demonio en la última

66. J. JEREMIAS, *Teología del Nuevo Testamento*, vol. I, Salamanca, Sígueme, 1974, 321.

67. J. JEREMIAS, o. c., 323.

tentación que soportó en el desierto (Mt 4,10)<sup>68</sup>. Pretender seguir a Jesús con la condición de que ese seguimiento no toque nuestra seguridad, nuestra dignidad y, por supuesto, nuestra vida, no es seguir a Jesús. Las personas que practican la Religión y se quedan (sin más) en eso, suelen pensar como pensaba Pedro cuando se enfrentó a Jesús. No dan más de sí.

Así empezó la tensión final entre Jesús y sus discípulos. La clave del problema que planteó entonces Jesús es tremenda: “*Si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y me siga*” (Mt 16, 24; Mc 8, 34; Lc 9, 23). Como bien se ha dicho, “la negación de sí mismo” no va contra la búsqueda de sí mismo, sino contra la autoconservación de quien vive “fijado en su propio yo”<sup>69</sup>.

Los discípulos de Jesús lo habían dejado todo por ir y estar con él. Pero en las tensiones que se produjeron entre Jesús y sus discípulos se advierte claramente que aquellos hombres “seguían fijados en su propio yo”. Mientras Jesús fue un triunfador que atraía a las multitudes y era admirado por el pueblo, aquellos pescadores y pecadores lo dejaron todo y se fueron con el Jesús que seducía a las masas. Pero cuando se dieron cuenta de que Jesús era un hombre amenazado que anunciaba un fracaso final, quedó patente que aquellos presuntos seguidores de Jesús eran en realidad hombres que estaban dispuestos a triunfar mientras Jesús triunfó. Pero cuando el propio Jesús empezó a predecir que se le venía encima un fracaso mortal, el ambiente del grupo se enrareció. Jesús les decía que, si querían seguirle, debían “cargar con la cruz”, que es la expresión más patética y peligrosa que se le podía decir a cualquier ciudadano del Imperio<sup>70</sup>.

68. Ulrich LUZ, *El Evangelio según San Mateo*, II, pg. 640.

69. E. DREWERMANN, *Das Markusevangelium*, Otten, 1987, pg. 581.

70. Cf. Joachim GNILKA, *El Evangelio según san Marcos*, vol. II, Salamanca, Sígueme, 2005, 26.

Todo esto nos viene a decir que, aunque los primeros discípulos de Jesús abandonaron casa, familia, trabajo... el mero hecho de abandonar lo que se ve y se palpa no oculta la realidad de que aquellos hombres seguían fijados, cada uno, en su propio yo.

Por eso Jesús insistió de nuevo en el tema, patético y aterrador, del final que le esperaba en Jerusalén. Por esto y en estas condiciones Jesús atravesó de nuevo Galilea, pero de forma que “no quería que nadie lo supiera” (Mc 9, 30). ¿Por qué este aislamiento de la gente? Según el relato de Marcos, el motivo de Jesús para hacer este viaje aislado de la gente y centrado sólo en los discípulos más íntimos fue precisamente el ir instruyendo a aquellos doce hombres de la muerte que iba a sufrir en Jerusalén. Un anuncio patético y estremecedor que aquellos primeros Apóstoles “no lo comprendían y (hasta) tenían miedo de preguntarle” (Mc 9, 32). Como hemos dicho, “los discípulos seguían a su Maestro, pero su postura interior se encontraba todavía muy lejos de ser un seguimiento auténtico”<sup>71</sup>.

## 20

La mediocridad  
en el seguimiento de Jesús

¿Por qué esta especie de “mediocridad” en el seguimiento, tratándose precisamente de hombres que “Lo habían dejado todo y habían seguido a Jesús”? (Mc 10, 28; Mt 19, 27; Lc 18, 28). Es una pregunta razonable, tanto como la respuesta que ya hemos formulado según la certera observación de E. Drewermann de que aquellos primeros discípulos “seguían fijados en su propio yo”.

¿En qué se fundamenta esta afirmación? Cuando llegaron a Cafarnaún y estaban ya tranquilos en casa, Jesús les hizo a los Doce una pregunta incómoda: “¿De qué discutíais por el camino?”. Ninguno respondió. Todos se callaron, porque en el camino “discutieron entre ellos quién era el más importante” (Mc 9, 33-34 par). Como es lógico, tuvieron motivos suficientes para callarse como muertos cuando Jesús los enfrentó a lo que llevaban en su intimidad profunda.

Por esto exactamente, Jesús –que ya había anunciado por primera vez el final que iba a sufrir– no se enfadó, ni les reprendió. Se sentó tranquilamente y les dio esta consigna fundamental: “Si alguno quiere ser el primero, que se ponga el último de todos y se haga el siervo de todos” (Mc 9, 35 par). Esto sí es literalmente romper con la fijación que todos tenemos en nuestro propio yo. Una fijación que nos hace apetecer constantemente –y sin darnos

71. Joachim GNILKA, o, c. 62.

cuenta— ser el que lleva razón, el más importante, el primero, el que está por encima de los demás en las cosas que más valoramos y que más intensamente apetece. Es la apetencia la que nos moviliza. Y lo peor de todo, en un asunto tan capital como éste, es que lo vivimos tan intensa como inconscientemente.

Por eso Jesús, allí mismo y en aquel momento, *“tomó a un niño, lo colocó en medio de ellos, lo abrazó y les dijo: Quien reciba a uno de estos niños en mi nombre, a mí me recibe. Y quien me recibe a mí, recibe al que me envió”* (Mc 9, 37 par). Para comprender lo que dijo Jesús, al poner a los niños como modelo —con los que se identificaba—, es indispensable tener presente que las palabras “país” y “paidion” podían significar “esclavos” y, en todo caso, los niños carecían de derechos, eran seres insignificantes<sup>72</sup>. Hasta extremos inimaginables para nosotros. Un niño se podía abandonar, vender como esclavo y hasta tirarlo a un estercolero si era un bebé.

Dicho esto, se comprende fácilmente que Jesús exigía a sus seguidores algo que es indeciblemente más básico, fuerte y radical que dar la propia riqueza a los pobres, quedarse sin familia y sin casa: seguir a Jesús es arrancar de nosotros mismos nuestra fijación en el propio yo.

Podemos ser tan generosos que estemos dispuestos al “despojo” de lo que poseemos (familia, casa, bienes, títulos...). Pero la generosidad total consiste en el “despojo del propio yo”, el despojo total de sí mismo. Es lo que hizo Jesús cuando fue a Jerusalén sabiendo que allí lo matarían.

Ahora bien, si el seguimiento de Jesús es verdadero cuando se llega a la profundidad que acabo de indicar, se comprende que los primeros Apóstoles discutieran cuál de ellos era el primero, el más importante, el que tenía que estar al frente de los demás. Y así salta

72. U. Luz, *El Evangelio según San Mateo*, III, 33.

a la vista el contraste —y hasta la contradicción— que el Evangelio deja al descubierto: cuando Jesús, camino de Jerusalén, iba derecho al fracaso y la muerte, los incipientes fundadores de la Iglesia, en el mismo camino de Jerusalén, iban discutiendo cuál de ellos era el más importante, el que tenía que triunfar en aquel grupo.

No cabe duda. Estaba naciendo la Iglesia. Y, con la Iglesia, estaba naciendo también la contradicción más peligrosa e inconsciente que se puede vivir en asuntos religiosos. Me refiero a la contradicción en que vivieron los primeros discípulos de Jesús, que es exactamente la misma contradicción que han vivido y vivimos (sin darnos cuenta) tantos “hombres de Iglesia”. Es, en definitiva la contradicción en que la Iglesia sigue viviendo. De esto, hablaré más adelante.

## Pasión y contradicción

Después de haber anunciado dos veces a sus discípulos el final dramático y vergonzoso que le esperaba en Jerusalén, precisamente cuando estaban llegando a la capital, Jesús insiste de nuevo y por tercera vez (Mc 10, 32-34; Mt 19, 13-15; Lc 18, 15-17). Con razón el relato de Marcos destaca el asombro (*"thambeö"*) y el miedo (*"phobeomai"*)<sup>73</sup> de quienes lo acompañaban (Mc 10, 32)<sup>74</sup>. Y, además, este fue el anuncio más detallado que les hizo al respecto.

Fue entonces, cuando el fracaso mortal se le venía encima, cuando el mismo Jesús tuvo que aceptar "la función más baja que una sociedad puede adjudicar: la de delincuente ejecutado"<sup>75</sup>. En semejante situación, precisamente, a dos de los discípulos más destacados, Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, posiblemente aprovechando que Jesús estaba en vísperas de su final en este mundo, no se les ocurre otra cosa que pedirle que les concediera a ellos triunfar y mandar. O sea, que Jesús los colocara en los puestos más importantes, precisamente cuando el grupo de seguidores se iba a quedar sin su fundador, que no tardaría en ser ejecutado con la muerte más cruel y humillante que el Imperio podía imponer.

73. Horts BALZ, *Dic. Ex. N. T.*, II, 1966-1975.

74. Joel MARCUS, *El Evangelio según San Marcos*, II, 851-852.

75. Gerd THEISSEN, *El movimiento de Jesús*, Salamanca, Sígueme, 2005, 53.

En realidad, desde un punto de vista puramente humano, es evidente que aquellos dos hombres pretendían triunfar. ¿Para qué? ¿Estarían pensando, en sus egos satisfechos, que desde su imaginario “triunfo” iban a enseñar mejor el “fracaso” (humano) que representaba la muerte de Jesús?

La contradicción quedó patente. Por eso, Jesús cortó por lo sano y les dijo que “no sabían lo que estaban pidiendo” (Mc 10, 38; Mt 20, 22). Más aún, Jesús puso las cosas en su sitio echando mano de dos metáforas conocidas en la literatura del Antiguo Testamento: “*beber la copa*” y “*ser bautizados*”, que significaban “tragarse un cáliz envenenado” y “hundirse en las aguas del diluvio” (cf. Sal 75, 8; Is 51, 17. 22...; Sal 42, 7; Is 43, 2...)76. Y entonces ocurrió lo que tenía que ocurrir: los otros diez discípulos “*se indignaron contra los dos hermanos*” (Mt 20, 24 par). Quedó patente que los doce lo habían dejado todo para seguir a Jesús, pero que “no habían arrancado, cada cual de sí mismo, su propio yo”.

Por tanto, ya en la naciente comunidad (que más tarde empezó a llamarse *Iglesia*), los Doce Apóstoles se indignaban ante la pretensión de que alguno de ellos quisiera ser más importante o tener más poder que los demás. Por eso Jesús —otra vez— tuvo que cortar por lo sano, diciendo con firmeza: “*el que quiera ser primero, que se haga esclavo de los demás*” (Mt 20, 27; Mc 10, 42-43). Es la inversión total del poder, de la importancia, y del mando. El que quiera ser grande, debe hacerse pequeño y licenciar cualquier idea de grandeza. Así, y sólo así, se convierte la comunidad en “sociedad de contraste” frente a este mundo en que vivimos77.

Este fue el proyecto de Jesús. Pero sus discípulos, desde los primeros seguidores, dejaron muestras evidentes de pretender el

76. Joel MARCUS, *El Evangelio según San Marcos*, II, 859.

77. Ulrich LUZ, *El Evangelio según san Mateo*, III, 221.

logro de aquel proyecto sin arrancar cada cual de sí mismo su propio yo, y de que sus proyectos no coincidían con el proyecto que Jesús les había anunciado repetidamente (Mt 20, 24-28; 18, 1-4). Con razón se ha dicho que puede haber “estructuras superiores y súbditos, sacerdotes y laicos, en una Iglesia que pretende orientarse en la dirección del Evangelio, pero que en realidad va en la dirección opuesta, que no es la dirección hacia abajo, en el servicio, sino hacia arriba, en el poder”78.

Por eso, en aquel grupo de hombres, que pretendían “seguir” a Jesús sin arrancar de sí mismos las aspiraciones ocultas, ocurrieron cosas que no deberían haber sucedido si el seguimiento de Jesús hubiera llegado hasta el fondo de sus vidas. Basta recordar algunos hechos que los evangelistas no pretendieron ocultar. En la cena de despedida, Pedro se empeñó en que Jesús “*no le lavara los pies jamás*” (Jn 13, 6-9). Judas traicionó a Jesús vendiéndolo a los Sumos Sacerdotes, lo que le llevó al suicidio (Mc 14, 17-21 par; Mt 27, 3-10; Hch 1, 18-19). Pedro negó (tres veces) su relación con Jesús (Mc 14, 66-72 par). Cuando Jesús agonizaba de tristeza en la oración del huerto de Getsemaní, los discípulos dormían tranquilamente (Mt 26, 40; Mc 14, 37; Lc 22, 45-46). Y finalmente, cuando llegó la hora del prendimiento de Jesús, “*todos los discípulos lo abandonaron y huyeron*” (Mt 26, 56; Mc 14, 50).

Pero hay más. El colmo de la desconfianza en Jesús por parte de aquellos presuntos e incipientes seguidores quedó patente en los relatos de la resurrección: la resistencia, la incredulidad en la mayoría de los casos, la duda de los discípulos que, en definitiva, era la no aceptación de lo que Jesús les había comunicado en los tres anuncios de su pasión y muerte. Todo este conjunto de experiencias tuvo su expresión máxima en el relato de la negativa de Tomás a creer que Jesús había resucitado (Jn 20, 24-29). Tomás sólo aceptó

78. Ulrich LUZ, o. c., 223-224.



que Jesús vive y está presente en nuestras vidas cuando vio y tocó al Resucitado. ¿Qué vio? ¿Qué tocó? Llagas y heridas de violencia y muerte. Entonces reconoció que Jesús había resucitado, cuando dijo: “*Señor mío y Dios mío*” (Jn 20, 28). Y fue este Señor y este Dios, llagado y herido, el que le dio a Pedro el mandato definitivo: “*akolouthei moi*”, “*sígueme*” (Jn 21, 19). Este fue el punto de partida de la Iglesia naciente<sup>79</sup>. Y el proyecto de vida que Jesús puso en marcha.

79. M. THEOBALD, *Herrenworte im Johannesevangelium* (HBS 34), Freiburg Br. 2002, 235.

## 22

### Pablo de Tarso y su “religión de redención”

¿Quedó la Iglesia fundada a partir de la muerte de Jesús? ¿Nació entonces –y así– la Iglesia? No. Los Evangelios, que conocemos y reconocemos como auténticos, nacieron poco antes o poco después de la caída de Jerusalén en manos del Imperio romano. O sea, en torno al año 70<sup>80</sup>. Jesús había muerto en los años 30. En los casi cuarenta años, que separan la muerte de Jesús y la aparición del Evangelio de Marcos (el primero de los cuatro) la Iglesia se fue organizando y expandiendo por el Imperio. Como es sabido, esta expansión y su organización fue obra de Pablo de Tarso, el promotor y el teólogo determinante de aquella Iglesia naciente.

Ahora bien, Pablo no conoció a Jesús, el hijo de María que nació, vivió y murió en este mundo. A Pablo, en el camino de Damasco, no se le apareció el Jesús terrenal, sino el Resucitado de la trascendencia, lo que, con otras palabras, el mismo Pablo repite varias veces (Gal 1, 11-16; 1 Cor 9, 1; 15, 8; 1 Cor 4, 6). Además, el evangelista Lucas, en Los Hechos de los Apóstoles, repite lo que ya había dicho Pablo. Lo dice tres veces en relatos detallados (9, 1-19; 22, 3-21; 26, 9-18). Por tanto, Pablo

80. Joachim GNILKA, *El Evangelio según san Marcos*, vol. I, Salamanca, Sígueme, 2005, 41-42.

no pudo tener idea de la humanidad ni de la humanización de Dios en Jesús de Nazaret. Y lo que es más chocante, Pablo llega a confesar que el conocimiento de Cristo “según la carne”, el Jesús humano que es el centro del Evangelio, no le interesa: “*De modo que nosotros desde ahora no conocemos a nadie según la carne: si alguna vez conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos así*” (2 Cor 5, 16). Está demostrado que Pablo estuvo muy condicionado por el dualismo del Gnosticismo, que contraponía el “espíritu” y la “carne”<sup>81</sup> y que, en definitiva, la existencia terrena, carnal y humana de Jesús no le interesaba en absoluto.

Además, cuando Pablo habla de Dios se refiere al Dios de Abrahán y a las promesas hechas a Abrahán (Gal 3, 16-21; Rom 4, 9-25)<sup>82</sup>. O sea, el Dios que Pablo predicaba era el Dios de Israel, no el Dios que nos reveló Jesús y se nos dio a conocer en Él (Jn 1, 18; 14, 8-11; 10, 30). Por tanto, por muy estremecedora que hubiera sido para Pablo la experiencia del camino a Damasco, “no le sugirió la idea de un cambio de Religión”<sup>83</sup>. Pablo no pensó en que Jesús y su Evangelio fueran la revelación definitiva de Dios a la humanidad.

Nos encontramos por tanto con el hecho sorprendente de que la Iglesia naciente, durante cerca de 40 años, se fue organizando y expandiendo más interesada por el Cristo glorioso que Pablo predicaba que por el Jesús humano que encontramos en el Evangelio. Como ha dicho uno de los más autorizados especialistas en el estudio de la teología de Pablo, “el abismo que separa a Jesús de Pablo concluye que más que el Jesús histórico... es Pablo el

81. A. PIÑERO, J. MONTSERRAT, *Textos gnósticos. Biblioteca de Nag Hammadi*, Madrid, Trotta, 1997, 100-102.

82. J. SCHNELLE, *Paulus. Leben und Denken*, Berlin, Walter de Gruyter, 2003, 56.

83. SIMON LÉGASSE, *Pablo Apóstol*, Bilbao, Desclée, 2005, 82.

que fundó realmente el cristianismo e hizo de él una religión de redención”<sup>84</sup>. Es decir, el centro de la predicación de Pablo para humanizar este mundo y esta vida tan deshumanizada y siempre con la esperanza de la resurrección no pudo ser el Evangelio de Jesús, sino la Religión que cree y venera al Resucitado, que nos redime de nuestros pecados para alcanzar la salvación eterna en la otra vida.

La consecuencia inevitable fue que la Iglesia dio sus primeros pasos y se organizó como una Religión que nos redime del pecado y nos promete la vida eterna. El conocimiento y la experiencia del Evangelio se difundió más tarde. Ahora bien, desde el momento en que la Religión de Pablo se adelantó al Evangelio de Jesús, resultó inevitable que el cristianismo empezara a ser una religión más. Una religión que se fue interesando más por la “divinidad de Jesús” que por la “humanización de Dios”.

En consecuencia, puesto que el cristianismo se pensaba y se vivía más como Religión que como Evangelio, pronto empezaron a producirse divisiones que nos dan una idea de lo poco que se valoraba el Evangelio de Jesús, como las discordias que surgieron entre los primeros cristianos de Corinto, a los que Pablo les dice: “*He recibido informes, hermanos míos, por la gente de Cloe, de que hay discordias entre vosotros. Me refiero a eso que cada uno por vuestro lado andáis diciendo: yo estoy con Pablo, yo con Apolo, yo con Pedro, yo con Cristo*” (1 Cor 1, 11-12). Como se ha dicho acertadamente, “para Pablo, el evangelio es el anuncio de la salvación que Dios ofrece a través de la muerte y resurrección de Jesucristo”<sup>85</sup>.

84. GÜNTHER BORNKAMM, *Pablo de Tarso*, Salamanca, Sígueme, 2008 (7ª ed.), 291.

85. RAFAEL AGUIRRE, *La memoria de Jesús y los cristianos de los orígenes*, Estella, Verbo Divino, 2015, 142.

Por tanto, la “religión” de Pablo introdujo en la Iglesia una serie de creencias y prácticas de las que Jesús nunca habló. Por ejemplo: 1) El sometimiento a las autoridades políticas, como hay que someterse a Dios (Rom 13, 1-7) aunque la autoridad política fuera un tirano, como Nerón. 2) El rechazo despectivo de la homosexualidad (Rom 1, 24-27). 3) El mantenimiento de la esclavitud (1 Cor 7, 20-24; Ef 6, 5; Col 3, 22; Flm.; 16; Tim 6, 1; Tito, 2, 9-10). 4) El sometimiento de las mujeres a sus maridos hasta detallar determinados deberes que a nosotros hoy nos resultan intolerables o ridículos (1 Cor 11, 2-16; 14, 33-36; Col 3, 18; Ef 5, 22-24)<sup>86</sup>.

Mientras que la vida pública de Jesús fue un constante enfrentamiento con la Religión (sacerdotes, templo, rituales, maestros de la ley...), las prácticas y observancias que se exigían a los cristianos reunidos en asamblea en la Galacia, en Éfeso, en Corinto, en Roma, se celebraban siempre bajo la rúbrica de la Religión, en el sentido que los científicos sociales modernos atribuyen a esta palabra<sup>87</sup>. En este ambiente, se celebraban el bautismo, como rito de iniciación, y la eucaristía, como la cena del Señor, un rito de solidaridad que tuvo serios problemas de deformación, como reconoce el mismo Pablo, en 1 Cor 11, 17-34, ya que los pobres pasaban hambre y los ricos estaban borrachos (1 Cor 11, 21). Y así, como reconoce Pablo, “*resulta imposible comer la cena del Señor*” (1 Cor 11, 20).

¿Es imaginable que Jesús, para instituir la eucaristía, convocara a ricos y pobres (al epulón y a Lázaro, por ejemplo), para comulgar juntos y así “*hacer lo mismo en memoria de Jesús*”? (1 Cor 11, 24). La diferencia y el contraste se hacen patentes. Pablo hablaba desde la mentalidad que impone el ritual de una Religión. Jesús hablaba desde la experiencia de vida en común que

86. Cf. Wayne A. MEEKS, *Los primeros cristianos urbanos*, Salamanca, Sígueme, 2012, 125-126; 142; 263.

87. Wayne A. MEEKS, o. c., 232.

caracteriza el Evangelio. Así se expandió la Iglesia en sus orígenes, desde la experiencia de Pablo en el camino a Damasco hasta que empezaron a difundirse los Evangelios, pocos años después de su muerte, cuando Jerusalén fue invadida y ocupada por los romanos, en torno al año 70.

## Religión y Evangelio: ¿en qué difieren?

El fondo del problema radica en la contradictoria diferencia que existe entre la Religión y el Evangelio. En efecto, el Evangelio es la revelación de Dios en Jesús, en el conjunto de lo que fue su vida, desde el pesebre de Belén hasta la cruz de Jerusalén, con la esperanza final de la resurrección. Y la Religión es una práctica que consta de tres elementos fundamentales: 1) el *mito*, que se basa en historias y leyendas indemostrables; 2) la *norma* (o ley), que impone toda una serie de obligaciones para la Religión y quienes la aceptan; 3) el *rito*, que es un conjunto de acciones religiosas que se ejecutan de mofo uniforme<sup>88</sup>.

El más importante de ellos es *el rito*. De él se puede decir que entraña el peligro de anteponerlo al “*ethos*”, es decir, la Religión lleva en sí el peligro de tranquilizar la conciencia con el cumplimiento del rito, al tiempo que con eso la ética queda marginada. Así, puede ser (y se da) que haya personas tan religiosas como inmorales al mismo tiempo, de forma que es frecuente la religiosidad que lleva consigo la inmoralidad –encarnada en la “conciencia tranquila”– con la que se justifican a sí mismos no pocos sujetos inmorales, pero religiosos, que se dañan a sí mismos y dañan a los demás.

88. B. LANG, “Ritual/Ritus, en HRWG IV, 1998, 442-458.

Esto sucede porque los ritos son acciones que, debido al rigor en la observancia de las normas, se constituyen en un fin en sí mismos<sup>89</sup>. De forma que la observancia y el cumplimiento exacto del ritual, en todos sus detalles, pasa de ser un medio a constituirse en un fin en sí mismo. Y esta fidelidad produce paz y sosiego, que es lo más opuesto al caos, el desorden y el peligro. Dicho de otra manera, el rito exactamente cumplido, sirve para defenderse del miedo<sup>90</sup>, que hunde al sujeto en un caos psíquico y que se experimenta como inseguridad, oscuridad personal e íntima, ansiedad, pánico y un profundo malestar. Esto es lo que motiva a tantas personas religiosas que practican escrupulosamente los ritos que les exige su Religión.

El fondo del problema y la pregunta a la que nos enfrenta es: ¿Cuál es la diferencia radical que separa a la Religión del Evangelio? O ¿Por qué la Religión y el Evangelio son incompatibles?

La respuesta es clara: la Religión centra al sujeto religioso “en el bien de sí mismo”, mientras que el Evangelio centra al sujeto evangélico “en el bien de los demás”. Y lo centra en los demás, tanto o más cuanto los otros son o se sienten más necesitados. Se podría decir que la ley que marca lo religioso es *la ley del más fuerte*, mientras que la ley que marca lo evangélico es *la ley del más débil*, utilizando la expresión del conocido profesor de Filosofía del Derecho de la Universidad de Roma Tre, Luigi Ferrajoli.

En efecto, el “*homo religiosus*” se caracteriza por la sumisión, pero teniendo presente que se trata de un sometimiento que se practica para alcanzar “el ascenso al poder y su ejercicio en nombre de la religión y a través de ésta”<sup>91</sup>. En todo caso, es incuestionable que

89. Gerd THEISSEN, *La Religión de los primeros cristianos*, Salamanca, Sígueme, 2002, 151-152.

90. Cf. S. FREUD, *Zwangshandlungen und Religionsübungen*, en *Gesammelte Werke* 7, Frankfurt a. M. 1941, 129-139.

91. Walter BURKERT, *La creación de lo Sagrado*, Barcelona, Acantilado, 2009, 170.

la fiel observancia y el exacto cumplimiento de los ritos religiosos tiene siempre, de una forma o de otra, un motivo y una finalidad: obtener, alcanzar algo que la persona religiosa necesita o desea. Y es que, en definitiva, la Religión centra al ser humano en sí mismo, en sus intereses, sus carencias, sus necesidades y sus aspiraciones para este mundo. Y después de este mundo, para alcanzar “el perdón de las culpas y la salvación”. Esto es lo que explica por qué, en ambientes e instituciones religiosas, es tan frecuente encontrar personas rigurosamente observantes pero, al mismo tiempo, profundamente egoístas.

Por el contrario, el “*homo evangelicus*” se caracteriza por la libertad. Una libertad al servicio de quienes más lo necesitan. En efecto, Jesús le dijo a Nicodemo, un fariseo de buena voluntad: “*Si uno no nace de nuevo, no puede ver el Reino de Dios*” (Jn 3, 3). Obviamente, el que “nace de nuevo” es “otra persona”. De ahí que Nicodemo no pudo entender esta respuesta de Jesús. Y fue el mismo Jesús quien se lo explicó al buen fariseo: “*No te extrañes de que te haya dicho: ‘Tenéis que nacer de nuevo’. El viento sopla donde quiere, y oyes su ruido, aunque no sabes de dónde viene ni a donde va. Eso pasa con todo el que ha nacido del Espíritu*” (Jn 3, 7-8).

¿Qué quiere decir Jesús al dar esta respuesta? El que nace del Espíritu es como el viento. Es verdad que la palabra “espíritu” se dice en griego “*pneûma*”, que eso literalmente significa. Pero aquí se entiende como “viento” (M. Zerwick). Ahora bien, como indica el mismo Jesús, del viento hay que decir que “no sabes de dónde viene ni a dónde va”. O sea, el viento es libre. Es completamente incontrolable. Todos los progresos de la ciencia y de la tecnología han fracasado en el intento de dominar, dirigir o controlar al viento. Por tanto, lo que Jesús le vino a decir a Nicodemo es que el verdadero cristiano es un ser humano completamente libre. El que sigue a Jesús, si es que lo sigue de verdad, es por eso mismo un ser

libre como el viento. No está, ni puede estar, controlado y menos aún limitado por ninguna institución, motivación o instancia.

Por tanto, quienes pretendemos seguir a Jesús, debemos querer vivir en libertad. Pero no una libertad para hacer lo que a cada cual le interesa o conviene, para conseguir dinero, poder o los más íntimos instintos propios del yo. No. No es nada de eso, ni que se parezca a eso. Es la libertad –como ya ha quedado patente en páginas anteriores– al servicio de los más necesitados, los más pequeños, los que tienen hambre, los que tienen sed, los forasteros, los que no tienen qué ponerse, los enfermos, los que están encerrados en la cárcel (cf. Mt 25, 35-36), en definitiva, los que sufren, sea cual sea el motivo de su desgracia. El que, desde su familia y su trabajo, sean cuales sean sus costumbres, tiene como eje de vida la dedicación que le exige el seguimiento de Jesús, es el que aporta lo que más necesita este mundo. Y lo que ante todo nos indica el Evangelio.

## 24

### La evolución del Evangelio hacia la religión

¿Cuándo, cómo y por qué se produjo esta evolución o, si se prefiere, este desplazamiento del Evangelio hacia la Religión?

Como he dicho, en los orígenes del cristianismo nos encontramos con una Iglesia en la que estaban presentes la Religión y el Evangelio. ¿Qué sucedió para que, en la Iglesia, lo que empezó siendo Evangelio se fuera desplazando para terminar siendo –sobre todo– una Religión que se sirve del Evangelio?

No pretendo hacer una historia detallada de lo que sucedió en los siglos siguientes, pero me parece fundamental dejar claro que, en directa oposición a lo que viene enseñando el profesor James D. G. Dunn (a partir de los postulados de Willian Wrede), no se puede afirmar que Jesús fue el “primer fundador” del cristianismo, y que después Pablo fue el “segundo fundador” del cristianismo<sup>92</sup>. ¿Cómo se puede hablar de un segundo fundador del cristianismo si Pablo no conoció, ni pretendió conocer, al Jesús histórico?

Pablo solamente se interesó por el Cristo Resucitado, que fue la gran experiencia que vivió en el camino de Damasco. Pero es evidente que, con el solo conocimiento del Resucitado, no podemos decir que conocemos el Evangelio de Jesús. Es verdad que Pablo

92. *Jesús recordado. El cristianismo en sus comienzos*. Estella, Verbo Divino, 2009, 31.

utiliza 48 veces la palabra “Evangelio”<sup>93</sup>. Pero no olvidemos que Marcos, al mencionar el “Evangelio”, pasa “de la proclamación acerca de Cristo a la proclamación efectuada por Cristo”<sup>94</sup>. Pablo, sin embargo, no pudo hablar de la proclamación que hizo Jesús, porque sencillamente no lo conoció. Ni siquiera le interesó el Jesús que es Dios encarnado, o sea, “Dios humanizado”. Pablo centró su interés y su proyecto en el “Cristo resucitado”, lo que representa, como he dicho en páginas anteriores, que Pablo realmente fundó el cristianismo, pero haciendo de él una “Religión de redención”<sup>95</sup>.

En consecuencia, la “Religión de redención” que Pablo fundó, predicó y organizó ya estaba extendida por el Imperio, de oriente a occidente, en las ciudades importantes del Mediterráneo. Es decir, la Religión cristiana dominante, la que tuvo más fuerza y presencia ya en los siglos segundo y tercero, no fue el Evangelio de Jesús, sino la Religión de Pablo. Esto tuvo, entre otras, una consecuencia preocupante que sabiamente ha explicado el profesor Dodds: los escritos de Pablo proporcionaron a los rigoristas los textos con que justificar su obsesión psicológica. De ahí que “la Iglesia absorbió en su sistema una fuerte dosis de fanático rigorismo, que ha actuado como un veneno lento y cuyos restos todavía no han sido expulsados del todo”<sup>96</sup>.

Es verdad que, como indica el mismo Dodds, “la Iglesia ofrecía todo lo necesario para constituir una especie de seguridad social: cuidaba de huérfanos y viudas, atendía a los ancianos, a los incapacitados y a los que carecían de medios de vida; tenía un fondo para funerales de los pobres y un servicio para las épocas de epidemia. Pero más importante que estos beneficios materiales

93. Cf. G. STRECKER, en *Dic. Ex. N. T.*, vol. I, 1638.

94. G. STRECKER, o. c., 1648.

95. Günther BORNKAMM, *Pablo de Tarso*, pg. 291.

96. E. R. DODDS, *Paganos y cristianos en una época de angustia*, Madrid, Cristiandad, 1975, 60.

era el sentimiento de grupo que el cristianismo estaba en condiciones de fomentar”<sup>97</sup>.

Todo esto, por supuesto, es elogiabile y meritorio. Pero el hecho determinante es que, en los siglos II y III, la Iglesia se fue organizando más como una Religión que como un colectivo de seguidores de Jesús que hacían presente el Evangelio en la sociedad. Ya en el s. II, entre los años 111 y 113, Plinio el Joven, gobernador de Bitinia, informa de que los cristianos se reunían un día determinado, antes del alba, para cantar un himno alternado en honor de Cristo. Y por la tarde se volvían a reunir para cenar juntos, según la costumbre que provenía de la comunidad de Corinto, como ya informaba Pablo en 1 Cor 11, 28 ss<sup>98</sup>. Pocos años más tarde, Justino informa del “Amén” que pronunciaba el que presidía y que era repetido por la comunidad<sup>99</sup>.

El hecho es que esta tendencia a ritualizar las reuniones de cada comunidad fue en aumento y se afianzó en los siglos II y III. De forma que, ya en la segunda mitad del s. III, el obispo Cipriano de Cartago, hablaba —con toda naturalidad y como términos reconocidos— de “obispos”, “presbíteros” y “diáconos”, que son los que pertenecen al “clero”<sup>100</sup>. Los demás cristianos eran, ya entonces, la “plebe”<sup>101</sup>. Se comprende que Cipriano, en su tratado *De sigularitate clericorum*, denuncia la mala conducta de algunos clérigos que vivían bajo el mismo techo con mujeres sin estar casados<sup>102</sup>. Sin olvidar que la palabra “clero” no aparece por ninguna parte en el Nuevo Testamento. Es un término que viene del griego *kleros*, que significa “suerte”. O sea, los que pertenecen al clero

97. E. R. DODDS, o. c., 178-179.

98. Cf. J. A. JUNGSMANN, *El Sacrificio de la Misa*, Madrid, BAC, 1951, 41-42.

99. J. JUNGSMANN, O. c., pg. 42.

100. Por ejemplo, en su carta 14. Cf. *Obras de San Cipriano*, ed. BAC, 1964, pgs. 409-412.

101. O. c., Carta 16, pgs. 416-419.

102. Cf. A. HARNACK, *Texte und Untersuchungen*, Leipzig, 1882, 24, 3.

son los que han tenido la suerte de estar entre los que poseen el poder, la dignidad y los privilegios de los que presiden y manejan la Religión.

A todo esto hay que sumar factores increíbles en los siglos siguientes, desde Constantino hasta el papa Gregorio VII, en el siglo XI. En aquellos siglos, el clero recibió privilegios imperiales que no imaginamos, hasta el extremo de que los obispos fueron los *illustri*, prácticamente asimilados a los senadores<sup>103</sup>. Un privilegio tan importante que las leyes de la Iglesia se convirtieron muchas veces en leyes del Imperio. Baste pensar que ya Constantino recompensaba al clero cristiano con privilegios, pues eran ellos (y no el cristiano medio) los expertos en rituales; eran ellos los que sabían cómo llevar a cabo el “culto del santo y celestial poder”<sup>104</sup>.

Así, la Iglesia se fue alejando no sólo del Evangelio, sino incluso de la Religión, manejando un poder puramente jurídico o simplemente según la relación de superioridad y subordinación<sup>105</sup>.

El hecho es que, con el paso de aquellos siglos, la Iglesia quedó dividida en dos bloques: por una parte el clero, con el poder y la dignidad; por otra parte, en sumisión a los clérigos, la plebe, la gente fiel y obediente al poder y la dignidad de los “hombres de la Religión”, que son los que manejan y someten incluso las conciencias, lo más íntimo de la vida de cada creyente.

Además, y esto es más preocupante, la palabra *Evangelio* no aparece en el índice de materias de las Cartas de Cipriano. Sólo se encuentra el término *Evangelio*, muy contadas veces, en los tratados sobre el Padrenuestro y sobre las buenas obras y la limosna<sup>106</sup>.

103. J. GAUDEMET, *L'Eglise dans l'Empire romain (iV-V siècles). Histoire du Droit et des Institutions de l'Eglise en Occidente*, III, Paris, 1958.

104. Peter BROWN, *Por el ojo de una aguja*, pg. 99.

105. Yves CONGAR, *Por una Iglesia servidora y pobre*, Salamanca, Ed. San Esteban, pgs. 38-39.

106. *Obras de Cipriano*, pgs. 203, 206, 217, 220, 228, 235, 237, 239, 241.

En definitiva, no es ninguna exageración afirmar que, a finales del s. III, la Iglesia estaba centrada en la Religión y el Evangelio se había reducido a una simple pieza de la Religión cristiana. Lo cual quiere decir que la Religión se había adueñado del Evangelio, de forma que el “cristiano religioso” era (y lo es hoy) el “buen cristiano”, mientras que el “cristiano evangélico” (fiel al Evangelio), si toma en serio esta convicción, es seguro que se verá envuelto en problemas, hasta el extremo de convertirse en un individuo “sospechoso” e incluso “peligroso”.



## 25

### Vivir el Evangelio, ¿es “sospechoso”?

Tal como ha terminado el capítulo anterior, ¿se puede pensar y decir que el ciudadano que se toma en serio el Evangelio se convierte por eso mismo en un individuo sospechoso e incluso peligroso? Si es que nuestra sociedad es verdaderamente cristiana, ¿no es esto una contradicción?

Confieso que esta pregunta –y el problema que entraña– me ha dado muchas vueltas en la cabeza. Y que empecé a darme cuenta de la respuesta cuando vi con claridad que, si la teología se estudia solamente por los tratados de los teólogos, no es posible comprender lo que realmente entraña la teología, sobre todo si se pretende conocer a fondo lo que es la Iglesia y lo que representa y exige pertenecer a ella. Una Iglesia que enseña exclusivamente lo que han estudiado y escrito los teólogos (y sus colegas los filósofos) no enseña lo que es la Iglesia, ni las consecuencias que se siguen de semejante enseñanza. Es decir, esa no puede ser una verdadera teología.

¿Por qué digo esto? Por la sencilla razón de que la teología no es solamente una serie de ideas sobre Dios y lo divino. Con ideas y conceptos, por más especulativos y profundos que sean, no podemos conocer a Dios y lo que Dios quiere. Las ideas y los conceptos no pasan de ser las objetivaciones (o cosificaciones) que nosotros

hacemos del Trascendente. Es decir, hacemos de Dios un “objeto” de nuestra mente. Una idea sobre Dios, por más sublime que sea, es siempre un “objeto mental”, una “cosa”. Pero no es, ni puede ser, el Trascendente.

De ahí la sabia conclusión del profesor Juan Antonio Estrada en su excelente estudio *La imposible Teodicea*<sup>107</sup>. Como es bien sabido, la solución que el cristianismo le ha dado a este asunto capital ha sido “la encarnación de Dios”, que es “la humanización de Dios”, tal como la presenta el Evangelio<sup>108</sup>.

Para saber lo que es la Iglesia y cómo tiene que organizarse y gestionarse, no basta la teología que, hasta ahora, han elaborado los teólogos especialistas en *Eclesiología*. Además, hay que contemplar siempre dos temas fundamentales: la *Economía* y el *Poder*. Si no se tienen ambos muy presentes, no nos enteramos de lo que es y representa la Iglesia.

Me explico. Durante más de treinta años he sido profesor de Eclesiología y Sacramentos en diversas Universidades de Europa y América Latina. Para explicar la Eclesiología, me ha sido de gran utilidad la excelente y abundante producción teológica de Yves Congar. Yo estaba convencido de que, con los buenos tratados de teología de los mejores teólogos, tenía los conocimientos necesarios para explicar lo que es la Iglesia, cómo debe organizarse y lo que debe de hacer para cumplir con su misión en este mundo. Con estos conocimientos, propios de una buena biblioteca teológica, me veía bien preparado para enseñar lo que mis alumnos tenían que saber. Los defectos de la Iglesia y su decreciente presencia en la sociedad actual, lo atribuía a la “crisis religiosa” que se expande por todo el mundo. Lo cual es verdad, pero no toda la verdad.

107. Madrid, Trotta, 1997.

108. José M. CASTILLO, *La humanización de Dios*, Madrid, Trotta, 2009; Id., *La humanidad de Dios*, Madrid, Trotta, 2012.

Ni mucho menos. Ahora lo veo más claro que nunca. En la teología que se enseña a los clérigos y a los laicos, hay un vacío y una ausencia que son lagunas y fallos capitales.

La lectura del libro de Peter Brown, profesor de la Universidad de Princeton, *Por el ojo de una aguja. La riqueza, la caída de Roma y la construcción del cristianismo en Occidente (350-550 d.C.)*, aporta una enorme cantidad de datos que no se encuentran en los libros de teología. En un volumen de más de mil páginas, el profesor Brown presenta y descubre hasta qué extremo, para conocer a la Iglesia, es indispensable saber cómo han influido en ella la riqueza y el poder.

En efecto, una vez que la Iglesia empezó a dar más importancia a la Religión que al Evangelio, ocurrió lo que tenía que ocurrir. Como dice Brown en la conclusión de su estudio, “los ricos comenzaron a entrar en la Iglesia en cantidades siempre crecientes sólo a partir del último cuarto del siglo IV, a menudo para cumplir con funciones de liderazgo en calidad de obispos y de escritores cristianos. Más que la conversión de Constantino en el año 312, lo que marcó el punto de inflexión en la cristianización de Europa fue la entrada en las iglesias de riquezas y talentos nuevos, a partir del año 370, aproximadamente. Desde entonces, como miembros de una religión a la que se habían sumado los ricos y poderosos, los cristianos pudieron comenzar a pensar lo impensable: imaginar la posibilidad de una sociedad completamente cristiana”<sup>109</sup>.

¿Se logró efectivamente una sociedad completamente cristiana? Después de veinte siglos, y teniendo en cuenta la complejidad de componentes del proyecto que se pretendía lograr, ahora estamos en condiciones de ver con claridad que la pretendida “sociedad completamente cristiana” no se ha logrado ni se va a lograr, porque en ella entraban los siguientes componentes: la “religión

109. Peter BROWN, o.c., 1034.

de redención” que propagó Pablo (desde los años 30 a los 60), el Evangelio de Jesús que nos presentan los cuatro evangelios (del año 70 al final del s. I), numerosos ingredientes de la sociedad del Imperio (sobre todo los tomados del Derecho Romano: esclavitud, desigualdad de la mujer respecto al hombre, rechazo de la homosexualidad, los que carecían de derechos, como eran los niños, los extranjeros...) y, a partir del siglo IV, dos factores sociales que se hicieron cada día más presentes en la Iglesia: la riqueza y el poder.

No pocos de estos componentes fueron tomando más fuerza y estuvieron más presentes, en la Iglesia, que la Religión y el Evangelio. Concretamente, la riqueza y el poder. Baste pensar que, en el año 374, Ambrosio fue elegido y consagrado obispo de Milán cuando era meramente un catecúmeno, es decir, cuando aún no estaba bautizado. Normalmente los ricos y poderosos eran los que llegaban a la dignidad del episcopado. Así, la Iglesia fue alcanzando tanta riqueza y tal poder que, ya en el año 494, el papa Gelasio I, en una carta al emperador de Oriente, Anastasio, le presenta su teoría según la cual el mundo está gobernado por dos autoridades separadas, *sacerdotium e imperium*, de una parte el Papa para las cuestiones espirituales y de otra el emperador para los asuntos y problemas temporales<sup>110</sup>. La teología de la Iglesia ha sido ampliamente analizada por Y. Congar<sup>111</sup>.

Es evidente la imposibilidad de conciliar y armonizar esta “grandeza” y este “poderío” de la Iglesia con las enseñanzas y exigencias del Evangelio de Jesús. Semejante armonía dejó de existir hasta el día de hoy. Así, la Iglesia desembocó en una Religión poderosa y rica, mientras que el Evangelio quedó reducido a un componente de la Religión. Una lectura que se hace en unos pocos

110. Peter G. STEIN, *El Derecho romano en la historia de Europa*, Madrid, Siglo XXI, 2001, 44.

111. *L'Eglise de Saint Augustin à l'époque moderne*, Paris, Cerf, 1970. Especialmente en el tema tratado aquí, cf. pgs. 31-33.

minutos y después se explica o se comenta. Pero ¿es esa breve lectura lo que decide cómo tenemos que vivir? ¿Es esa lectura la marca de los cristianos? ¿Hacemos vida lo que leemos o nos leen en la misa de cada domingo o de cada día? Como forma de vida, el Evangelio quedó para que lo pongan en práctica las personas que aspiran a una vida de santidad, que no suele ser, por desgracia, la aspiración del común de los cristianos. Es un hecho que lo “visible” y “tangible”, en la Iglesia, no es el Evangelio, sino la Religión.

¿Se comprende ahora por qué quien se toma en serio el Evangelio y se propone vivirlo con todas sus consecuencias puede ser visto como un individuo sospechoso?

## ¿Qué religión practicamos los cristianos?

Supuesto lo que acabo de decir, se plantea una pregunta lógica: ¿Qué Religión practicamos los cristianos? ¿La “Religión de redención” que enseñó Pablo de Tarso, o la “Buena Noticia” que enseñó Jesús?

Para responder es necesario tener presente que “lo divino”, propio de Dios, es más importante que “lo humano”, lo que nosotros vivimos y está a nuestro alcance. Es algo elemental, que explica por qué los cristianos de los primeros siglos, cuando hablaban del Evangelio, lo que pensaban era que Jesús de Nazaret había sido un ser humano. Pero, si efectivamente Jesús fue verdaderamente un hombre, ¿qué explicación podía tener que un vecino de Nazaret tuviera poder para curar enfermos incurables, perdonar pecados, resucitar muertos, modificar prácticas religiosas que obligaban a los fieles observantes de la Religión de Israel o que se atreviera a entrar en el templo con un látigo diciendo que aquello era una cueva de bandidos? Sin duda, estas preguntas, u otras semejantes, tuvieron que sembrar dudas e inseguridades en los cristianos de los primeros siglos.

Como, por otra parte, la Iglesia se hacía cada día más poderosa y poseía más riquezas, había que buscar una explicación, no a lo que fue la vida de aquel modesto nazareno, Jesús, “el hijo

de José” (Lc 4, 22), sino a quién era y cuál era el “ser” de Jesús, aquel hombre que fue perseguido, juzgado y condenado a morir como un delincuente. Es decir, la cuestión determinante era definir con precisión, no “cómo tenían que vivir los cristianos”, sino “cuál era la naturaleza y la esencia de Jesús”.

En la Iglesia de los siglos de el IV al VI, los escritores más apreciados fueron los filósofos griegos. Y de aquellos pensadores de la antigua Grecia se sirvieron los papas y los emperadores para resolver los problemas religiosos que más les acuciaban. Me refiero ahora sobre todo a los primeros concilios ecuménicos que se convocaron para resolver lo que más preocupaba a la Iglesia de aquellos tiempos. Fueron los concilios de Nicea (año 325), Constantinopla (381), Éfeso (431), Calcedonia (451) y el segundo de Constantinopla (553)<sup>112</sup>. En estos concilios no se resolvieron los problemas que plantea Jesús en el Evangelio, sino sobre todo determinadas cuestiones filosóficas que eran las que más preocupaban a papas y emperadores. Basta recordar la problemática y la terminología que interesó en los mencionados concilios: Naturaleza (*physis*), Esencia (*ousía*), Substancia (*Hipóstasis*), Persona (*prósopon*)<sup>113</sup>.

Queda patente que, en la Iglesia de aquellos siglos, preocupaba más lo especulativo de la Religión que la forma de vida que plantea el Evangelio. Sin duda es importante la especulación del “Dogma” pero, a mi modo de ver, es más apremiante y decisivo el seguimiento de Jesús que ofrece y exige el Evangelio. Con frecuencia no nos damos cuenta de que seguir a Jesús es más importante que conocer las teorías religiosas. Porque, como acertadamente ha dicho el teólogo Johann Baptist Metz, “el saber cristológico no se

112. Cf. Manuel SOTOMAYOR, “Controversias doctrinales en los siglos V-VI. Cf. Manuel Sotomayor – José Fernández Ubiña, *Historia del Cristianismo*, vol. I, *El Mundo Antiguo*, Madrid, Trotta, 589-637.

113. Cf. O. c., 600-601.

constituye ni se transmite primariamente en el concepto, sino en los relatos de seguimiento de Jesús”<sup>114</sup>. Dicho de otra manera, los discípulos de Jesús no aprendieron la “cristología”, que nos transmitieron, porque Jesús les impartiera una serie de cursos y clases de teología. No. La Cristología no entró así en la Historia de este mundo. Los discípulos de Jesús aprendieron la Cristología porque abandonaron todo lo que tenían y entregaron su vida entera para seguir a Jesús. Así y en eso, aquellos hombres aprendieron la teología que la Iglesia ha conservado y transmitido, pero que con bastante frecuencia no ha practicado ni vivido.

Por eso podemos afirmar –siguiendo a Metz– que “la teología tampoco es hoy simple teología de profesores, ni se identifica con la teología de oficio. Con mayor razón, pues, no debe la teología histórico-vital encerrarse en los esquemas de expresión de un lenguaje científico exacto y reglamentado”<sup>115</sup>.

Es un daño irreparable, para la Iglesia, que los obispos y teólogos de los decisivos concilios de los siglos IV al VI tuvieran más claras las teorías de Platón, Aristóteles o los estoicos, que los planteamientos básicos de Jesús en el Evangelio. Por eso no es de extrañar que hasta el mismo san Agustín lograra que la riqueza no significara ningún conflicto, porque mantuvo en la opacidad sus orígenes. Como la gracia misma, la riqueza era un fenómeno que Agustín había eliminado del examen humano. La riqueza se contaba entre los dones de los que san Pablo había escrito: “Pero cada uno recibe de Dios su propio don” (1 Cor 7, 7). Esto es lo que, en el año 418, Agustín le escribía a Bonifacio, el futuro conde de África. Se refería a su rango oficial, a su coraje físico y a su riqueza como dones de Dios, todos ellos por igual. Eran dones que había que poner al servicio de la Iglesia católica<sup>116</sup>.

114. *La Fe en la Historia y la Sociedad*, Madrid, Cristiandad, 1979, 67.

115. O. c., pg. 230.

116. Peter BROWN, o.c., 749-750.

Como es lógico, una Iglesia que acepta y valora la riqueza como un don de Dios se aleja del Evangelio. Un alejamiento que no puede ser compensado con Religión, mediante rituales litúrgicos, y menos aún celebrando solemnidades sagradas. Porque, con todo eso, lo que se consigue es tranquilizar la conciencia y engañarse cada cual a sí mismo, y entonces se produce el mutuo fortalecimiento entre "Religión" y "conciencia" y un creciente e inconsciente alejamiento del Evangelio. Esto, ni más ni menos, es lo que le ha sucedido a la Iglesia. Que se ha centrado en su ortodoxia doctrinal, su observancia litúrgica, su teología atrasada y atascada en no pocas ideas y criterios de la Edad Media y, para colmo, haciendo todo lo que está en su mano para mantener las mejores relaciones posibles con el poder, el económico y el político.

Una institución que se empeña en mantener las relaciones más pacíficas con el poder económico y político no va a cambiar este mundo que tenemos. Todo lo contrario. Lo que hace la Iglesia con ello es fortalecer a los poderosos, a los ricos y a los que están en la cumbre del poder. Así, la Iglesia y sus instituciones se sitúan entre los colaboradores más eficaces del sistema político, injusto y violento, en el que vivimos.

Es duro y doloroso tener que decir estas cosas. Pero, si las ignoramos, ¿qué teología se nos enseña? Y si sabemos todo esto y nos lo callamos, ¿no le hacemos aún más daño a la Iglesia con nuestros "silencios cobardes"?

## ¿Por qué la religión mató a Jesús?

En el evangelio de Juan se nos da un dato elocuente respecto a lo que vengo explicando. Cuando Jesús le devolvió la vida a Lázaro, la resonancia de aquel acontecimiento fue tal que el Sanedrín se reunió de urgencia y decretó que era necesario y apremiante matar a Jesús (Jn 11, 47-53). ¿Por qué? Por un motivo económico y político: si dejaban a Jesús seguir dando vida, todo el pueblo se iría con él y vendrían los romanos, y entonces aquello sería la ruina de "la nación entera" (Jn 11, 50).

Para comprender lo que acabo de decir es importante recordar que el templo de Jerusalén era, en tiempo de Jesús, la primera fuente de ingresos económicos y de poder político de toda Judea y su capital<sup>117</sup>. Del templo vivían y se enriquecían, no sólo los sacerdotes, también el comercio, los judíos que venían de todo el Imperio, que además de rezar hacían negocios, etc. En el fondo, el problema radicaba en que la "nobleza religiosa" y el enorme negocio que proporcionaba la Religión (mediante el templo), se veían amenazados por el Evangelio.

En definitiva, a partir del s. IV, la riqueza y el poder se apoderaron de la Iglesia. Y la Iglesia, rica y poderosa desde el siglo VI, se

117. J. JEREMIAS, *Jerusalén en tiempos de Jesús*, Madrid, Cristiandad, 1977, 54-55.

vio a sí misma como la institución determinante en Europa. Peter Brown, en su obra monumental, concluye: “Por último, aunque no por ello menos importante, la mayor sorpresa tuvo lugar a finales del siglo V. Los líderes de las iglesias se dieron cuenta de que, por fin, eran ellas las verdaderamente ricas, y ya no los grandes terratenientes laicos cuyas fortunas habían eclipsado hasta entonces la riqueza eclesiástica. El ocaso de las aristocracias tradicionales dejó a la Iglesia en una posición única”<sup>118</sup>.

Cuando la riqueza y el poder se convirtieron (durante siglos) en los dos pilares de la Iglesia, las consecuencias fueron desastrosas para la autenticidad de esa misma Iglesia. Porque la riqueza era manejada, como es lógico, por quienes manejaban el poder. Pero, como es bien sabido, el poder fue acaparado por el clero, hasta el extremo de que la palabra *Iglesia*, según no pocos testimonios importantes de los siglos VIII al X, es un término del que prácticamente se apropió el clero. Por ejemplo, un importante autor de aquel tiempo, Floro de Lyon, afirmaba: “La Iglesia consiste sobre todo en los sacerdotes” (*Ecclesia quae in sacerdotibus maxime constat*)<sup>119</sup>. Y más significativo es el texto que nos dejó el violento papa Juan VIII: “La Iglesia no es otra cosa que el pueblo fiel, pero sobre todo es el clero lo que se denomina con este nombre (*Quia ecclesia nihil aliud est nisi populus, sed praecipue clerus censetur hoc nomine*)”<sup>120</sup>.

Así las cosas, el clero tomó una serie de decisiones que, en asuntos de importancia, han estado en vigor hasta el siglo XX. Por ejemplo, desde el siglo VIII, las oraciones de la misa (el Canon) las decían los sacerdotes en voz baja y en latín, una lengua que el pueblo ya no entendía, en detrimento de las lenguas vernáculas, que eran las que la gente manejaba. Además, en aquel tiempo fue

118. *Por el ojo de una aguja*, pg. 1037-1038.

119. *Capitula*. PL 119, 421 C.

120. *Epist.* 5. MGH *Epp.* VII, 332.

cuando los sacerdotes empezaron a decir la misa de espaldas al pueblo. También desde entonces se multiplicaron las misas solitarias que celebraba un sacerdote solo, sin fieles ni monaguillo, en una pequeña y solitaria capilla. Estas misas se multiplicaron por toda la Iglesia, sobre todo en los monasterios. Es decir, la liturgia empezó a ser un acto exclusivo de los sacerdotes, al que el pueblo fiel asistía pasivamente, obediente y paciente<sup>121</sup>.

Además, estos cambios litúrgicos degeneraron en un auténtico negocio económico para el clero. En la Iglesia de los primeros siglos, los fieles llevaban ofrendas al altar, que después de la celebración se repartían según las necesidades de la gente. Cuando la Iglesia fue acaparada por el clero, los eclesiásticos cambiaron las ofrendas de la Iglesia primitiva por el precio (en dinero) que los fieles laicos tenían que pagar por las misas. Una costumbre clerical que se impuso también para otros sacramentos y celebraciones religiosas: bautizos, bodas, confirmaciones, entierros, festividades de ciudades, pueblos y parroquias, etcétera.

En resumen, nos encontramos con prácticas que alcanzaron niveles escandalosos. Para hacerse una idea de lo que esto representó en los siglos siguientes, baste recordar que, por ejemplo, se inventaron las “misas gregorianas”, que eran (y seguramente siguen siendo) más caras que una misa ordinaria. Las misas gregorianas eran 30 misas celebradas durante 30 días seguidos, para garantizar así que un difunto saliera antes del purgatorio. Las misas ordinarias, que tenían un precio más bajo, las compensaba el clero celebrando cada misa más de prisa. Cuando siglos más tarde Lutero viajó a Roma, siendo fiel al papado y a la Santa Sede, “le sorprendió la velocidad con la que los sacerdotes decían misa pues, cuando les pagaban, eran capaces de decir 6 o 7 misas antes incluso de que

121. Y. CONGAR, *L'Eglise de saint Augustin à l'époque moderne*, Paris, Cerf, 1970, pg. 57. Cf. también de CONGAR, *L'Éclésiologie du haut Moyen-Age*, Paris, Cerf, 1968.

Lutero acabara la primera”<sup>122</sup>. Y por si esto fuera poco, tanto o más escandaloso era el negocio de las indulgencias, que el papa León X promovió para conseguir el dinero que necesitaba para pagar la construcción de la basílica de San Pedro de Roma<sup>123</sup>.

122. Lyndal ROPER, *Martin Lutero. Renegado y Profeta*, Barcelona, Taurus, 2017, 75.

123. En realidad, las “indulgencias” eran importantes ya en el s. XIV, en el pontificado de Clemente VI, que, en la bula *Unigenitus*, en 1343, que aparecieron como ofrendas de gratitud. Pero, en realidad, terminaron siendo un negocio económico para el clero. En el pontificado de León X, el comercio de las indulgencias aportó cantidades importantes de dinero, para pagar la construcción de la basílica de San Pedro, en el Vaticano. Cf. Diarmaid MacCulloch, *Historia de la Cristiandad*, Barcelona, Debate, 2011, 596-597; 652-653.

## 28

### El poder del papado

Si el poder que fue acaparando el clero se adueñó de la Iglesia, más peligroso resultó el poder que se atribuyó a sí mismo el papado, sobre todo a partir del pontificado de Gregorio VII, en el s. XI. Este Sumo Pontífice se apropió, no sólo de los poderes que le parecieron más decisivos en el interior de la Iglesia (nombramientos de obispos, canonizaciones de santos, derechos y deberes del clero, etc.), sino de muchos otros de orden civil y político, incluso en el ámbito mundial, que excedían de la defensa de la importancia y el prestigio del papado.

A tal efecto, basta leer el *Dictatus Papae*, un extraño documento de poder y autoridad máxima que inspiró y aprobó el propio Gregorio VII. En este documento se encuentran afirmaciones tan tajantes como estas: n° 8 “Sólo el papa tiene derecho a usar insignias imperiales”. n° 9 “Sólo el papa tiene derecho a que le besen los pies todos los príncipes”. n° 18 “Nadie tiene derecho a renegociar su decisión; él es el único que tiene derecho a renegociar las decisiones de los demás”. n° 19 “Él mismo no puede ser juzgado por nadie”<sup>124</sup>.

En resumen, en los siglos XI y XII, desde el pontificado de Gregorio VII al de Inocencio III, la idea obsesiva que dominó en

124. El texto completo de las 27 sentencias pontificias de Gregorio VII, en: Hans KÜNG, *El Cristianismo. Esencia e Historia*, Madrid, Trotta, 1997, 394.



la Iglesia fue el tema y el problema del poder papal. Un problema que acaparó la atención y el interés de los papas y sus teólogos, hasta desembocar en la convicción del papado de ser el poseedor de la *plenitudo potestatis*, el “poder monárquico y total”, privilegio del papa como “vicario de Cristo-Sacerdote y Rey”<sup>125</sup>. La potestad plena que reside en el Romano Pontífice y que se expresó con fuerza en la bula *Unam sanctam*, del papa Bonifacio VIII, en 1302. La fórmula papal no admite escapatoria: “Declaramos, afirmamos y definimos que la sumisión al Romano Pontífice por parte de toda criatura humana es de necesidad absoluta para la salvación”<sup>126</sup>. Aunque esta afirmación no era una definición dogmática, sin duda era la expresión más clara y determinante del pensamiento dominante en la Iglesia en las últimas décadas de la Edad Media. Por eso se comprende la afirmación tremenda del teólogo español Álvaro Pelayo (muerto en 1349); “El Papa tiene en la tierra toda la potestad que tuvo Cristo”<sup>127</sup>.

Si todo esto se piensa no sólo desde la teología, sino desde la totalidad de lo que se pensaba y se vivía a fines de la Edad Media, nos encontramos con una Iglesia en la que el Evangelio de Jesús ya no podía representar gran cosa. Religión, Riqueza y Poder habían alcanzado su cumbre en una institución, la Iglesia, que tenía su origen en el Evangelio y su misión en hacerlo presente en el mundo. Pero, en lugar del Evangelio, el poder total, en lo religioso y en lo político, resultaba alucinante. Tan alucinante que ni los papas, ni los obispos, ni los teólogos pudieron darse cuenta y menos aún anticipar las consecuencias que tal visión de la Iglesia y su teología del poder y la riqueza iban a tener.

125. Cf. Y. CONGAR, *L'Eglise de saint Augustin à l'époque moderne*, pg. 185-188.

126. Bula *Unam sanctam*. Cf. DENZINGER – HÜNERMANN, *Enchiridion*, n° 87, pg. 381.

127. *De Planctu*, i, art. 13. Cf. Y. CONGAR, o. c., pg. 279.

En efecto, en una sociedad en la que la Iglesia tenía tal convicción de su poder –aceptado por los fieles como “lo que tenía que ser”–, se tomaron decisiones cuyas consecuencias han sido –y siguen siendo– injusticias que claman al cielo que ahora vemos como atrocidades insostenibles e indignantes. Voy a poner dos ejemplos elocuentes. Me refiero a los papas Nicolás V, a mediados del siglo XV, y Alejandro VI, a finales del mismo siglo.

Por más absurdo e injusto que nos parezca hoy a nosotros, el 8 de enero de 1454 el papa Nicolás V hizo una donación sorprendente, increíble, pero coherente con la teología que se había desarrollado desde Gregorio VII: La donación nada menos que de todos los reinos de África al rey de Portugal, Enrique IV de Castilla. El papa justificó tal decisión precisamente en la “plenitud de su potestad” apostólica<sup>128</sup>. Así, y con ciencia cierta de lo que hacía, el papa Nicolás V concedió al rey de Portugal “la plena y libre facultad de apropiarse, para él y sus sucesores, y de aplicar para sus usos e intereses<sup>129</sup> todos los reinos, principados, dominios, posesiones muebles e inmuebles de las gentes de África, con el derecho de invadir, conquistar y someter a perpetua esclavitud a esas gentes<sup>130</sup>.”

En este documento oficial ya no se trata solamente de que el papa se limite a legitimar una situación de hecho, sino que va más lejos y concede al rey de Portugal el derecho de apropiarse y hacer sus esclavos a todos los ciudadanos de un continente. Esta generosa y extravagante donación fue reiterada y reconocida por

128. “*auctoritate apostolica et ex certa scientia, de apostolica potestatis plenitudine*”... Bula *Romanus Pontifex*, S. *Bullarium Diplomatum et Privilegiorum Sanctorum Romanorum Pontificum*, Turin, 1860, vol. V, 113.

129. “*sibi et successoribus suis applicandi... et successoribus suis... plenam et liberam, inter caetera, concessimus facultatem*”. Bula *Romanus Pontifex*, vol. V, 113.

130. “*invadendi, conquirendi, ... el subiugandi, illorumque personas in perpetuam servitutem redigendi*”. Bula *Romanus Pontifex*, S. *Bullarium*, vol. V, 113.

el "breve" *Dudum pro parte*, del papa León X (1516) y por la bula *Aequum reputamus*, del papa Pablo III (1634). El regalo de África a Portugal, basado en la teología de la *Plenitudo potestatis*, y garantizado por tres papas (Nicolás V, León X y Pablo III) es un hecho histórico que, por más injusto y absurdo que nos parezca, deja patente el papel y la influencia determinante del papado en la historia del colonialismo. No se trata de que la Iglesia lo inventara, invasiones de Imperios poderosos sobre gentes pobres e indefensas han existido a lo largo de la historia de la humanidad, pero es indiscutible que la Iglesia, por la palabra del Romano Pontífice, justificó y tranquilizó las conciencias de los invasores y fomentó la injusticia.

Y la "generosidad" pontificia con Portugal se agigantó con España. Es conocida la serie de documentos por los que el papa Alejandro VI hizo donación a los reyes españoles de las islas y tierras firmes que se habían descubierto o se pudieran descubrir. Y, además, el papa separó el dominio de las coronas de España y Portugal a lo largo de una línea imaginaria que pasaba a cien leguas al este y al sur de las islas Azores y de las de Cabo Verde<sup>131</sup>. Este disparate no fue nada más que el comienzo de los peligrosos despropósitos que siguieron a continuación. Porque, en su bula *Inter caetera* (4 de mayo de 1493), Alejandro VI reconocía que, en las tierras descubiertas, se encuentran oro, aromas y otras muchísimas cosas preciosas<sup>132</sup>.

Pues bien, el papa Alejandro VI se consideró con poder y autoridad para regalar todo lo descubierto a los reyes de España, "con

131. Cf. R. Aubenas - R. Ricard, *L'Eglise et la Renaissance*, vol. XV, que remite a Paiva Manso, *Historia eclesiástica ultramarina*, vol. I, Apéndice, pg. 124.

132. "*In quibus quidem insulis et terris iam repertis, aurum, arómata et aliae quamplurissime res pretiosae reperiuntur*. Bula *Inter caetera*, 3. *Bullarium...*, vol. V, pg. 362.

liberalidad, por ciencia cierta y en virtud de la plena potestad apostólica"<sup>133</sup>. Y, además, tomó esta decisión de tal manera que les concedió a los reyes católicos "la plena, libre y omnimoda potestad, autoridad y jurisdicción"<sup>134</sup>.

Lo verdaderamente grave, en todo este asunto, es que los Reyes Católicos de España y el Rey de Portugal, convencidos de que los nuevos continentes descubiertos les pertenecían y amparados "por la autoridad de Dios omnipotente que se nos ha concedido en el bienaventurado Pedro"<sup>135</sup>, se sintieron con derecho y autoridad para destruir imperios y culturas, dominar con poder absoluto a millones de seres humanos y apoderarse de los bienes de aquellas gentes, utilizando para ello la guerra, la persecución y hasta la matanza masiva. Estos patéticos y miserables hechos son conocidos y no es necesario explicarlos aquí.

Es verdad que los papas, al tomar estas decisiones, afirmaban que hacían, aprobaban y justificaban tales violencias para que así los reyes pudieran propagar la fe cristiana en tierras desconocidas y recientemente descubiertas<sup>136</sup>. Pero lo que no se entiende es que, para propagar la fe cristiana, fuera necesario despojar de sus bienes a quienes vivían en la pacífica posesión de los mismos, y utilizando para ello la violencia, el derramamiento de sangre y, en no pocos casos, el exterminio. Y menos aún se comprende que todo eso lo pudiera permitir, aprobar y justificar el Vicario de Cristo, basándose para ello en la presunta "plenitud de potestad" que Dios le habría concedido a san Pedro.

133. *De nostra mera liberalitate et ex certa scientia, ac de apostolicae potestatis plenitudine*. Bula *Inter caetera*, 6. *Bullarium*, vol. V, pg. 363.

134. "*cum plena, libera et omnimoda potestate, auctoritate et iurisdictione facimus, constituimus et deputamus*". L. c.

135. "*auctoritate omnipotentis Dei, nobis in beato Petro concessa*". L. c.

136. Cf. *Bullarium*, vol. V, 362-363, como anteriormente Nicolás V, cf. *Bullarium*, vol. V, 112.

Es verdad que hubo notables teólogos católicos, como Francisco de Vitoria y Roberto Belarmino, que se opusieron al poder absoluto del papa. Pero también que estos dos grandes teólogos fueron puestos en el *Índice de autores prohibidos* precisamente porque negaron el poder absoluto del papa en asuntos temporales y en todo el universo. Vitoria lo formuló con gran precisión y claridad: “el Papa no tiene ningún poder en relación a un fin temporal que sea un mero poder temporal”<sup>137</sup>.

Por supuesto, reconocemos el comportamiento ejemplar de la Iglesia en cuanto se refiere a la evangelización de continentes enteros. Como también es ejemplar la aportación cultural que hicieron España y Portugal en África y más generosamente en América. Pero la difusión del Evangelio y la Cultura no pueden justificar la inmoralidad de apoderarse de los bienes del que es evangelizado. Y menos aún, dominar a las personas hasta convertir a los seres humanos en esclavos, que se cazaban a lazo en África y se vendían como mercancía en América. Como es lógico, se vendían los que llegaban vivos porque “los negros morían rápidamente, y sólo en casos excepcionales llegaban a soportar siete años continuos de trabajo. Eso sí, antes de que cruzaran el Atlántico, los portugueses los bautizaban a todos. Y en Brasil tenían la obligación de asistir a misa, aunque les estaba prohibido entrar en la capilla mayor o sentarse en los bancos”<sup>138</sup>.

En modo alguno pretendo presentar aquí una historia de las atrocidades que Europa cometió en África y América en los siglos finales de la Edad Media y comienzos del Renacimiento. Me limito a recordar algunos casos que ponen en evidencia el papel que la Iglesia desempeñó en aquel cúmulo de atrocidades. Es evidente

137. “*in Papa nulla est potestas qua ordinetur ad finem temporalem, quae est mere temporalis potestas*” (*Relectiones tredecim*, Sectio VI, nº 8).

138. E. GALEANO, *Las venas abiertas de América Latina*, Madrid, Siglo XXI, 1990, pg. 85.

que hubo misioneros (mujeres y hombres) que fueron ejemplares, heroicos, auténticos santos. Pero la generosidad de estas personas es conocida, y creo que es necesario destacar el papel escandaloso de la Iglesia en esta historia que nos tendría que avergonzar.

¿Qué papel representó la Iglesia, especialmente el Papa y sus teólogos? Se convirtieron en los legitimadores de aquellas atrocidades fundamentándose en teologías indemostrables, de forma que los reyes y gobernantes de la poderosa Europa pudieron robar, matar y apoderarse de países enteros, cometiendo semejantes barbaridades “con buena conciencia”. Porque tenían a su favor las bulas papales y la aprobación de la mayoría de los teólogos, que actuaron como justificadores del robo y del crimen en varios continentes y durante siglos. Seguramente, estas atrocidades se habrían cometido igualmente sin contar con las bulas pontificias y la aprobación de la teología, pero esto es una hipótesis. El hecho es que sabemos lo que se hizo.

La Religión justificó la violencia, las atrocidades del Poder y la Riqueza. Una Iglesia fiel al Evangelio, ¿habría tolerado tales injusticias? El Dios que nos presenta y explica Jesús en el Evangelio ¿tiene algo que ver con el Dios de la Religión que les concedió a los Papas y a sus teólogos la “plenitud de poder” que causó tanto sufrimiento, tanta injusticia y tanta muerte?

## La bondad y humanidad de Dios

El Dios que Jesús presenta en el Evangelio es el Padre de la bondad, que acoge –y quiere que acojamos siempre– a los demás, sobre todo a los que más sufren. Así es el Dios que nos va a juzgar en el juicio definitivo (Mt 25, 34-40). Y así también es el Dios que desaparece en el “mandamiento nuevo” que Jesús les dio a sus discípulos en la cena de despedida: “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros” (Jn 13, 34). De forma que “en esto conocerán todos que sois discípulos míos”.

¿En qué consiste la novedad de este mandamiento último, definitivo y único, que Jesús impuso a sus seguidores? En los evangelios de Marcos, Mateo y Lucas, el mandamiento supremo es el del “amor a Dios” (Mc 12, 28-34; Mt 22, 34-40; Lc 10, 25-28). El evangelio de Marcos considera el “amor al prójimo” inseparablemente junto al “amor a Dios” (Mc 12, 31-33). Esto venía a decir que no es posible amar a Dios si no se ama igualmente al prójimo<sup>139</sup>.

Este “mandamiento nuevo” es capital en el Evangelio, porque es frecuente, frecuentísimo, encontrar en los ambientes religiosos

139. Cf. Joel MARCUS, *El Evangelio según Marcos*, Salamanca, Sígueme, vol. III, 2011, 967-969; Ch. Butchard, *Das doppelte Liebesgebot*, en *FS Jeremias* (1970), 39-62.

y clericales personas muy religiosas que se imaginan que quieren mucho a Dios, pero al mismo tiempo desprecian y hasta odian a algunos de sus semejantes. Este es uno de los grandes engaños que sufrimos los que nos damos los consabidos e inútiles “golpes de pecho”.

Pero el Evangelio llega más lejos y es más sorprendente. El evangelio de Juan, que se hizo público después de los tres sinópticos, no relata la institución de la eucaristía cuando Jesús se despedía de sus discípulos, en la última cena. Y en aquel momento de despedida, Jesús comunicó a sus seguidores el “mandamiento nuevo” (Jn 13, 34). Es curioso y llama la atención que Jesús esperara hasta el final, a la noche de su despedida, para informar a sus discípulos de que les imponía un mandamiento nuevo. ¿Por qué nuevo? ¿En qué consistía tal novedad?

Jesús les dijo al despedirse: “*Que os améis unos a otros como yo os he amado*”. Aquí ya desaparece Dios. Y todo se reduce al amor, al cariño, a la bondad que nos tengamos unos con otros. Hasta tal punto que Jesús llega a decir: “*En esto se conocerá que sois discípulos míos, si os queréis unos a otros*” (Jn 13, 35). Sólo así estaremos “en la luz”. De no ser nuestra vida así, andaremos “en las tinieblas”, viviremos a ciegas (1 Jn 2, 9-11)<sup>140</sup>. El que va así por este mundo no sabe ni puede saber a dónde va, por más títulos y cargos que tenga. Puede ser un famoso o una famosa, pero en realidad es un ciego que ni siquiera sabe dónde está. Y es que, en definitiva, sólo el amor es digno de fe.

La conclusión es fuerte y subversiva: al cristiano auténtico no se le reconoce por su religiosidad, sino por su humanidad. ¿Qué hizo Jesús para revelarnos a Dios? La carta a los filipenses, en uno de los textos más atrevidos y geniales del Nuevo Testamento, lo dice

140. Jean ZUMSTEIN, *El Evangelio según Juan*, vol. II, Salamanca, Sígueme, 2016, 66-67. Cf. J. Baumgarten, art. *Kainós*, DENT II, col. 2137-2138.

con claridad y fuerza: Jesús “*no se aferró a su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo (morphèn doulou) haciéndose como uno de tantos*” (Flp 2, 6-7).

Seamos coherentes y atrevidos. Dios se nos dio a conocer, no en su grandeza, sino despojándose de todo lo que es sublime, grandioso y todopoderoso. Haciéndose como un cualquiera. Así, cuando no tenemos nada que lucir, ¿qué nos queda? Nuestra condición humana. Nuestra humanidad. Siendo y viviendo como un ser profundamente humano, así –y solamente así– podemos presentar y representar a Dios.

Esto, ni más ni menos, es lo que hizo y vivió Jesús. Y nosotros, los mortales, ¿le vamos a enmendar la plana a Jesús? Eso es lo que (seguramente sin darse cuenta) ha hecho la Religión, echándole solemnidad, riqueza y poder al asunto. Pero ya estamos viendo a qué va a parar esto. Por ahí no vamos a ninguna parte. Sólo el Evangelio nos puede liberar de la ceguera en que vivimos. Una ceguera que no es conocida por quienes la padecemos. La religiosidad nos ciega porque nos tranquiliza y pacifica nuestras conciencias, de forma que nuestras observancias religiosas se constituyen en “un fin en sí mismas”<sup>141</sup>.

Es verdad que la “religiosidad” –sea la que sea– es socialmente considerada como un factor positivo. Además, lleva al sujeto religioso a verse como una buena persona. Y para colmo, una persona religiosa (por lo general) piensa en la muerte y en la “otra vida” con paz y esperanza.

Pero, tan cierto como lo que acabo de apuntar, es que (con demasiada frecuencia) religiosidad no es equivalente a humanidad, bondad, honestidad, transparencia, respeto, tolerancia... Y si enjuiciamos todo este asunto desde el punto de vista cristiano, la religiosidad, que se sobrepone a la humanidad, hace del cristianismo

141. Gerd THEISSEN, *La Religión de los primeros cristianos*, pg. 152.

una fuente inagotable de contradicciones y mentiras. ¿Cómo se puede predicar el Evangelio desde un palacio episcopal? ¿Cómo es posible hablar (sin avergonzarse) del seguimiento de Jesús en la pompa, boato y grandeza de una catedral? ¿Se puede asegurar que los clérigos son los más ejemplares seguidores de Jesús, tal como el Evangelio presenta ese seguimiento? Es más (y sobre todo), ¿Se puede afirmar, tal como están hoy las cosas, que los países “más cristianizados” –que suelen ser los más poderosos e industrializados– son los más ejemplares ante la apremiante necesidad de un mundo más justo y en el que nadie muera de hambre?

¿Por qué estas preguntas –y tantas otras– no tienen respuesta?

Estas preguntas y todas las que se pueden plantear sobre la Iglesia, nos llevan directa e inevitablemente a una conclusión tan desagradable como desconcertante: en la Iglesia se han fundido y confundido Religión y Evangelio, de manera que la Iglesia ha optado por la Religión, incorporando en ella los relatos del Evangelio como una práctica más de la Religión.

La consecuencia ha sido vivir en la confusión. Queremos vivir evangélicamente mediante la fidelidad a la religiosidad, lo cual produce un resultado, no sólo desconcertante, sino sobre todo contradictorio. Porque no podemos –ni debemos– olvidar que la Religión no pudo soportar al Evangelio, hasta el extremo de que, como es bien sabido, la Religión fue la que mató a Jesús. Lo cual quiere decir que la Religión y el Evangelio son incompatibles.

## 30

### El Evangelio, un “proyecto de vida”

Esto es lo que explica por qué, con tanta frecuencia, leemos libros y escuchamos homilías en las que se dicen maravillas sobre el Evangelio y la vida de Jesús. Pero igualmente sabemos que quien dice cosas tan evangélicas, vive en los antípodas del Evangelio.

El resultado de esta contradicción es bien conocido. Lo que en la Iglesia ha terminado por imponerse ha sido la Religión, que integra en sí misma al Evangelio, pero un Evangelio no vivido, sino reducido a una ceremonia más del acto religioso, que es la misa. Teniendo muy presente que el Evangelio no es un ceremonial sagrado, ni siquiera es una historia tal como normalmente se suele entender esa palabra ¿Qué significa esto?

Hay una cosa que ya he dicho en este libro pero que no me cansaré de repetirla: el Evangelio es una recopilación de relatos, que nos presentan y proponen una forma de vivir o, si se prefiere, un proyecto de vida. Lo determinante no es su historicidad, sino su significatividad. Lo que interesa no es si lo que se relata sucedió o no sucedió, sino que lo determinante es que, en esa recopilación de relatos, se nos presenta cómo tenemos que vivir, o dicho con más precisión, cómo tiene que ser nuestra forma de vida.

Por esto es tan importante tener muy claros los dos componentes del relato, que son: 1) la “historia contada” en el relato; 2) la

“enunciación” (la exposición del conjunto de datos que componen un problema) que entraña esa enunciación. El “análisis narrativo” distingue esos dos componentes, indisociables en todo caso, de la misma manera que la “lingüística” establece, en toda palabra que pronunciamos, la diferencia entre el “significante” y el “significado”<sup>142</sup>. Lo que, en definitiva, quiere decir que lo que más interesa, en el Evangelio, no es la “historicidad” de cada relato, sino la “significatividad” de lo que se relata.

En los orígenes de la Iglesia, como ya he dicho, la Religión de redención se predicó y se practicó durante más de 30 años antes de que se empezara a conocer y difundir el Evangelio. Pablo de Tarso se adelantó a los evangelistas, pero no conoció a Jesús ni le interesó lo que Jesús dijo y vivió. Pablo conoció a Cristo resucitado en el camino de Damasco (Hch 9, 1-6). El Jesús histórico ya no existía, y el mismo Pablo llega a afirmar, como ya he dicho antes, que el conocimiento de Cristo “según la carne” no le interesaba (2 Cor 5, 16). Por eso se puede afirmar que Pablo fue el primer gran apóstol de la Iglesia y, en este sentido, su fundador. Pero insisto en que Pablo no fundamentó la Iglesia sobre el Evangelio, sino que hizo de la Iglesia una “Religión de redención” (Günther Bornkamm).

Esta primera comprensión e interpretación del cristianismo se explica si tenemos en cuenta que el pensamiento dominante en aquel tiempo no era el pensamiento social, sino el pensamiento filosófico, que provenía de la Grecia clásica. De ahí la importancia que alcanzó la doctrina de la *homoiosis*, la “asimilación” a Dios, que Platón fue el primero en formular en un famoso pasaje del *Teeteto* (176 B) del que se harían eco constantemente todos los platónicos de aquel tiempo, tanto paganos como cristianos<sup>143</sup>.

142. Daniel MARGUERAT/Yvan BOURQUIN, *Cómo leer los relatos bíblicos*, Santander, Sal Terrae, 2000, 37-38.

143. E. R. DODDS, *Paganos y cristianos en una época de angustia*, Madrid, Cristiandad, 1975, 105.

Pero se trataba de la asimilación a Dios, no de la identificación con lo divino<sup>144</sup>.

Como es lógico con estos condicionantes filosóficos y culturales, el pensamiento teológico de los cristianos se enfocó más al “ser” (naturaleza) de Cristo que a reflexionar sobre la “vida” de Jesús. Se comprende así mejor lo que ya he dicho antes: los afanes teológicos de la Iglesia, en los siglos III al VI, se centraron más en problemas derivados de la filosofía griega que en la forma de vida que nos marca el Evangelio.

Esta intensa y prolongada preocupación tuvo una consecuencia importante para la teología cristiana. Los temas que interesaron a los teólogos y sobre todo al magisterio oficial de la Iglesia, fueron los conceptos de “naturaleza”, “esencia”, “substancia” y “persona” (*fisis, ousía, hipóstasis, prósopon*)<sup>145</sup>. Esto es comprensible por la sencilla razón de que es más fácil y más cómodo discutir sobre “especulaciones teóricas”, que afrontar la “forma de vida” que llevó Jesús y que debemos llevar nosotros en nuestras relaciones con los demás, en este mundo tan desigual, injusto y violento en el que vivimos.

Pero no nos limitemos a esta constatación elemental, que está al alcance de todo el que piensa en estas cosas. Hay algo más y mucho más determinante. Si pensamos detenidamente (y con sinceridad) en el “hecho religioso”, confrontándolo con el “hecho evangélico”, comprobaremos que hay importantes diferencias entre ambos fenómenos que es interesante analizar a fondo.

144 Cf. E. R. Dodds, o. c., 105-106.

145. Manuel SOTOMAYOR, “Controversias doctrinales de los siglos V y VI, en *Historia del Cristianismo*, vol. I, *El mundo antiguo*, pgs. 600-601.

## El hecho religioso y el hecho evangélico

Las diferencias entre la Religión y el Evangelio son más profundas y determinantes de lo que seguramente imaginamos. Una de ellas es que el hecho religioso tiene un poder seductor que no tiene el hecho evangélico.

En la Religión los ritos son esenciales y determinantes. Los ritos nos defienden del miedo, que precipita al individuo en el caos. Un caos psíquico, pero también un caos destructor (Sigmund Freud). Una persona religiosa, que cumple al pie de la letra con el rigor del rito, se siente en paz aunque en su vida haya zonas oscuras, porque el rito se encarga de liberarnos del miedo<sup>146</sup>. Por eso los ritos religiosos son tan seductores a los ojos de las personas religiosas.

El hecho evangélico, por el contrario, no es sedante, sino exigente. Mientras en el mundo haya sufrimiento (por motivos de salud, pobreza, esclavitud, violencia, desamparo...), una persona que se tome en serio el Evangelio será siempre una persona que comparta el sufrimiento de los demás con su forma de vida, el nivel de su egoísmo o su generosidad y así sucesivamente. Sin duda, el hecho religioso es más seductor que el hecho evangélico. ¿No ocurre, con frecuencia, que la gente importante se viste de lujo para

146. Gerd THEISSEN, *La Religión de los primeros cristianos*, pgs. 151-153.



asistir a un acto religioso solemne, mientras que se desentiende o hasta trata con desprecio a los mendigos o personas desarrapadas?

La conclusión es clara: se puede ser muy religioso y muy rico al mismo tiempo. Pero, aunque cumpla toda la Ley, si no está dispuesto a tener su riqueza en Dios –y solamente en Él– no le queda otro remedio que seguir con la riqueza del dinero, de los negocios, de las fincas, etc. Y el que tome este camino en la vida, que se olvide de seguir a Jesús. El relato del “hombre rico” (Mc 10, 17-22; Mt 19, 16-22; Lc 18, 18-23) es paradigmático en este orden de cosas. Aquel hombre era religioso, pero no quiso ser evangélico. Así de simple y así de fuerte.

Además –y esto me parece a mí lo más importante– cuando una persona, una familia, un país, la sociedad entera cede y acepta el poder seductor del hecho religioso, podrá ser una sociedad que respeta los Derechos Humanos, pero también será una sociedad que acepta y aprueba las desigualdades, las injusticias y la brutal violencia que brota del capitalismo y lo perpetúa. Como ya he mencionado en este libro, mucha gente no sabe que las raíces del capitalismo se encuentran en los teólogos católicos de la Edad Media tardía.

El proceso de transformación del Evangelio en Religión no tardó en ponerse en marcha. Pocos años después de la publicación del cuarto evangelio, el de Juan –del que razonablemente se puede afirmar que se completó a finales del siglo primero<sup>147</sup>– Plinio el Joven, gobernador de Bitinia (al norte de Asia Menor), escribió una carta al Emperador Trajano en la que le informaba de que había encontrado algunos cristianos que se reunían semanalmente para cantar un himno en honor de Cristo, su Dios<sup>148</sup>. Los datos, que el profesor Jungmann analiza en su enorme volumen *Missarum Sollemnia*,

147. Jean ZUMSTEIN, *El Evangelio según san Juan*, Salamanca, Sígueme, 2016, pg. 44.

148. Joseph A. JUNGSMANN, *El Sacrificio de la Misa*, Madrid, BAC, 1951, 41-42.

demuestran claramente que, ya a comienzos del siglo segundo, los cristianos eran reconocidos como una nueva Religión.

Pocos años más tarde, hacia el año 150, el filósofo y mártir Justino escribió la primera apología conocida sobre la eucaristía<sup>149</sup>. También es un hecho que, durante el siglo segundo, se difundieron los “evangelios apócrifos”, provocando confusiones y extravagancias que no contribuyeron a conocer y seguir la forma de vida que Jesús nos enseñó. Además, hasta bien avanzado el siglo cuarto no quedó fijado el canon de los 27 libros del Nuevo Testamento, y la “literatura apócrifa” no fue totalmente eliminada del Nuevo Testamento –en las comunidades latinas– hasta finales de la Edad Media<sup>150</sup>.

En todo el primer milenio y hasta los años más creativos de la teología cristiana, entre los siglos XII y XIII, se produjo en la Iglesia un fenómeno tan sorprendente como elocuente. Por una parte, la Iglesia conservó y transmitió al Evangelio auténtico, excluyendo y marginando todo lo que fueran escritos apócrifos. Este es un hecho de la máxima importancia en la existencia y razón de ser de la misma Iglesia. Más aún, esta fidelidad y firmeza en la conservación del Evangelio auténtico ha sido el servicio más importante que la Iglesia ha hecho –y sigue haciendo– a la humanidad. Esto, ante todo.

Pero también es verdad que, con el paso del tiempo, la Iglesia fue aceptando e incluyendo en la gestión, organización y funcionamiento de su gobierno y su apostolado, una cantidad notable de cargos, instituciones, normas y leyes que no provienen del Evangelio ni están de acuerdo con él. Es más, en la Iglesia hay también una notable cantidad de normas, cargos, títulos y prácticas que

149. Joseph A. JUNGSMANN, o. c., 47-48.

150. Jean-Daniel KAESTLI, “Historia del canon del Nuevo Testamento”, en Daniel Marguerat (Ed.), *Introducción al Nuevo Testamento*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2008, pg. 469.

están abiertamente en contra de lo que Jesús de Nazaret hizo, dijo y dejó dispuesto como mandatos y obligaciones determinantes para sus seguidores y discípulos.

Como es lógico, al hablar de este complejo asunto no pretendo ser exhaustivo, ni por supuesto se trata de desprestigiar a la Iglesia. Todo lo contrario. Si afirmo estas cosas lo hago precisamente para depurar, en la medida de lo posible, nuestro conocimiento, nuestro aprecio y nuestra valoración de la Iglesia. Por eso precisamente me voy a limitar a lo que, desde mi punto de vista, le está haciendo más daño a la Iglesia y está limitando o mutilando su servicio.

Es un error pensar que la Iglesia se ha desviado –incluso pervertido– en tiempos relativamente recientes. No. La desviación y la perversión vienen de lejos. Y conste que cuando hablo así no me refiero primordialmente a un problema ético o de moralidad. Es decir, no pretendo ni siquiera insinuar que los cristianos se degradaron en su vida y costumbres hasta el extremo de comportarse como malas personas. No me refiero a la perversión de las personas, sino al cambio tan profundo que se produjo en la institución.

## La desviación de la Iglesia

¿En qué consistió este cambio o desviación de la Iglesia? El punto de partida, la base y el fundamento de la Iglesia está en Jesús de Nazaret. Ya he dicho que el concilio Vaticano II, en la *Constitución Dogmática sobre la Iglesia (LG, nº 5)*, afirma que la Iglesia “se fundamenta y tuvo su punto de partida (*initium fecit*) en Jesús”. Concretamente en la predicación del Reino de Dios que realizó, no sólo con sus enseñanzas, sino con la totalidad de su vida tal y como nos la presenta el Evangelio.

Por tanto, la Iglesia está presente no sólo donde se repite oralmente lo que dijo e hizo Jesús de Nazaret, sino sobre todo y necesariamente donde se vive, se ve y se palpa cómo vivió Jesús. Por eso el Evangelio no es solamente una serie de enseñanzas en las que debemos creer. Además de eso –sobre todo– es una forma de vivir que se hace presente donde se vive –en cuanto nos es posible– como vivió Jesús. Es decir, donde los seres humanos organizamos nuestra vida, en la actividad o trabajo que cada cual tenga, de forma que se pueda decir siempre de nosotros que seguimos a Jesús.

Cualquier persona que haya leído los relatos que componen el Evangelio se habrá dado cuenta de que la forma de vida y las enseñanzas de Jesús encontraron una resistencia y un rechazo

creciente y peligroso, no entre los ateos o los pecadores, sino entre los más fanáticos observantes de la Religión.

Por esto he dicho –y lo repetiré mientras pueda– que el problema que más urge resolver en la Iglesia es que en ella se ha fundido y confundido la Religión con el Evangelio, de tal manera, además, que lo que está más presente en la Iglesia, lo que más se ve y se palpa, no es el Evangelio, sino la Religión.

Este desplazamiento del Evangelio a la Religión dio sus primeros y decisivos pasos muy pronto. Se produjo y se difundió antes de que se conocieran los cuatro evangelios reconocidos y aceptados por la Iglesia. Como ya he dicho, fue el apóstol Pablo quien, sin conocer el Evangelio de Jesús, difundió una religión de redención<sup>151</sup> orientada más a la salvación eterna que a la conducta de humanidad y bondad, tal como nos enseñó Jesús.

Se comprende que relativamente pronto, ya en el siglo III, la Religión empezó a sobreponerse al Evangelio. Mientras que en los siglos II y III la religión de redención que difundió Pablo y la inevitable inseguridad que produjeron los evangelios apócrifos, condicionaron sin duda y hasta seguramente debilitaron la presencia del Evangelio en las comunidades de la Iglesia, la Religión se fue robusteciendo y unificando. Así lo hace constar el profesor Joseph Jungmann: “en el siglo III... hay muchos indicios de que existía en la Iglesia universal una cierta norma unificadora de las líneas generales, es decir, un conjunto formado por la costumbre, todavía bastante flexible, que consistía en disposiciones sobre la erección y organización de los templos, sobre el tiempo y la forma del culto”<sup>152</sup>. “Templos” y “forma del culto” que son dos importantes constitutivos de la Religión.

151. Günther BORNKAMM, *Pablo de Tarso*, Salamanca, Sígueme, 2008, 291-292.

152. J. JUNGSMANN, *El Sacrificio de la Misa*, pg. 60-61.

Pero estos eran solamente en los comienzos. Fue en el siglo III cuando la Religión empezó a cobrar fuerza y presencia en la Iglesia, y lo hizo a costa del Evangelio. En efecto, ya a comienzos del siglo III se acentúa y cobra fuerza el vocabulario sagrado para designar a los dirigentes de la Iglesia, los ministros del culto. Baste saber que, en las obras de Tertuliano, aparece 97 veces la palabra “sacerdos”, que en ocho ocasiones, por lo menos, se utiliza para designar al obispo<sup>153</sup>. Y fue Cipriano (obispo de Cartago) quien introdujo en la Iglesia la terminología propia de la Religión, como quedó patente en su abundante correspondencia (81 cartas).

En efecto, en la primera mitad del siglo tercero se produjo la sacralización del ministerio eclesiástico. A partir de entonces, ya no se habla de “servicio”, sino de “honor”, “dignitas” y “potestas”: honor, dignidad y potestad<sup>154</sup>. Sin duda alguna, el Evangelio empezó a quedar desplazado y, en su lugar, la Religión se fue haciendo determinante en las ideas y prácticas de la Iglesia.

A mediados del siglo tercero, Cipriano (obispo de Cartago) se lamentaba, en un texto patético, de la situación de postración en que vivía la Iglesia: “Cada uno busca engrosar su hacienda y, olvidándose de la pobreza que practicaban los fieles en tiempo de los apóstoles..., no tenían otra ansiedad que la de acumular bienes con una codicia abrasadora e insaciable. No se veía en los sacerdotes el celo por la religión ni una fe íntegra en los ministros del santuario; no había obras de misericordia ni disciplina en las costumbres”<sup>155</sup>.

153. Detalladamente he indicado los textos de Tertuliano en este sentido: José M. CASTILLO, *Para comprender los ministerios de la Iglesia*, Estella (Navarra), Verbo Divino, 1993, 51. Es más, la *Didascalía* afirma que “el primer sacerdote y levita es el obispo, que preside en representación de Dios”. *Didasc.*, XXVI, 4, ed. Funk, 104.

154. CIPRIANO, *Epist.* 15, 1; CSEL, 514, 5; *Epist.* 16, 3; CSEL, 519, 17; *Epist.* 17, 2; CSEL, 522, 5; *Epist.* 33, 1; CSEL 566, 3; *Epist.* 37, 2; CSEL 577, 7; *Epist.* 43, 3; CSEL 592, 26.

155. *De lapsis*, 6. CSEL 240, 12 ss.

En estas condiciones, se hablaba de los dirigentes de la Iglesia, no como apóstoles o discípulos de Jesús, sino como sacerdotes y clérigos<sup>156</sup>. En el Evangelio, cuando se habla de sacerdotes, siempre y sin excepción alguna es para referirse a los ministros sagrados del templo de Jerusalén. Jesús jamás instituyó o designó a sus discípulos como sacerdotes, y menos aún como representantes o miembros del clero. Al contrario, les advirtió severamente de que, si querían ser “grandes” o situarse los primeros, tenían que persuadirse de que su destino era ser “sirvientes” (*diákonos*) y “siervos” (*doûlos*) (Mt 20, 26-27 par).

Pero en la Iglesia no se ha cumplido la voluntad de su fundador, Jesús el Señor. En el Nuevo Testamento, sobre todo en la tradición de Lucas, los apóstoles son “*los representantes autorizados del Señor*” (Mc 6, 7; Mt 10, 2; Lc 2, 32; 3, 15; 5, 32; 10, 39; 13, 31; Hch 1, 8. 22) (J. A. Bühner)<sup>157</sup>. Pero los apóstoles, tal como Jesús los quiso, tenían que ser los “sirvientes” y los “siervos” en la Iglesia y en la sociedad. Porque la mentalidad de Jesús es que “*quien se eleve será rebajado*” y “*quien se rebaje será elevado*” (Lc 14, 11). Desde esta inversión radical del poder y la importancia, pensaba Jesús que su mensaje, el Evangelio, podía dar vida y salvar al mundo.

Sin embargo, ¿qué sucedió? Que la Iglesia, sus dirigentes y quienes gestionaron el servicio de los apóstoles de Jesús y su Evangelio no tardaron mucho tiempo en tomar otro camino. En efecto, ya en el siglo III, Cipriano de Cartago, en su abundante correspondencia, dejó testimonio autorizado y repetido según el cual los “sirvientes” y “siervos” que Jesús quiso se erigieron en clérigos, es decir, los que pertenecían al clero. Esta palabra (como he dicho) no aparece ni una sola vez en el Nuevo Testamento. Se trata de un

156. CIPRIANO, *Epist.* 1. II, 1. Edic. BAC, Madrid 1964, 365; 409, etc.

157. *Dic. Ex. N. T.*, vol. I, 433-434; F. HAHN, *Der Apostolat im Urchristentum. Seine Eigenart und seine Voraussetzungen*: KuD 20 (1974) 54-77.

término que proviene del griego *kleros*, que significa “suerte” o “lote”, relacionado con *kleronomía*, “herencia”. Es por tanto una palabra que expresa la idea de privilegio o preferencia sobre los demás y sitúa a quien lo disfruta por encima de los que no gozan de esa posición privilegiada.

Es elocuente el hecho de que los términos “clero” y “clérigo” aparecen repetidamente en las cartas de Cipriano, obispo de Cartago. Por tanto, bastantes años antes de Constantino ya había surgido el clero “como una casta separada y superior de personas sagradas”. Teniendo en cuenta que fue el laicado “el que quería que el clero fuera diferente. *C'est le premier pas qui coûte*: todo es empezar. Una vez tomada la decisión tácita de diferenciar al clero, el paso del tiempo puso la diferencia”<sup>158</sup>.

El hecho es que así, cuando apenas había empezado a organizarse la Iglesia, el proyecto que nació del Evangelio se instituyó como una Religión dividida y partida en dos bloques: los clérigos, con el poder y su correspondiente dignidad, y los laicos, obligados a someterse y obedecer en el cumplimiento de leyes, normas y observancias rituales para tranquilizar la conciencia.

Y es que este asunto, por poco que se piense, deja en los creyentes fervientes y convencidos un profundo sentimiento de que deben someterse y dar cuenta de sus conciencias al afortunado clérigo porque, si toman en serio sus creencias y las cumplen, pensarán que Dios les manda lo que el clero ordena. Y si el laico no cumple lo que manda el clero, hasta en los sentimientos más íntimos, no es posible alcanzar la salvación. Baste pensar en asuntos tan íntimos y delicados –que no pocos clérigos exigen– como los deseos o sentimientos amorosos, sexuales, políticos, de odio.... En el cristianismo, todas estas –y tantas otras cuestiones básicas– están condicionadas por el poder y la autoridad del clero.

158. Peter BROWN, *Por el ojo de una aguja*, pg. 1024.

No olvidemos que un componente indispensable de la Religión es la jerarquía porque, como se ha dicho, “la Religión es generalmente aceptada como un sistema de rangos, que implica dependencia, sumisión y subordinación a superiores invisibles”<sup>159</sup>. De ahí, los nombres que se les han impuesto a las divinidades: el Señor (*Belu*), en particular Marduk, el dios más importante de Babilonia y su equivalente occidental *Baal*. Con el transcurrir de los tiempos y culturas, a Dios se le han atribuido los nombres y títulos más inimaginables, hasta reconocerlo como *despótes*, *dés-poina*, *basileús* e incluso *týranos*<sup>160</sup>. De manera que el distintivo de Dios, durante siglos, ha sido la *krátos* sin límites, la fuerza que posee, impone y manipula el clero.

Este fue el cambio más profundo y radical que se produjo en la Iglesia durante los tres primeros siglos de su existencia. He titulado este capítulo como la “desviación” de la Iglesia. Pero no fue solamente una desviación, pues llevaba consigo una inevitable “perversión”.

159. Walter BURKERT, *La creación de lo sagrado*, Barcelona, Acantilado, 2009, 146.

160. Walter BURKERT, *La creación de lo sagrado*, pg. 146-147.

## El inevitable alejamiento del Evangelio

La desviación de la Iglesia que acabo de explicar en el capítulo anterior desembocó inevitablemente en el alejamiento del Evangelio. Un alejamiento que se produjo por causa de la creciente importancia que fue adquiriendo el clero. Este progreso del clero se hizo patente a partir del siglo III, cuando se afianzó en la Iglesia la presencia y la importancia de una institución de hombres privilegiados que vivían y actuaban como los representantes del Todopoderoso.

El clero decide e impone lo que se tiene que aceptar y creer y lo que se tiene que hacer, cuándo y cómo. Y si no se hace, hay que acudir a él y confesar hasta lo más íntimo. Porque –según la mentalidad dominante durante siglos– Dios habla por el clero, castiga según impone el clero y premia a quienes respetan y se someten al clero. Siempre, por supuesto, según los criterios de moralidad que el clero impone al laicado.

Así se comprende el cambio radical que en poco tiempo se produjo en la Iglesia. En el transcurso de los s. II y III el Evangelio se vio dominado y superado por la Religión. El último de los Evangelios, el de Juan, se empezó a conocer en los primeros años del s. II. Poco más de un siglo después, los “seguidores”, “discípulos” y “apóstoles”, que instituyó Jesús, se erigieron en “clero” y

“clérigos”, los privilegiados, los primeros, los importantes. Jesús les había dicho a los doce seguidores originales: “*El que quiera ser grande entre vosotros, debe ser servidor vuestro; y el que quiera ser el primero, tiene que ser esclavo vuestro*” (Mt 20, 26-27; Mc 10, 43-44; Lc 22, 26-27).

El criterio de Jesús está muy claro: importante en la Iglesia es el “servidor” (*diákonos*) y el que se hace “esclavo” (*doúlos*) de los demás. Un proyecto que Jesús repite en diferentes ocasiones (Mt 18, 1-4 par; Mt 23, 8-12). Acertadamente se ha dicho que “pasajes como Mt 20, 24-28 o 18, 1-4 apenas se han entendido en la historia de la Iglesia como principios básicos para el derecho canónico” (Ulrich Luz). Se puede incluso decir que “El problema es más hondo: ¿puede haber estructuras basadas en superiores y súbditos, sacerdotes y laicos, en una Iglesia que se orienta en la línea de Mateo, fundamentalmente hacia abajo, en el servicio, y no hacia arriba, en el poder?”<sup>161</sup>

Sin duda alguna, la Iglesia no se orientó (a partir del s. III), sino que se desorientó. Y por eso tenemos una Iglesia al revés que, en asuntos capitales, marcha en dirección contraria –en asuntos de la máxima importancia– en dirección opuesta a lo que quiso Jesús. La Iglesia se fue organizando de forma que el Evangelio, con sus exigencias desconcertantes, se convirtió en una Religión, con sus leyes y sus rituales que tranquilizan las conciencias pero que al mismo tiempo tolera, permite y fomenta apetencias y aspiraciones mundanas que dirigen a las personas y a la sociedad en una dirección literalmente opuesta a lo que dice el Evangelio y a lo que vivió Jesús.

No pretendo analizar detalladamente y explicar cómo el Evangelio se fue desplazando hacia la Religión. Semejante análisis exigiría, no uno, sino numerosos volúmenes, que no están a mi alcance.

161. U. Luz, *El Evangelio según San Mateo*, vol. III, 223-224.

Por eso me parece que será más útil y clarificador indicar los dos pilares básicos sobre los que se fundamenta el desplazamiento del Evangelio a la Religión: el poder de mando y el dinero como riqueza.

Si algo hay claro en el Evangelio es que Jesús se solidarizó y se puso de parte de los pobres, los débiles, los marginados, defendió a las mujeres, acogió y puso como modelo a los niños, se hizo amigo de publicanos (recaudadores de impuestos) y pecadores (Mc 2, 17 par.; Lc 18, 13; Mt 18, 15), en resumen: los excluidos, los marginados y carentes de poder. Y junto a su preferencia por los débiles, el rechazo tajante de los ricos, los ambiciosos del poder económico, los que centran sus intereses en acumular bienes y dinero.

Pero debemos tener en cuenta que los relatos del Evangelio nos remiten a hechos que sucedieron y palabras que se pronunciaron en los años 30 del siglo primero. ¿Se puede asegurar que el contenido de aquellos relatos seguía igualmente vivo dos o tres siglos después? La forma de vida de Jesús de Nazaret, en la que Dios se nos dio a conocer (Jn 1, 18; 14, 8-9), ¿seguía siendo la misma que la Iglesia mantenía en los siglos tercero y cuarto?

Desde el año 203, en que Orígenes comenzó su labor docente en Alejandría, hasta el 248, en que publicó su tratado *Contra Celsum*, los pueblos del Imperio vivieron una época de inseguridad y miseria creciente, mientras que la Iglesia vivió una etapa de relativa libertad, sin persecuciones, lo que ayudó a que se produjera un intenso crecimiento<sup>162</sup>, en el número de ciudadanos que pidieron el bautismo y se vincularon a alguna de las numerosas comunidades de cristianos que experimentaron un importante crecimiento, no tanto por el atractivo de Jesús y su Evangelio como por la seguridad y la ayuda económica y social que proporcionaban.

162. Esta situación ha sido estudiada por E. R. DODDS, *Paganos y cristianos en una época de angustia*, Madrid, Cristiandad, 1973, pg. 141.

Un ejemplo elocuente, en este sentido, fue el de Cipriano de Cartago, un hombre tan importante que llegó a ser denominado el “papa de África”<sup>163</sup>. Es notable que Cipriano explica su conversión al cristianismo de tal forma que no menciona, ni una sola vez, la palabra *Jesús*, ni *Cristo*, ni *Evangelio*, ni *Iglesia*. Por eso hay que preguntarse: en realidad este hombre, ¿a qué se convirtió? Por lo que dice en su tratado *Ad Donatum*, puede asegurarse que el verdadero motivo de su conversión fue el ideal de la filosofía estoica, concretamente la aspiración a la seguridad y a la virtud<sup>164</sup>.

Por tanto, ya en el siglo III la Iglesia no estaba configurada según el Evangelio. La aspiración de los monjes del desierto y de los primeros monasterios fue la idea de ser diferentes del común de los mortales. Pero no exactamente diferentes en la ejemplaridad según la vida de Jesús, sino diferentes en el modelo puritano y austero que quedó marcado por el ideal estoico de Pitágoras y Empédocles, que marcaron las aspiraciones más destacadas de la cultura religiosa de aquellos tiempos, en los que “la pureza, más que la justicia, se convirtió en el medio cardinal de la salvación”<sup>165</sup>.

Siendo así el espíritu y la espiritualidad de muchos ciudadanos que, directa o indirectamente, se sentían motivados y condicionados por estos ideales de religiosidad, el ambiente en la Iglesia se fue configurando de forma que, sin pensarlo como “proyecto”, pero practicándolo como “forma de vida”, en las reuniones y comuni-

163. Así consta en las cartas que le enviaron a Cipriano los confesores de la Fe, en el verano del año 250. *Epist. XXIII*. CSEL, 3, pg. 536. He analizado más detenidamente este asunto en mi libro *El futuro de la Vida Religiosa*, Madrid, Trotta, 2003, pg. 30-31.

164. He analizado detenidamente este problema concreto en mi libro *El futuro de la Vida Religiosa*, pg. 32. Cf. H. KOCH, *Ciprianische Untersuchungen*, Bonn 1926, pgs. 286-313.

165. E. R. DODDS, *Los griegos y lo irracional*, Madrid, Alianza ed., 1999, pg. 150.

dades de los cristianos se le fue dando más importancia a las leyes y ritos de la Religión que a las exigencias del Evangelio.

En pleno proceso de crecimiento y cambio de la Iglesia en los primeros años del siglo IV fue cuando el emperador Constantino tomó el mando del Imperio y desempeñó un papel determinante en el cambio que se produjo en la Iglesia. Desde el punto de vista teológico, en el año 325, imperante Constantino, se convocó el primer concilio ecuménico, El concilio de Nicea, que redactó el “Credo” oficial de la Iglesia<sup>166</sup>. Una definición que califica a Dios como el “Todopoderoso” (omnipotente) utilizando el título de “*pantokrator*”, que significa “amo del universo”, un término que utilizaron los emperadores romanos de la dinastía de los Antoninos, soberanos absolutos como Nerón o Domiciano, tan inclinados a hacerse adorar como dioses<sup>167</sup>.

Como es lógico, el “dios tirano” del que se apropió Nerón nada tenía que ver con el Padre de bondad que Jesús nos reveló o con la respuesta que Jesús le dio al apóstol Felipe: “*Quien me ve a mí está viendo al Padre*” (Jn 14, 9). Es evidente que el “dios poderoso”, hasta la tiranía, no tiene nada que ver con el Padre que se nos reveló en la bondad de Jesús de Nazaret. Esta reflexión elemental nos obliga a pensar que, ya en el siglo IV, se había producido en la Iglesia el desplazamiento del Evangelio a la Religión y, a medida que fue pasando el tiempo, la Iglesia se fue viendo cada día más como una Religión, al tiempo que la presencia del Evangelio fue quedando desplazada.

Si tenemos en cuenta la inclinación de la condición humana a disfrutar del poder y la riqueza, se comprende el impacto que debió de producir en la Iglesia el gobierno y las decisiones de Cons-

166. H. DENZINGER – P. HÜNERMANN, *El Magisterio de la Iglesia*, Barcelona, Herder, 2000, 125-126.

167. Pierre GRIMAL, *La civilización romana*, Barcelona, Paidós, 2007, pg. 71-78.

tantino. Está constatado que, a partir del año 313, Constantino garantizó a los obispos y a los clérigos los mismos privilegios que los emperadores romanos habían concedido tradicionalmente a los representantes de otros cultos. Sencillamente, el clero se unió a la lista de personas privilegiadas integrada por los sacerdotes de las religiones paganas o los doctores de las sinagogas judías<sup>168</sup>. Es decir, “el clero se volvió distinguido porque era privilegiado”<sup>169</sup>.

Llegados a esta situación, es un hecho que la Iglesia, desde el s. IV, quedó claramente fracturada y dividida en dos bloques –el clero y el laicado– fuertemente condicionados por los dos pilares que sustentan y condicionan el ser y la eficiencia de la sociedad y sus instituciones: el dinero y el poder, de modo que entre la Religión y el dinero, como entre la Religión y el poder, se establecieron relaciones de mutua dependencia.

168. Peter Brown, *Por el ojo de una aguja*, Barcelona, Acantilado, 2016, pg. 103.  
Cf. R. M. Grant, *Early Christianity and Society. Seven Studies*, Nueva York, Harper and Row, 1977, pgs. 44-65.

169. Peter BROWN, o.c., pg. 106.

## El incansable ejercicio de la caridad

Antes de indicar las consecuencias negativas que se produjeron en la Iglesia por sus relaciones con el dinero y el poder, es necesario destacar el constante e incansable ejercicio de caridad que llevó a cabo la Iglesia con los más pobres y abandonados, que tanto abundaban en los tiempos de la decadencia del Imperio. Y es necesario destacar también la relación que existía entre la caridad y la eucaristía. En la segunda mitad del s. III y comienzos del IV (desde Cipriano hasta Constantino), se fomentó lo que se llamaba la “*operatio*”, que consistía en la entrega de ayudas y limosnas a todas las personas que pasaran necesidades. Una práctica tan frecuente que se convirtió en “el secreto del vigor de la Iglesia”<sup>170</sup>.

Es más, ya en tiempos de Constantino los obispos y el clero recibían sus privilegios no solo porque rezaban por el Imperio, sino sobre todo porque cuidaban de los pobres<sup>171</sup>. El instinto humanitario ha estado siempre presente en la Iglesia. Y si hoy podemos decir que la Iglesia nos ha transmitido el Evangelio, no se debe a los papiros y manuscritos que se han conservado fidedignamente hasta el día de hoy, sino porque Jesús, Palabra y revelación de

170. Peter BROWN, o.c., pg. 119-122.

171. *Codex Theodosianus* 16. 2. 14. Cf. Peter BROWN, o. c., pg. 123.



Dios –el Padre– ha sido siempre el centro y el eje de la Iglesia. Si no tenemos esto presente, nunca comprenderemos lo que es la Iglesia ni lo que es el cristianismo.

## 35

### ¿Transmitir el Evangelio desde la religión?

Lo que comentaba sobre el ejemplar ejercicio de la caridad ha sido siempre fundamental en la Iglesia. Pero muchas veces, y en muchos asuntos, la caridad no ha sido el ejercicio ni la fuerza determinante en su proceder. La caridad, que es un elemento fundacional en la Iglesia, no se debe ocultar, pero la Iglesia no ha sido siempre y solamente la fiel observante y conservadora del Evangelio. El problema creciente de la Iglesia ha sido pretender transmitirnos el Evangelio desde la Religión y fundiendo el Evangelio con las leyes y ritos que son constitutivos de la Religión.

La vida pública de Jesús, tal como la presentan los cuatro evangelios, estuvo dedicada a enseñar el camino de la bondad que nos lleva al Padre. Pero no sólo eso. Además, el Evangelio presenta a Jesús atendiendo siempre a enfermos y necesitados, de manera que, de principio a fin, la suya fue una vida conflictiva, especialmente con los dirigentes de la Religión (sacerdotes, maestros de la Ley...). Hasta el punto de terminar su vida condenado, torturado, despreciado y ejecutado como un delincuente.

Con el paso del tiempo, la Iglesia ha pretendido –y lo sigue haciendo– que sigamos el camino que Jesús nos trazó (eso es el Evangelio), pero observando las creencias, leyes y ritos que la Religión impone.

El problema no está en las leyes y ritos como tales, sino en los pilares sobre los que se sostiene y se pone en práctica la Religión – por lo menos, la judeocristiana–: el dinero y el poder. Una Religión, que tenga mitos, normas y ritos (cf. Gerd Theysen), pero que no tenga dinero ni poder, quedará reducida a mera teoría. Si esa teoría se quiere poner en práctica, no meramente en algunos pocos individuos sino en toda la sociedad, necesitará dinero y poder en abundancia. Si no se ponen esas bases, se hace prácticamente imposible vivir y enseñar el Evangelio, fundido y confundido con la Religión.

Además, todo esto tiene un agravante. Un Evangelio adulterado por el dinero y el poder, que son los pilares de la Religión, se convierte en un evangelio engañoso que “no es de fiar, porque nos remite a una falsa religión”<sup>172</sup>. La consecuencia de todo esto es que “el mensaje cristiano se ha convertido en una “oferta sin demanda”<sup>173</sup>, de ahí el creciente desinterés de tanta gente en la sociedad actual por lo que la Iglesia ofrece.

En cuanto se refiere a la riqueza y el capital, es válida y elocuente la conclusión del amplio estudio, ya citado, del profesor Peter Brown: “Los ricos comenzaron a entrar en la Iglesia en cantidades siempre crecientes solo a partir del último cuarto del siglo IV, a menudo para cumplir con funciones de liderazgo en calidad de obispos y de escritores cristianos. Más que la conversión de Constantino en el año 312, lo que marcó el punto de inflexión en la cristianización de Europa fue la entrada en las iglesias de riquezas y talentos nuevos, a partir del año 370, aproximadamente. Desde entonces, como miembros de una religión a la que se habían sumado los ricos y poderosos, los cristianos pudieron empezar a pensar lo impensable: imaginar la posibilidad de una sociedad completamente cristiana”<sup>174</sup>.

172. Thomas RUSTER, *El Dios falsificado*, Salamanca, Sígueme, 2011, pg. 278.

173. Th. PRÖPPER, *Erlösungsglaube und Freiheitsgeschichte. Eine Skizze zur Soteriologie*, München, Kösel, 1988, 19. Cf. Thomas Ruster, o. c., pg. 279.

174. Peter BROWN, o. c., 1034.

En definitiva, “aunque por ello, no menos importante, la mayor sorpresa tuvo lugar a finales del siglo V. Los líderes de las iglesias se dieron cuenta de que, por fin, eran ellas las verdaderamente ricas, y ya no los grandes terratenientes laicos cuyas fortunas habían eclipsado hasta entonces la riqueza eclesiástica. El ocaso de las aristocracias tradicionales dejó a la Iglesia en una posición única”<sup>175</sup>.

175. Peter BROWN, o. c., 1037-1038.

## La eficacia del derecho romano

La posición social privilegiada en la que quedó la Iglesia, sobre todo a partir del siglo VI, necesitaba un complemento indispensable: el Derecho. Ya sabemos que el sólido pilar de la riqueza se hizo más fuerte y fue más determinante que la ejemplaridad de la pobreza que Jesús enseñó en el Evangelio. Pero la riqueza por sí sola no se justifica ni se sostiene, necesita el poder del Derecho. Y la Iglesia lo buscó, lo encontró y lo ejerció.

El gran especialista en la historia del Derecho romano, el profesor Peter G. Stein, lo expone con claridad: *“La custodia de la tradición jurídica romana recayó fundamentalmente en la Iglesia. Como institución, el Derecho propio de la Iglesia en toda Europa fue el Derecho romano. Como se decía en la Ley ripuaria de los francos (61 (58) 1), ‘la Iglesia vive conforme al Derecho romano’. La Iglesia continuó construyendo su propio Derecho, recogiendo además en colecciones. A medida que los problemas, a los que debía enfrentarse la Iglesia, crecían en complejidad, las referencias al Derecho romano se incrementaban... El material romano relevante para la Iglesia se recopiló en colecciones específicas, tales como la “Lex Romana canonice compta” realizada en el siglo IX”*<sup>176</sup>.

176. Peter G. STEIN, *El Derecho romano en la historia de Europa*, Madrid, Siglo XXI, 2001, pg. 57.

Más aún, el reconocido historiador del Derecho medieval, Paolo Grossi, ha afirmado que “*la comprensión de la peculiaridad del derecho canónico no se agota en el plano estrictamente canónico, sino que significa, en el plano histórico-jurídico, un instrumento indispensable para la comprensión de lo que es lo más típico de la sociedad medieval*”<sup>177</sup>. Es decir, el Derecho propio de la Iglesia nos explica lo que fue constitutivo y específico de la sociedad medieval. Hasta ese extremo llegó a identificarse la Iglesia, no con el Evangelio y sus exigencias, sino con el Derecho medieval a y sus desigualdades.

Esto tuvo inevitablemente sus consecuencias. El Derecho romano fue, durante siglos, el soporte y el justificante de una sociedad que privilegiaba a una minoría y marginaba a la gran mayoría de la población. El profesor Robert C. Knapp, catedrático de Historia antigua en la universidad de Berkeley, afirma que “los propios romanos reconocían la escisión en la situación socioeconómica entre quienes formaban parte de la élite y quienes no, al denominar a los extremadamente ricos *honestiores* (los más honorables) y al resto de las personas libres *humiliores* (seres inferiores).

Los *humiliores* o “seres inferiores” eran el 99,5 por ciento de la población<sup>178</sup>. Así, la Iglesia “no redujo sus enseñanzas al Evangelio”<sup>179</sup>. Además que el Evangelio, la Iglesia enseñó y hasta impuso no pocos principios que provenían del Derecho romano. Para la mentalidad de la Edad Media, “la idea y la historia misma de Roma seguía siendo el principio de autoridad”<sup>180</sup>. Lo que, en definitiva, explica cómo y por qué la Iglesia elaboró una teología

177. Paolo GROSSI, *L'ordine giuridico medievale*, Ed. Laterza, Roma-Bari, 2011, pg. 110.

178. Robert C. KNAPP, *Los olvidados de Roma*, Barcelona, Ariel, 2015, pg. 12.

179. Peter G. STEIN, *El Derecho romano en la historia de Europa*, pg. 57.

180. Paul KOSCHAKER, *L'Europa e il Diritto Romano*, Firenze, Sansoni, 1958, pg. 90.

que no se basó en el Evangelio, sino en los criterios e intereses de una Religión marcada por el pensamiento y la cultura helenista y por el Derecho romano y hasta qué extremos se han mantenido en la Iglesia ideas y prácticas que la sociedad y la cultura de nuestro tiempo ya no entiende ni tolera, como el mantenimiento de un *Derecho canónico* que impide al Estado de la Ciudad del Vaticano firmar la Declaración Universal de los Derechos Humanos<sup>181</sup>.

Y no olvidemos que el Evangelio es mucho más exigente que los Derechos Humanos. No se limita a exigir la igualdad, sino que se fundamenta en el seguimiento de Jesús, que exigió el amor a los enemigos, el perdón de todas las ofensas, la acogida de los extranjeros, la igualdad de derechos de las mujeres y los hombres, la preferencia de los débiles sobre los poderosos y, sobre todo, el mandamiento nuevo del amor a los demás como distintivo específico del cristiano. Es decir, al cristiano se le reconoce como tal, no por su amor a Dios, sino por su amor a los demás, sean quienes sean (Jn 13, 34-35)<sup>182</sup>. Que, en definitiva, es el mismo proyecto que Jesús plantea en el relato del juicio final: “*Lo que hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis*” (Mt 25, 40). Como se ha dicho acertadamente, “la persona indigente es el lugar de Dios en el mundo”<sup>183</sup>. Al Dios-Padre, que Jesús nos reveló, lo encontramos en cada persona que sufre, sea quien sea. La bondad con todos y siempre es “lo sagrado” para quienes decimos que creemos en el Evangelio y queremos, de verdad, seguir a Jesús.

181. José M. CASTILLO, *La Iglesia y los derechos humanos*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2007, especialmente en pg. 47-77.

182. Jean ZUMSTEIN, *El Evangelio según Juan*, vol. II, Salamanca, Sígueme, 2016, pg. 57-68.

183. Ulrich LUZ, *El Evangelio según san Mateo*, vol. III, Salamanca, Sígueme, 2003, pg. 659-696.

## ¿Qué ha ocurrido en la Iglesia?

Siguiendo con lo dicho en el capítulo anterior, si de verdad queremos ser personas honestas, no tenemos más remedio que afrontar la siguiente pregunta: *¿Qué ha ocurrido en la Iglesia?*

El problema no consiste en la baja moralidad o en la debilidad ética de los cristianos. No estamos ante un problema moral, sino constitucional: desde el momento en que la Religión se sobrepuso al Evangelio, la Iglesia fue más fiel a lo ético que a lo constitucional.

La Religión se mueve cómodamente en torno a lo ético: condenando y amenazando, perdonando y premiando... un ámbito que los hombres de la Religión dominan y ejercen con gusto porque, en lo que acabo de apuntar, son maestros.

Otra cosa es "lo constitucional". Quiero decir, las relaciones de la Religión con el poder, ¿son un asunto resuelto en la Iglesia? En los últimos años del siglo V (492 - 496), el papa Gelasio I escribió una carta<sup>184</sup> al emperador Anastasio, en la que el Pontífice expresaba el criterio determinante de cuanto se refiere al fundamento y al ejercicio del poder: "Existen dos instancias por las que básicamente se rige el mundo: la autoridad sagrada de los pontífices y el poder real" (*Duo quippe sunt, imperator auguste, quibus*

184. Un documento bien conservado: Thiel., *Epist. Roman. Pontif.* Braumberg, 1868, pgs. 350-351; PL 59, 42-43.

*principaliter mundus hic regitur: auctoritas sacrata pontificum et regalis potestas*). La “*auctoritas*” designa la superioridad moral que se fundamenta en el Derecho, mientras que la “*potestas*” es el poder político de ejecución<sup>185</sup>. Este criterio permaneció (creciente e intocable) hasta la Ilustración, en el s. XVIII.

Sin entrar en otros factores del problema, el hecho es que la Iglesia vivió, desde el siglo V hasta finales del siglo XVIII, pretendiendo mantener el principio que había formulado el papa Gelasio. Pero no olvidemos que la carta de Gelasio expresaba un deseo meramente teórico. En la práctica, la Iglesia toleró e incluso fomentó la desigualdad económica hasta alcanzar unos resultados (favorables) inimaginables y escandalosos. Por ejemplo, se sabe que “estudios recientes han estimado que la participación de la Iglesia española en el crédito hipotecario (el crédito que utiliza la tierra y los bienes inmuebles como garantía) era notable, e incluso aumentó del 45 por ciento en el siglo XVII, al 70 por ciento a mediados del siglo XVIII. Combinando las diferentes fuentes disponibles, se puede considerar que la Iglesia poseía en 1750 casi el 30 por ciento de las propiedades en España, o incluso más”<sup>186</sup>.

En el fondo de todo este problema y haciendo todas las precisiones que sean necesarias, se palpa la relación entre riqueza y poder. El estudio más amplio y documentado hasta la fecha sobre este asunto fundamental, el del ya citado profesor Thomas Piketty, lo explica con claridad: “Nótese que esta proporción de alrededor del 30 por ciento del total de la propiedad en manos de las Iglesias durante el Antiguo Régimen corresponde aproximadamente

185. Y. CONGAR, *L'Eglise de saint Augustin à l'époque moderne*, pg. 31-33.

186. THOMAS PIKETTY, *Capital e ideología*, Barcelona, Planeta, 2019, pg. 119-120. Cf. C. MILHAUD, “Sacré crédit! The rise and fall of ecclesiastical credit in early modern Spain”, tesis doctoral, École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS), 2018, pgs. 17-19.

a la proporción del capital nacional que poseía a finales de 2010 el Estado chino, una estructura estatal que en la práctica está controlada por el Partido Comunista de China (PCC). Se trata evidentemente de dos tipos de organizaciones y legitimidades muy diferentes. Sin embargo, tanto las Iglesias durante el Antiguo Régimen como el PCC, a principios del siglo XXI, son organizaciones caracterizadas por proyectos ambiciosos de desarrollo y de regulación de la sociedad; proyectos que sólo pueden llevarse a cabo desde una sólida base patrimonial”<sup>187</sup>.

Se confirma con la experiencia de los hechos que una institución que pretende influir a toda costa en la sociedad, regulando el pensamiento y la conducta de la gente, no tiene otro medio, ni otra solución, que fundamentarse sólidamente en la riqueza y el poder, pues el poder económico y el poder social son, a fin de cuentas, los componentes indispensables para controlar y dominar a los demás.

En resumen –y en palabras de Thomas Piketty– “En general, la propiedad debe concebirse no como un derecho absoluto y atemporal, sino como un conjunto de derechos característicos de cada contexto social e histórico, como un verdadero ‘paquete de derechos’ que define el alcance del poder”<sup>188</sup>. Propiedad y poder son tan indispensables como inseparables, pues son los dos pilares básicos que sustentan y dan consistencia y fuerza a la Religión.

Llegados a esta conclusión, los cristianos no tenemos más remedio que afrontar, con fortaleza y libertad, la gran cuestión que nos urge resolver: *si de verdad buscamos respuesta a las preguntas más hondas y apremiantes de nuestra vida ¿la vamos a encontrar en la Religión o en el Evangelio?*

187. THOMAS PIKETTY, o. c., pg. 123.

188. THOMAS PIKETTY, *Una breve historia de la igualdad*, Barcelona, Planeta, 2021, pg. 45.

Si intentamos responder a esta pregunta, tan decisiva, mezclando, confundiendo Religión y Evangelio, la respuesta será siempre la crisis religiosa que estamos viviendo. Porque la Religión, por sí sola, no tiene respuesta para las preguntas, deseos y anhelos más fuertes de los seres humanos.

## ¿Respuesta tranquilizante o eficaz?

La Religión fielmente observada, mediante la obediente sumisión y el exacto cumplimiento de sus doctrinas, normas y rituales, sirve efectivamente para tranquilizar la conciencia. Pero la tranquilidad de conciencia, ¿es el encuentro con Dios? ¿no podría ser también el sedante que nos libera del caos, de la inseguridad y del miedo? Y en tal caso, ¿es eso, por sí solo, el encuentro con el Dios que nos trasciende?

Más aún: ¿no puede suceder que todo esto, en última instancia, sólo sirva para engañarnos a nosotros mismos y a quienes se relacionan con nosotros? Hago esta pregunta porque es un hecho la gran cantidad de personas que se sirven de sus observancias religiosas y sus piedades fervientes para engañar. No es que lo hagan intencionadamente, pero lo hacen. Se engañan a sí mismos.

No estoy exagerando ni estoy sacando las cosas de quicio. Me ha impresionado la lectura del libro de Thomas Ruster, "El Dios falsificado". Refiriéndose a las atrocidades que se cometieron en la segunda guerra mundial, nos recuerda que "el holocausto se produjo dentro de una cultura conformada por el cristianismo"<sup>189</sup>.

189. Thomas RUSTER, *El Dios falsificado*, pgs. 32-33.

Es un hecho que el siglo XX y los años que llevamos del XXI han sido los más violentos de la historia de la humanidad. En tantos años de tanta violencia, ¿qué decir del frecuente silencio de las religiones ante tanto sufrimiento, más preocupadas por proteger la Religión que por evitar o reducir la violencia? A veces da la impresión de que los intereses políticos y económicos han sido más poderosos y determinantes que las exigencias de la Religión, y que hay dirigentes de las religiones a quienes les interesa más el poder y el dinero que las bendiciones y esperanzas divinas que predicán. Por eso, a veces, han cuidado más del poder y del dinero que de la paz y la convivencia.

No es posible hacer una lista exhaustiva de los “silencios cómplices” de dirigentes religiosos en las incontables guerras que en los últimos ciento veinte años han azotado a la humanidad, para no complicarse la vida y mantener la propia religión y sus monumentos. Menos aún si no nos limitamos a los silencios cómplices y pensamos en las contradicciones cómplices entre la prohibición tajante de llevar dinero, ni alforjas, ni calderilla, que Jesús les impuso a sus apóstoles (Mt 10, 9-10; Mc 6, 8-9; Lc 9, 3-4) y la Iglesia que tenemos hoy.

Por supuesto que no es lo mismo evangelizar en las aldeas de Galilea en tiempo de Jesús, que hacer presente el Evangelio en la sociedad de nuestros días. Esto es evidente. Pero tan evidente como la diferencia entre el siglo primero y el siglo veintiuno es la identidad del problema que afronta el Evangelio en todos los siglos y en todas las culturas.

No consiste en la divinización de lo humano, sino exactamente en lo contrario: en la humanización de lo divino. Según el prólogo del Evangelio de Juan, el “Logos” (la “Palabra”) es la “realidad trascendente”<sup>190</sup>. Por tanto, es el Trascendente (Dios) que “se hizo

190. Jean ZUMSTEIN, *El Evangelio según Juan*, vol. I, Salamanca, Sígueme, 2016, pg. 67.

carne” (*sarx egéneto*) (Jn 1, 14). Es decir, “se humanizó”<sup>191</sup>. Y así, humanizándose, se nos reveló, el Trascendente incognoscible se nos dio a conocer. De ahí la conclusión final del prólogo del Evangelio de Juan (Jn 1, 18): “A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo único [que es] Dios... nos lo ha dado a conocer”. Por eso Jesús le pudo decir a uno de sus discípulos: “Felipe, quien me ve a mí, está viendo al Padre” (Dios) (Jn 14, 9).

Esto quiere decir que Dios se humanizó en Jesús. Lo cual queda patente en un texto estremecedor de la carta a los Filipenses, en el que se afirma que Jesús, “a pesar de su condición divina, no se aferró a su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, haciéndose como uno de tantos” (Filp 2, 6-7)<sup>192</sup>. Y así, haciéndose humano –y rebajándose hasta lo más bajo de la condición humana– es como Dios se nos reveló, se nos dio a conocer y aportó, en esta humanización de lo divino, la salvación que deseamos y buscamos los humanos.

Pero ocurre que el deseo y la búsqueda de salvación no tardó en ser acaparado por los profesionales de la Religión, los sacerdotes, que, mediante rituales y sacrificios sagrados, constituyeron un clero, una institución de privilegiados que imponen los ritos sagrados y los sacrificios litúrgicos, que controlan lo más íntimo de las conciencias y la paz interior que todos necesitamos.

¿Es esto lo que quiso Jesús y lo que nos enseña el Evangelio? Es un hecho que en los cuatro no se habla nada de “religión”, ni de “sacerdotes” (cristianos), ni de “clero”, ni de “rituales” (no para practicarlos, sí para suprimirlos) (Mc 7, 1-22; Mt 15, 1-20). De ahí

191. W. BAUER (Bauer – Aland), *Griechisch-deutsches Wörterbuch zu den Schriften des Neues Testaments und der frühchristlichen Literatur*, Berlin – New York 1988, col. 319.

192. Este texto no es de Pablo. Fue tomado del patrimonio himnico de la primitiva Iglesia. Cf. Günther Bornkamm, *Pablo de Tarso*, Salamanca, Sígueme, 2008, pg. 99-100.



que la carta de Santiago establece este criterio: “Religión pura y sin tacha a los ojos de Dios Padre, es esta: mirar por los huérfanos y las viudas en sus apuros y no dejarse contaminar por el mundo” (Sant 1, 27). Y en la carta a los Hebreos, la conclusión viene a ser la misma: “No os olvidéis de la solidaridad y de hacer el bien, que tales sacrificios son los que agradan a Dios” (Hebr 13, 16). El “sacrificio” de Jesús en la cruz no fue un sacrificio ritual, sino un sacrificio existencial<sup>193</sup>. Es decir, Jesús no ofreció, al morir, la sangre de un cordero, sino su propia sangre<sup>194</sup>. La muerte de Jesús en cruz no fue un rito litúrgico, sino la consecuencia inevitable de una forma de vivir, de una conducta, de lo que hizo y dijo el mismo Jesús.

193. Cf. Albert VANHOYE, *Prêtres anciens, prêtre Nouveau selon le Nouveau Testament*, Paris, Seuil, 1980, pg. 302-305.

194. Albert. VANHOYE, *Le Christ est notre prêtre*, Toulouse, Éditions Prière et Vie, Toulouse, 1969, pg. 28.

## Jesús no fundó una religión

La razón de ser de lo que vengo explicando tiene su fundamento en una afirmación que debe quedar sólidamente integrada en nuestras vidas: Jesús no fundó una Religión, la “Religión cristiana”.

Los estudiosos suelen coincidir en que “Religión es un sistema cultural de signos que promete ganancia de vida mediante la correspondencia con una realidad última”<sup>195</sup>. No me detengo a explicar esta definición, ya que no es lo que pretendo con este libro. Por eso, entre otras cosas, prescindo de analizar la distinción y separación de “lo sagrado” y “lo profano”, así como el análisis de “lo numinoso” (“lo santo”), conceptos y experiencias que han sido ampliamente explicados por autores de alto nivel, como Rudolph Otto y Mircea Eliade<sup>196</sup>.

Es significativo que los términos y conceptos que expresan el hecho religioso o cultural, es decir, el “servicio sagrado”, son palabras o expresiones que apenas aparecen en el Nuevo Testamento, especialmente en los Evangelios<sup>197</sup>. El vocabulario relativo al culto

195. Gerd THEISSEN, *La Religión de los primeros cristianos*, Salamanca, Sígueme, 2002, pg. 15.

196. Rudolph OTTO, *Lo Santo*, Madrid, Revista de Occidente, 1965; Mircea Eliade, *Lo Sagrado y lo Profano*, Madrid, Guadarrama, 1973.

197. W. RADL, “*threskeia*”, cf. *Dic. Exget. N. T.*, vol. I, 1896-1898; L. Schmidt: *ThWNT III*, 158.

sagrado está ausente del Evangelio. Jesús no ordenó sacerdotes, ni mandó construir un templo o una capilla, ni impuso rituales, ni estableció una liturgia, ni bautizó (Jn 4, 2)<sup>198</sup> a quienes acudían a oírle o pedirle algo. Cuando la comunidad cristiana empezaba a dar sus primeros pasos, Pedro resumió ante el centurión Cornelio el origen de aquel primer movimiento cristiano. Tenía su origen en “*Jesús de Nazaret, unguido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando...*” (Hch 10, 38). En aquel cristianismo incipiente –el más original y cercano a Jesús– lo central no era la Religión, sino el Evangelio al servicio de quienes sufren, los necesitados de este mundo.

Es más, la de Jesús fue una vida conflictiva en la que mantuvo un enfrentamiento constante, que fue en aumento, precisamente con las instituciones de la Religión, con sus dirigentes, los sacerdotes y los miembros del Sanedrín, con sus más fieles observantes, escribas y fariseos. En definitiva, la relación de Jesús con quienes representaban o dirigían la Religión fue casi siempre tensa o incluso abiertamente conflictiva.

Lo que acabo de decir ya quedó indicado sumariamente en la explicación que hice del capítulo segundo del Evangelio de Juan. La boda de Caná y el conflicto de Jesús con el templo y sus sacerdotes fueron utilizados por el evangelista para dejar patente que, para el Evangelio, no tienen valor o importancia el cumplimiento de los ritos religiosos, ni menos aún el templo y sus sacrificios sagrados de animales.

Jesús no quiso rituales. Ni templos. Se lo dijo claramente a una mujer samaritana (Jn 4, 21-23). Ha ocurrido tantas veces que las religiones, en vez de unir a los ciudadanos, lo que hacen es dividirlos y hasta enfrentarlos. En tiempo de Jesús, los judíos y los samaritanos estaban enfrentados, porque los judíos tenían su templo en

198. Jean ZUMSTEIN, *El Evangelio según Juan*, vol. I, 174-175.

Jerusalén, mientras que los samaritanos tenían su santuario en el monte Garizín. Esto era causa de mutuo desprecio. Por eso Jesús dijo de forma tajante: “*ha llegado la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adorareis al Padre. Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad*” (Jn 4, 22). La verdadera adoración a Dios se hace ante cada ser humano, ya que, como he dicho tantas veces, Dios se ha humanizado. Y la verdadera adoración que Dios quiere y acepta es el respeto, la convivencia más profundamente humana y bondadosa, la ayuda mutua y el amor siempre fiel a los demás, sean quienes sean.

Para entender el Evangelio es decisivo comprender que el rito es “el proceso de “objetivación y cosificación” del Absoluto (el Trascendente). Aquí está la clave del problema, porque la conciencia humana no puede comprender al Trascendente en sí. Un rito o un concepto es siempre e inevitablemente un objeto mental, una cosa. Y el Absoluto, el Trascendente, no se puede reducir a un concepto, no puede ser abarcado, comprendido ni explicado mediante un proceso por el cual reducimos a Dios a una simple cosa. En tal caso, no creemos en Dios ni nos relacionamos con Dios, sino con el resultado de una “conversión diabólica” mediante la cual reducimos a Dios y lo convertimos en un objeto mental<sup>199</sup>, que nos conviene, nos deja la conciencia en paz y las manos limpias.

Así se comprende por qué Jesús no instituyó ritos, ni quiso templos, ni ordenó sacerdotes, ni pretendió fundirse o confundirse con la práctica ritual y ceremonial de una Religión. Y por esto se comprende también por qué Jesús fue tan tajante al exigir el despojo del dinero y del poderío de los importantes de este mundo. Como se comprende igualmente que el comportamiento de la Iglesia en este aspecto ha sido frecuentemente lo contrario

199. Paul RICOEUR, *De l'interprétation. Essai sur Freud*, Paris, Ed. du Seuil, Paris, 1968, 504.

de lo que hizo y dispuso Jesús en su forma de vida y en las exigencias para sus discípulos.

Y también se comprende por qué la Iglesia –y la Religión que enseña y pone en práctica– es una fuente inagotable de falsificación y engaño. No hablo de la mentira pecaminosa, la mentira a sabiendas que es propia del embustero vulgar y cotidiano. No. Me refiero a la falsificación o al engaño tranquilizante para tanta “gente de religión” y “gente de Iglesia”, que predica el Evangelio y vive al revés de lo que el Evangelio dice. Personas, educadas en la Iglesia y convencidas de que tienen que ser fieles al Evangelio, pero que viven –en cuestiones fundamentales– tal como se viven en la Iglesia tantos asuntos en los que entran en juego el dinero y el poder.

Ahora bien, si es que queremos de verdad ser fieles al Evangelio, no hay más remedio que buscar un justificante que nos explique - a nosotros mismos y le explique a la gente - cómo es posible armonizar (poner de acuerdo) dos cosas que son contradictorias, a saber: la *fidelidad al Evangelio* y la *acumulación de dinero y poder (o importancia)*. Porque, si nos atenemos a lo que dijo Jesús y quedó destacado en el Evangelio, es que, si pretendemos ser fieles a lo que exigió Jesús, en cuanto se refiere a la posesión de riqueza (Mc 10, 17-31; Mt 19, 16-29; Lc 18, 18-30) y la pretensión de poder o importancia (Mc 10, 35-41; Mt 20, 20-28; Lc 22, 25-26), estas dos apetencias o pretensiones son incompatibles con el Evangelio de Jesús.

Entonces, ¿hay alguna solución? ¿Cómo es posible tener dinero y ser importantes y, al mismo tiempo, ser fieles a lo que vivió y exigió Jesús? No olvidemos que Jesús exigió que sus discípulos y apóstoles que no debían llevar ni calderilla en los bolsillos, ni pretender en modo alguno ser los primeros, los más importantes u ocupar los primeros puestos. ¿Qué ha ocurrido en la Iglesia para que todo lo que acabo de indicar se vea y se viva, no sólo al revés,

sino incluso como algo enteramente necesario para que la Iglesia pueda cumplir su misión? En todo caso, es que nos hacemos esta pregunta y seguimos con la convicción de que tener dinero y prestigio, en la Iglesia, se ve como lo más natural del mundo, e incluso importante y necesario.

## ¿Hacer del Evangelio una religión?

Esta pregunta tiene dos respuestas que explican lo que ha sucedido en la Iglesia. En primer lugar, y ante todo, la Iglesia ha hecho, del Evangelio una Religión. En segundo lugar, esta Religión tiene que hacer apostolado. Ahora bien, con relativa frecuencia, la Religión y el apostolado tienen el peligro de interpretar y justificar como “necesidades apostólicas” lo que en realidad son conveniencias económicas, apetencias de importancia y fama, intereses políticos o de otro tipo. Así, podemos ser engañados por ideas, deseos o conductas que calificamos como apostolado, pero que en realidad son ambiciones humanas.

Si a esto se añade que la Iglesia se ha constituido y organizado, en su más alta dirección, como un Estado (político) independiente, que lógicamente necesita tener dinero y buenas relaciones de poder, se comprende perfectamente que el Evangelio que Jesús vivió y enseñó no encaja en este “tinglado”.

Es más, ni el Evangelio encaja en esta Iglesia, ni esta Iglesia encaja en el Evangelio. ¿Por qué no es posible lo uno ni lo otro? Porque desde el momento en que la Iglesia empezó a poner en práctica normas, rituales y ceremonias propias de la Religión, el Evangelio empezó a quedar marginado. Y conste que esto empezó demasiado pronto.

Ya antes de que se conocieran los Evangelios, el apóstol Pablo afirmó que *“en adelante, ya no conocemos a nadie según la carne; y si conocimos a Cristo según la carne, ya no le conocemos así”* (2 Cor 5, 16). Se ha discutido el significado de esta afirmación de san Pablo<sup>200</sup>. Pero lo que no admite duda es que, antes de que se conocieran los Evangelios, las ideas del gnosticismo, que influyeron en Pablo<sup>201</sup>, hicieron difícil aceptar que Dios se humanizó en Jesús. Lo que equivale a decir que la aceptación del Evangelio se hizo difícil, mientras que la aceptación y la práctica de los rituales religiosos –la Religión– no encontró dificultad en las primeras comunidades cristianas<sup>202</sup>.

Así las cosas, nos encontramos con un hecho que la teología cristiana –a mi parecer– no ha abordado debidamente. La Iglesia se difundió y se estableció, en sus orígenes, desde los años 30 hasta finales del siglo primero, pero de una manera desigual.

En las comunidades que Pablo de Tarso fundó y dirigió se admitían rituales religiosos. Es decir, eran “iglesias” que vivían centradas en una “Religión de redención” (Günter Bornkamm), lo que supone que eran comunidades con la mirada puesta en la “salvación para la otra vida”. En cambio, a partir del año 70, cuando se empiezan a difundir los relatos del Evangelio (el de Marcos el primero), la atención de los cristianos se centra en la “humanización (encarnación) de Dios en esta vida” (Jn 1, 14, 18; 14, 8-9; Mt 25, 40).

Por lo tanto, en la Iglesia se funden y confunden la *divinización de lo humano* (la Religión) y la *humanización de lo divino* (el Evangelio).

200. Jürgen BECKER, *Pablo el apóstol de los paganos*, Salamanca, Sígueme, 2007, pg. 145-146.

201. A. PIÑERO, J. MONTSERRAT, *Textos gnósticos. Biblioteca de Nag Hammadi 1*, Madrid, Trotam, 1997, pg. 98-104. Especialmente en la pg. 102.

202. Margaret Y. MACDONALD, *Las comunidades paulinas*, Salamanca, Sígueme, 1994, pg. 97-111.

Lo que hace la Religión es divinizar cosas que son meramente humanas: la idea que tenemos de Dios, los ritos y ceremonias que –como tanta gente piensa– nos llevan a Dios, nuestras conductas que agradan o disgustan a Dios, los premios o castigos que Dios (el Dios que nosotros tenemos en nuestra cabeza) nos concede o nos impone, etc. En definitiva, lo que hace la Religión es centrar al sujeto en sí mismo: en su propia salud, en su propia dignidad, en su propia santidad, en su propia economía, en su suerte, en su éxito, en su bienestar y así sucesivamente.

Lo que hace el Evangelio es humanizar lo trascendente y divino: dónde y cómo podemos encontrar a Dios y lo que Dios quiere y espera de nosotros, los humanos. A Dios no lo encontramos en lo divino, porque eso resulta inalcanzable para las posibilidades del ser humano. Lo divino es lo trascendente. Esto justamente es lo que dice el final del prólogo del Evangelio de Juan: *“A Dios nadie lo ha visto jamás; [el] Hijo único [que es] Dios, el que está de cara al Padre, ese lo ha dado a conocer”* (1, 18). Es decir: “Si Dios es fundamentalmente inaccesible al hombre, si escapa a todo intento de conocimiento, entonces, si Dios quiere que el hombre lo conozca, tiene que abrirse Él”<sup>203</sup>. O sea, si Dios quiere que el ser humano le conozca, tiene que humanizarse Él.

Pues bien, eso es justamente lo que Dios hace con los seres humanos, no mediante una explicación teórica que, a fin de cuentas, sería un objeto mental, inmanente, lo que equivaldría a caer en la degeneración del Absoluto en cosa, en un objeto lo más sublime que nos parezca, pero a fin de cuentas algo elaborado por la mente humana desentendiéndose de los “los centinelas del horizonte”<sup>204</sup> último que puede alcanzar la condición humana, un absurdo y enfático empeño por expresar y comunicar el conocimiento de lo

203. Jean ZUMSTEIN, *El Evangelio según Juan*, vol. I, pg. 83.

204. Paul RICOEUR, *De l'Interpretation. Essai sur Freud*, Paris, Seuil, 1965, 504-510.

que, en realidad, ni conocemos ni podemos conocer en su Trascendencia. Dios no puede ser un objeto metal elaborado por la mente humana.

Por eso, para superar esta dificultad insuperable desde lo meramente humano, lo que hizo Dios fue humanizarse Él. Esto es lo que los cristianos denominamos la “encarnación” de Dios, ni más ni menos que la “*humanización de Dios*”<sup>205</sup>. Dios se humanizó en Jesús. Eso es el Evangelio.

205. José M. CASTILLO, *La humanización de Dios*, Madrid, Trotta, 2009; *La humanidad de Dios*, Madrid, Trotta, 2012; *La humanidad de Jesús*, Madrid, Trotta, 2016.

## La clave para conocer el Evangelio

Llegados a este punto capital, se hace inevitable afrontar esta pregunta: *¿Cuál es la clave que hace posible conocer, comprender y vivir el Evangelio?* Ciertamente no es el estudio. Ni la investigación que puede hacer el sabio en la mejor biblioteca. El Evangelio tiene que ver con las bibliotecas, pero la clave de su comprensión y su vida no está en los libros. Está en la vida. En esta vida: cómo vives, con quién vives, para qué y para quién vives. En esto está la clave para comprender el Evangelio, aunque ni siquiera sepas que existe o lo que dice. Si hablamos del Evangelio, lo que importa no es lo que sabes, sino cómo vives.

Ahora bien, ¿cómo tiene que ser nuestra conducta para que de nosotros se pueda decir que vivimos de acuerdo con el Evangelio? Una sola palabra de Jesús lo dice todo: “*Sígueme*” (*akolouthēi moi*). Es una llamada tajante y firme, que Jesús repite once veces en los evangelios (Mt 8, 22; 9, 9; 19, 21; Mc 2, 14; 10, 21; Lc 5, 27; 9, 59; 18, 22; Jn 1, 43; 21, 19. 22). Esto es todo. Así, sin presentar un por qué o para qué, sin explicar el programa de vida que les espera a los que son llamados, sin decir ni una palabra sobre el ideal de vida para los que reciben la llamada. De forma que sólo queda firme y patente un futuro que impresiona: la inseguridad<sup>206</sup>.

206. Dietrich BONHOEFFER, *Nachfolge*, München, Kaiser, 1982, pg. 29-30.

Un precio muy alto en la vida, un programa que da miedo. Pero el hecho es que los que siguieron a Jesús, en cuanto oyeron la llamada, levantándose de inmediato, lo dejaron todo y se fueron con Jesús.

Todo esto es tan extraño como elocuente. Porque “sólo siguiendo a Jesús saben los cristianos a quién se han confiado y quién los salva”<sup>207</sup>. Es más, del seguimiento de Jesús depende tener o no *el* “conocimiento auténtico de la cristología”. Porque ¿cómo aprendieron aquellos primeros creyentes quién es Jesús y lo que Jesús representa para todos los humanos? Juan Bautista Metz nos dejó esta sabia respuesta: “El saber cristológico no se constituye ni se transmite primariamente en el concepto, sino en estos relatos de seguimiento”<sup>208</sup>. Sólo siguiendo a Jesús nos capacitamos para saber y experimentar lo que Jesús representa en nuestra vida, lo que nos revela.

¿Por qué la teología cristiana está tan ausente de los problemas que hoy afronta la gente? Porque la teología cristiana se fundió, hace cerca de dos mil años, con la Religión de entonces, que no puede responder a los problemas del mundo actual. Es verdad que Jesús nació y fue educado en la Religión de Israel, en la que fue determinante la *tradición profética*. Ahora bien, como acertadamente ha dicho el profesor José Luis Sicre, “el profeta es un gigante admirable, pero no por retirarse a una soledad que le pone en conflicto con las ideas más sublimes, sino porque se compromete de lleno con la sociedad de su tiempo y lucha por cambiarla”<sup>209</sup>. No como si fuera un líder social o un peligroso alborotador que aleja a la gente de Dios. Nada de eso fue Jesús.

207. Johann Baptist METZ, *La fe, en la historia y la sociedad*, Madrid, Cristiandad, 1979, pg. 66.

208. O. c., pg. 67.

209. José L. SICRE, “La compleja imagen del profeta”, en J. L. Sicre, J. M. Castillo, J. A. Estrada, *La Iglesia y los profetas*, Córdoba, El Almendro, 1989, pg. 25.

Jesús fue un hombre para los demás. Para todos. Tanto más cuanto más marginados, despreciados y excluidos se ven en la sociedad en que vivimos. Es notable que, por la información que nos da el Evangelio, Jesús redujo su actividad principalmente a Galilea, la región más pobre de Palestina en el siglo primero. Sin embargo, los relatos evangélicos no mencionan a Cesarea de Filipo ni a Gaza, que eran —después de Jerusalén— las ciudades más importantes de Palestina. Sin duda alguna, Jesús optó por los pobres, los enfermos, los pecadores, los “endemoniados”<sup>210</sup>, los lisiados y defendió siempre a las mujeres, con quienes tuvo una excelente relación. Sencillamente, en los ambientes más deshumanizados fue donde Jesús más se identificó y se solidarizó. Sin duda, para humanizar lo deshumanizado. Así es como se revela Dios en la vida de Jesús.

A Dios no lo encontramos divinizándonos, sino exactamente al contrario: humanizándonos. Es decir, haciéndonos cada día más auténticamente humanos, más honrados, mejores personas, más transparentes, más cercanos a quienes sufren y, por supuesto, haciendo lo que esté a nuestro alcance para que el mundo sea cada día más profundamente humano.

210. La creencia en los “demonios” no es bíblica, sino que los judíos, en el desierto de Babilonia, aprendieron las creencias en “ángeles” y “demonios”, que provenían del sincretismo iranio-caldeo. Cf. O. BÖCHER, *Dic. Ex. N.* T. vol. I, 815-825.

## El declive de la religión

El declive de la Religión en los países desarrollados, industrializados y ricos es un hecho que ya nadie discute. Pero, si vamos descendiendo de los países más poderosos hasta los más débiles, el tema se invierte ya que, a medida que los pueblos, las naciones y hasta los continentes tienen que soportar carencias más apremiantes, la Religión se mantiene y se pone en práctica con mayor fidelidad.

Este contraste que acabo de indicar no es el resultado de una Encuesta Mundial de prácticas y valores del “Hecho Religioso” en el mundo. Supongo que nadie ha hecho semejante encuesta. Pero es una gran verdad lo que, a finales del siglo pasado, escribió el profesor de la Universidad de Michigan, Ronald Inglehart: “Una de las funciones clave de la religión ha sido proporcionar un sentimiento de seguridad en un entorno inseguro. No sólo la inseguridad económica produce esta necesidad: el viejo dicho de que ‘no hay ateos en las trincheras’ refleja el hecho de que el peligro psicológico también genera la necesidad de creer en un poder superior”<sup>211</sup>. Como es lógico, a medida que la gente se siente más insegura, más necesita de “poderes superiores”

---

211. Ronald INGLEHART, *Modernización y posmodernización*, Madrid, CIS, Siglo XXI, 2001, pg. 55.



que, mediante rituales y ceremonias sagradas, le proporcionen la “sensación” de seguridad que no le ofrecen los poderes públicos de este mundo.

Por eso nada tiene de extraño que los países en los que la población se siente menos protegida sean los países en los que la Religión está más presente y se siente más necesaria. Es decir, las poblaciones más desamparadas son las más proclives a aceptar y vivir la Religión. Por el contrario, en las sociedades y países más poderosos y más desarrollados es indudable que la mayoría de la población –tanto más cuanto más joven– no busca los mecanismos que proporcionan seguridad y bienestar en parroquias, conventos o ceremonias sagradas, sino en oficinas, negocios, centros de estudio y lugares de descanso y diversión.

La “religiosidad” ha ido perdiendo consistencia a lo largo del siglo XX. En un siglo azotado por dos guerras mundiales y tantos sufrimientos indecibles, hubo demasiadas gentes que, en el fragor de tanto desastre, no se acordaron de Dios para nada. Así lo advirtió Dietrich Bonhoeffer, quien, desde la cárcel de Tegel, donde fue asesinado por los nazis, le escribía a un amigo: “¡No te asustes! No saldré de aquí transformado en ‘homo religiosus’, más bien al contrario, mi desconfianza y mi miedo ante la religiosidad se han acrecentado aquí más que nunca. El que los israelitas no pronunciasen nunca el nombre de Dios me hace reflexionar continuamente, y cada vez lo entiendo mejor”<sup>212</sup>.

Se comprende así que, unos meses más tarde, poco antes de ser ejecutado, le escribiera a su amigo Eberhard Bethge: “Nos encaminamos hacia una época totalmente arreligiosa. Simplemente, los hombres tal como de hecho son, ya no pueden seguir siendo religiosos. Incluso aquellos que sinceramente se califican

212. Dietrich BONHOEFFER, *Resistencia y sumisión*, Salamanca, Sígueme, 2004, pg. 102-103.

de religiosos, no ponen eso en práctica en modo alguno; sin duda con la palabra ‘religioso’ se refieren a algo muy distinto”<sup>213</sup>.

Pero seamos sinceros. Si es cierto que los judíos que murieron en los campos de concentración durante la segunda guerra mundial no mencionaban a Dios, no lo es menos que los cristianos (alemanes y no alemanes) permanecemos mudos, sin atrevernos a mencionar la Religión, ni la fe en Dios, para protestar contra las atrocidades que se cometieron contra los judíos. ¿Qué Religión es esta, que es utilizada cuando y como nos conviene? ¿No es una serie de ideas y ceremonias que utilizamos a conveniencia? Insisto en lo que ya he dicho, copiando al profesor T. Ruster: “Existió un cristianismo que hizo posible Auschwitz, o al menos no lo impidió. No hubo una protesta, una resistencia general de los cristianos en Alemania cuando Auschwitz se hizo visible, ni cuando se fue conociendo más y más lo que allí sucedía”<sup>214</sup>. Como tampoco se dijo ni palabra –y esto es más grave– cuando el papa Pío XII “no tuvo en ningún momento la intención de protestar oficialmente contra la redada y deportación de los judíos de Roma”<sup>215</sup>.

La Religión deja de serlo cuando la sumisión y la observancia de lo religioso nos complica la vida, nos acarrea problemas y, sobre todo, cuando nos vemos seriamente amenazados por su causa. La Religión es “Religión” cuando nos proporciona y nos da seguridad, dignidad, tranquilidad de conciencia y argumentos para sentirnos mejor, vivir en paz y hasta posiblemente imaginarnos que así somos más importantes.

Esto lo hace la Religión en nuestra intimidad. Y con relativa frecuencia lo hace sin que nos demos cuenta de lo que realmente

213. Dietrich BONHOEFFER, o. c. pg. 197.

214. Thomas RUSTER, *El Dios falsificado*, pg. 32-33.

215. John CORNWELL, *El Papa de Hitler. La verdadera historia de Pío XII*, Barcelona, Planeta, 2000, pg. 349.

vivimos y cómo lo vivimos, algo inherente a la Religión que, por su complejidad, puede simultáneamente producir personas “ejemplares”, tan engañadas como engañosas.

## La religión va perdiendo interés

Es un hecho. En la medida en que el barullo de experiencias que pueden ser tan íntimas como contradictorias –y que he apuntado en el capítulo anterior– ha producido santos (que pueden estar en los altares) y embusteros (que merecen estar en la cárcel), la Religión ha ido perdiendo interés para grandes sectores de la población mundial. Un fenómeno que se produce cada día más, sobre todo en las sociedades más complejas, que suelen ser las de los países más desarrollados.

En todo caso –y sea cual sea la explicación que tenga este fenómeno– el declive de la Religión da la impresión de ser imparable. Por lo menos, insisto, en los países más industrializados en los que la economía es más sólida y avanzada.

Por otra parte, sería una equivocación explicar el declive de la Religión por motivos ajenos a la Religión en sí misma, tales como la economía, la política, la tecnología, etc. Por mucho que todo eso pueda haber influido, frecuentemente la Religión y sus dirigentes producen una impresión de ser algo inútil, inservible y, en demasiados casos, contradictorio.

Es público y notorio el comportamiento escandaloso de algunos clérigos –quizás numerosos– que puede ser incluso delictivo. Baste pensar en los delitos de pederastia que han cometido no

pocos hombres de Iglesia, con un agravante: el Vaticano lo ha mantenido en secreto y ha impuesto severamente tal secreto a quienes sabíamos que se cometían abusos vergonzosos y graves. Pero el gobierno de la Iglesia antepone su honor y su dignidad al derecho de los inocentes abusados.

Es evidente que el derecho de las víctimas se debe anteponer a la dignidad de los verdugos. Pero quienes fuimos educados en la Religión y para el servicio de la Religión, llevábamos inscrito, en lo más hondo de nuestra conciencia, el criterio intocable de la prevalencia de lo divino sobre lo humano, de lo sagrado sobre lo profano. Este criterio intocable fue el justificante de las guerras de Religión, la violencia de la Inquisición y todas las violencias religiosas que en el mundo han sido.

A veces esta prevalencia ha llevado incluso a importantes místicos a incurrir en afirmaciones sin pies ni cabeza. ¿Cómo si no se puede explicar que un místico de tanta importancia como san Bernardo de Claraval, en su *Exhortatio ad milites Templi*, dijera a quienes fueron a matar a los que defendían la liberación del Templo que asesinar a un hereje no es un homicidio sino un "malicidio"? La Religión y sus principios determinantes han sido el justificante de abusos y violencias que no imaginamos.

## Comienzo de un giro nuevo en la Iglesia

La situación descrita, en el capítulo anterior, ha tenido vigencia hasta que el jesuita Jorge Mario Bergoglio fue elegido obispo de Roma (Sumo Pontífice) en el conclave de sucesión de Benedicto XVI. Así apareció en la Iglesia el papa Francisco.

Este papa está teniendo, en no pocos asuntos importantes, un comportamiento distinto al de sus antecesores. Entre otras cosas, Francisco ha tenido la libertad y el valor de investigar y denunciar ante las autoridades competentes los delitos que bastantes responsables religiosos han cometido. Me refiero, sobre todo, a los abusos sexuales a menores, un delito muy grave que han cometido tantos clérigos pero que el Vaticano silenciaba sistemáticamente. Y conste que si hablo de este vergonzoso asunto es porque —hace más de cincuenta años— yo mismo sufrí esta imposición vaticana y no tuve más remedio que aguantarme en mi silencio ante un delito que conocía y comentaba toda la ciudad donde se ubicaba el seminario. Eran tiempos en los que la Religión mandaba más que el Derecho. Y, por supuesto, todo se sometía al alto clero.

Sin duda alguna, el comportamiento del papa Francisco indica un cambio importante con vistas al futuro de la Iglesia. ¿En qué sentido?

Un motivo fundamentado es la “humanidad” de un papa que a duras penas tolera distinciones y superioridades. Se viste de blanco porque no tiene más remedio. Y ha demostrado, de manera insistente, que no quiere que le llamen “santidad”, ni “santo padre”, ni ninguno de los títulos que les han dado a los papas durante siglos. Y donde muestra sentirse más a gusto es con los ancianos (sobre todo si son pobres), con los mendigos, con los presos, con los enfermos, con la gente sencilla. Le gusta andar por la calle, como un ciudadano cualquiera, y no tolera coches de alta gama. Con un utilitario, como el de cualquier funcionario, se siente feliz.

Con un papa así, podemos tener esperanza para el futuro. Porque lo importante en la vida no son las doctrinas ni las leyes, sino las conductas. Lo importante, en la vida de Jesús, no fueron sus ideas sino sus obras (“*érga*”): “*Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, aunque no me creáis a mí, creed en estas obras*” (Jn 10, 37-38). La conducta de Jesús fue lo decisivo. Y así tiene que ser en la vida de la Iglesia y, por supuesto, en la vida y la presencia del papado. ¿Será esta la nueva orientación de la Iglesia?

No es fácil responder a esta pregunta. Por eso es conveniente retomar lo que ha ocurrido con la Religión.

## La persistencia de la religión

El paréntesis de esperanza que nos presenta el papa Francisco no nos debe distraer de lo que realmente ha ocurrido en la Iglesia desde la época de la Ilustración. Es decir, desde el s. XVIII hasta el confuso tiempo que estamos soportando.

En estos más de dos siglos, una de las cosas que más parecen interesar a los dirigentes de la Religión ha sido la abundancia de dinero. Por supuesto –piensan los “hombres de la Religión”–, se trata de un capital al servicio del Reino de Dios. Con dinero se puede ayudar a los necesitados, se mantienen las misiones en países pobres, se costean hospitales y residencias para ancianos y desamparados, etcétera.

Pero ocurre que, también en la Iglesia, con dinero se han construido templos y residencias episcopales, conventos, universidades, colegios con dos puertas, la de los ricos y la de los pobres... Y por razón del dinero y la abundancia económica, los “hombres de la Religión” han mantenido y fomentado la mejor relación posible con los poderes políticos, sobre todo aquellos que conceden más favores y privilegios a la Iglesia, incluidos algunos regímenes totalitarios que han sido causantes de violencias y muertes que han quedado como paradigmas del terror.

En cualquier caso ¿qué tiene que ver todo esto con el Evangelio que anunció y nos propuso Jesús, el Señor de la vida? ¿Cómo es

posible que haya gente que se aferre a la importancia insustituible de la Religión, sin la cual no hay – ni puede haber – Evangelio? No cabe duda de que Jesús fue un hombre profundamente espiritual, que vivió vinculado al Padre-Dios, identificado con Él.

Pero, leyendo a fondo los Evangelios, resulta evidente que Jesús vivió su identificación con Dios no sólo “al margen de”, sino sobre todo “en contra de” la Religión. ¿Por qué? Porque, como ya he dicho repetidas veces en este libro, Dios se humanizó en Jesús y así, en la forma de vida de Jesús, que pasó haciendo el bien (Hch 10, 38), es donde encontramos a Dios.

Pero la historia nos dice que esta Iglesia – que tanto bien ha hecho y a la que tanto le debemos por haber conservado y transmitido el Evangelio– *“no sólo se ha mantenido al margen de las exigencias de Jesús, al que reivindica. No sólo ha atenuado, transformado y moderado su mensaje. En ciertos puntos esenciales, y en calidad de institución, lo ha tergiversado por completo. Lo ha subvertido”*<sup>216</sup>.

¿Por qué ha ocurrido semejante fenómeno? El éxito de la Iglesia sobre el Imperio, especialmente a partir de Constantino y, sobre todo, desde el emperador Teodosio (a finales del s. IV), hizo que “los hombres de la Iglesia, deslumbrados por el éxito fulminante de su Religión, se aficionaron al poder”. Y así, “prosiguió la difusión del Evangelio, pero se amplió la distancia entre los mandamientos de Cristo y las prácticas de la institución eclesiástica, que respondían cada vez más a la necesidad de asegurar su supervivencia, su desarrollo y su dominación”<sup>217</sup>.

Por este criterio se comprende perfectamente lo que ha destacado el profesor F. Lenoir: “La Inquisición se abolió en el siglo XVIII, pero ¿por qué? ¿Acaso porque la institución [eclesiástica] tomó

conciencia de su abominable comportamiento y decidió enmendarse? No. Simplemente porque ya no tenía los medios que requería su voluntad de dominación. Porque la separación de la Iglesia y el Estado (perfectamente conforme con el mensaje de Cristo) privó a la Iglesia del brazo secular en el que se apoyaba para quitar la vida a los herejes. Porque los humanistas del Renacimiento y los filósofos ilustrados habían logrado instaurar la libertad de conciencia como un derecho fundamental de todo ser humano. Hoy estas ideas se imponen a todos en Occidente, creyentes y no creyentes. No se han implantado a través de la Iglesia, sino en contra de la Iglesia, que luchó con todas sus fuerzas (menguantes) por conservar sus prerrogativas y poderes. La gran paradoja, la ironía suprema de la historia, es que el surgimiento moderno de la laicidad, los derechos humanos, la libertad de conciencia, todo lo que surgió en los siglos XVI, XVII y XVIII contra la voluntad de los clérigos, se produjo a través del recurso implícito y explícito al mensaje original de los Evangelios. Dicho de otro modo, lo que denomino aquí ‘la filosofía de Cristo’, sus enseñanzas éticas más fundamentales, no llegaron a los hombres por la puerta de la Iglesia, sino por la ventana del humanismo del Renacimiento y la Ilustración. Durante esos tres siglos, mientras la institución eclesiástica crucificaba la enseñanza de Cristo sobre la dignidad humana y la libertad de conciencia a través de la práctica inquisitorial, Jesús resucitaba en virtud de los humanismos”<sup>218</sup>.

Dicho más claramente, la sociedad europea dio pasos decisivos hacia una mayor humanización, no por la Religión que mantuvo e impuso la Iglesia, sino por el humanismo que, desde el Renacimiento hasta la Ilustración, se fue imponiendo en la sociedad europea.

216. Frédéric LENOIR, *El Cristo Filósofo*, Madrid, Ariel, 2009, pg. 15.

217. O. c., pg. 20.

218. F. LÉNOIR, o. c., pgs. 20-21.

## La religión ante la ilustración

Lo que he explicado en el capítulo anterior, ¿quiere decir que lo mismo que la Ilustración humanizó a la sociedad, también humanizó a la Religión y por eso igualmente a la Iglesia? Por desgracia, no parece que esto pueda afirmarse. Más bien —y como reacción— justamente lo contrario. Está muy bien estudiada y es prolija la bibliografía acerca de la reacción de la eclesiología del siglo XIX, desde la revolución francesa hasta el concilio Vaticano I, en 1869-1870: lo que distinguió a la Iglesia fue “la afirmación de su autoridad”<sup>219</sup> por encima de cualquier otra autoridad o potestad.

En Francia, donde la Ilustración tuvo un influjo determinante, se produjo por eso mismo una potente reacción, liderada principalmente por seculares de alto nivel económico y social, destacándose más los laicos que los clérigos. Es bien conocida la producción literaria de Joseph De Maistre, en Francia, la de Karl Ludwig von Haller, en Alemania o la de Donoso Cortés, en España<sup>220</sup>.

Destaca entre estos autores, amantes apasionados del poder de la Religión, la obra de J. De Maistre. Baste citar uno de sus tex-

219. Y. CONGAR, *L'Ecclésiologie de la Révolution Française au concile du Vatican, sous le signe de l'affirmation de l'autorité*, en *L'Ecclésiologie au XIX siècle*, Paris, Cerf, 1960, pgs. 77-114.

220. Y. CONGAR, o. c., pg. 77-79.

tos más elocuentes: “Sin papa, no hay Iglesia; sin Iglesia, no hay cristianismo; sin cristianismo, no hay sociedad: de suerte que la vida de las naciones europeas tiene, como ya lo he dicho, su fuente, su única fuente, en el poder papal”<sup>221</sup>. Esto nos muestra que la Iglesia, en lugar de humanizarse, pretendió poner el poder de la Religión en el centro de la sociedad, un poder determinante y obligatorio para todos los cristianos. Con ello se alejó de la cultura, cada día más volcada hacia lo humano y la humanidad, al tiempo que pretendía imponer la religiosidad como poder determinante de la vida, en obediencia y sumisión al Sumo Pontífice, mandatario supremo de la Iglesia y del mundo.

Precisamente por esto no puede ser mera coincidencia que el Concilio Vaticano I, en 1870, definiera la “infalibilidad del Romano Pontífice sobre la fe y las costumbres, de manera que las definiciones del Papa son irreformables”<sup>222</sup>. El poder doctrinal absoluto del Papa quedó definitivamente establecido, y deformada y radicalmente dificultada la presencia de la Iglesia en la modernidad –y mucho más en la posmodernidad–. Así, la teología, el pensamiento eclesiástico y la religión clerical se quedaron al margen del tiempo, de la cultura y del diálogo con la sociedad. El declive –y con él, la marginación– de la Iglesia en la sociedad, queda patente en el atraso e incluso el atasco en una forma de pensamiento, de lenguaje, de normas y de rituales que cada día se hacen más irreconocibles y, sobre todo, interesan menos al común de los mortales.

Pero lo notable ha sido –hasta el pontificado del papa Francisco– que la Jerarquía de la Iglesia se ha mantenido firme en su poder intocable. Un ejemplo elocuente: el papa san Pío X, en 1906,

221. J. DE MAISTRE, *De la Religion considérée dans ses rapports avec l'ordre politique et civil* (1825), (3ª ed., 1826), pg. 181. Citado por Y. Congar, o. c., pg. 82.

222. Conc. Vaticano I, *Const. Dogm. “Dei Filius”*, cal. 4º. H. DENZINGER – P. HÜNERMANN, *El Magisterio de la Iglesia, Enchiridion...*, nº 3074.

dejó escrito en una encíclica: “En la sola Jerarquía residen el derecho y la autoridad necesaria para promover y dirigir a todos los miembros hacia el fin de la sociedad. En cuanto a la multitud, no tiene otro derecho que el de dejarse conducir y, dócilmente, el de seguir a sus pastores”<sup>223</sup>.

Esta manera de pensar, con las consecuencias que conlleva, se ha mantenido en la Iglesia hasta el pontificado del papa Francisco, que ha orientado a la Iglesia en una dirección distinta, menos clerical y más evangélica. Es verdad que, en no pocos casos, la actitud y el lenguaje de los obispos (y de la mayoría de los clérigos) ha hecho notables esfuerzos por adaptarse a una gestión de gobierno más humanitaria. Pero, en todo caso, los católicos debemos recordar que el Concilio Vaticano II, en el capítulo que dedica a la Jerarquía de la Iglesia, no tuvo reparo en afirmar que “los obispos han sucedido, por institución divina en el lugar de los apóstoles, como pastores de la Iglesia, y quien a ellos escucha a Cristo escucha, y quien los desprecia, a Cristo desprecia y al que le envió (Lc 10, 16)”<sup>224</sup>. Se mantiene, pues, la Iglesia en su afirmación de obediencia y sumisión de los fieles creyentes al poder y autoridad de la Jerarquía.

223. Encicl. *Vehementer Nos*, 11-II-1906. ASS 39 (1906) pgs. 8-9. Cf. Y. CONGAR, *Ministerios y comunión eclesial*, Madrid, Fax, 1974, pg. 14.

224. Conc. Vaticano II, LG, nº 20.

## Obediencia episcopal y seguimiento evangélico

Es incuestionable: los buenos cristianos tienen que obedecer a sus obispos. Pero tan cierto como esto es que antes que la sumisión a los obispos está la fidelidad a lo que el Evangelio nos enseña.

En efecto, la enseñanza del Magisterio eclesiástico se limita a decir que los cristianos debemos obedecer a los apóstoles en su autoridad. En esto estamos de acuerdo, pero esto no es toda la verdad, porque nuestra relación con los apóstoles no es solamente de obediencia y sometimiento. Además de eso y antes que eso, nuestra relación con los apóstoles ha de mantener la fidelidad a lo que nos enseña el Evangelio. Ahora bien, si tomamos en serio la ejemplaridad del Evangelio, no cabe duda de que esa ejemplaridad se centra en el seguimiento de Jesús.

Efectivamente, el Evangelio nos dice que los cristianos debemos seguir a Jesús como los apóstoles lo siguieron (Lc 9, 57-62; Mt 8, 19-22; Mc 1, 16-21; Mt 4, 18-22; Lc 5, 1-11, etc.). Lo cual quiere decir que la Iglesia es "apostólica" porque obedece a los obispos, que son sucesores de los Apóstoles. Pero además de esto, hay que preguntarse: los Apóstoles, que instituyó Jesús, además de la autoridad y antes de ella, ¿no transmitieron a la Iglesia su ejemplaridad?



El gran teólogo (especialista en eclesiología) Y. Congar, explica así la “apostolicidad” de la Iglesia: “No se trata de introducir un principio legalista en el Evangelio de la gracia, sino de realizar justamente ese Evangelio en las condiciones en que Dios lo ha dado realmente a los hombres”<sup>225</sup>. Pues bien, Dios nos ha dado el Evangelio de forma que lo específico y decisivo, en la comunidad cristiana (la Iglesia), es el seguimiento de Jesús.

El verbo “seguir” (*akoloutheo*), que aparece 90 veces en los Evangelios, en 74 de esos textos se refiere al “seguimiento de Jesús”, aplicado sobre todo a los apóstoles<sup>226</sup>. Por eso, yo me pregunto: ¿Pueden decir los obispos lo que el apóstol Pedro le dijo a Jesús: “*nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido*” (Mc 10, 28 par)? Los obispos de nuestra Iglesia se han hecho palacios, se han puesto vestimentas de lujo y pompa, han viajado en lujosos medios de comunicación, algunos de ellos han acumulado fortunas... A tales obispos hay que obedecerlos. Pero ¿hay que obedecerlos en todo lo que mandan? ¿Hay que obedecerlos además en su forma de vivir? ¿Por qué hay que someterse a hombres cuya ejemplaridad, en no pocos casos, está lejos del Evangelio? ¿Se deduce eso del mismo Evangelio? Y ¿nos sorprende que una Iglesia que tolera tantas contradicciones se encuentre en un declive que se hace más patente cada día?

225. Y. CONGAR, *La Iglesia es apostólica*, en *Mysterium Salutis*, vol. IV/1, Madrid, Cristiandad, 1973, pg. 577.

226. G. SCHNEIDER, en *Dic. Ex. N. T.*, vol. I, 145-155.

## Declive de la religión y anticlericalismo

En los ambientes cristianos más religiosos se suele decir que el declive de la Religión se debe al anticlericalismo que tanto abunda, sobre todo desde hace algunas décadas. Más aún, lo que más llama la atención es que precisamente son los clérigos más jóvenes los que muestran un pensamiento y un comportamiento más integristas, más conservadores, más tradicionales. O sea, los que más se alejan de la sociedad en la que vivimos, ¿son los que los que van a conseguir que la sociedad del presente y del futuro sea más religiosa?

Se ha dicho –creo que con razón– que la religiosidad brota del “impulso de la conservación de sí mismo”. Por eso suele acompañar al hambre, a la sed, al miedo, a la enfermedad, al dolor, al terror ante la muerte. Es decir, la religiosidad brota de factores que el ser humano no puede controlar<sup>227</sup>. Pienso que esto es básicamente cierto, dado que la Religión centra al sujeto en sí mismo, en sus propias carencias, aspiraciones, deseos y apetencias.

Ahora bien, en la medida en que la sociedad se desarrolla y dado que la tecnología, la riqueza y el poder son factores determinantes de la vida en los países más industrializados, los más avanzados en la llamada sociedad del bienestar, la Religión se debilita, se ve marginada, interesa cada día menos a menos ciudadanos.

227. Christos YANNARAS, *Contro la Religione*, Edizioni QIQAJON, Comunità di Bose. Italia, pgs. 17-18.

En estas condiciones, el declive de la Religión parece inevitable y sencillamente imparable. Esto justamente es lo que estamos viendo y viviendo. Y ante lo que vemos y vivimos, salta la inevitable pregunta: ¿esto es una desgracia o, por el contrario, una providencia?

La respuesta dependerá necesariamente de la valoración que demos a los causantes del cambio que estamos viviendo.

Si pensamos con lógica y sensatez, a nadie se le puede ocurrir que el crecimiento tecnológico e industrial sea una desgracia. La desgracia está en la finalidad de lo que produce la técnica, cómo se elabora y para qué se utiliza. No es lo mismo inventar y fabricar medicamentos que curan, que armamentos que matan. Esto es elemental. Pero hay otros elementos tecnológicos de enorme importancia, que seguramente tenemos en las manos y no sabemos lo que traen consigo. Por ejemplo, los teléfonos móviles se fabrican utilizando el coltán, un mineral que se encuentra abundantemente en el Congo y en Australia. Como era de esperar, los países ricos —que son los que mayoritariamente fabrican teléfonos móviles— compran el coltán en el Congo. La consecuencia es que el sufrimiento y el trabajo de los pobres enriquece más a los ricos, al tiempo que empobrece más a los pobres.

Esto nos viene a decir algo tan sencillo como patético: Usted lleva en su bolsillo, no sólo un invento que le ha hecho su vida más fácil y grata, también un producto de la técnica, la industria y la economía que se ha fabricado a costa del trabajo, el sufrimiento y el empobrecimiento de los pobres del Congo.

Y la pregunta determinante es: ¿qué tiene todo esto que ver con el declive de la Religión? La respuesta sencilla. Las personas creyentes y religiosas de hace dos siglos pensaban encontrar, en su religiosidad y en sus observancias rituales, la seguridad y las soluciones que no encontraban en las limitadas respuestas que les

ofrecía la sociedad en que vivían. Sencillamente, en aquellos lejanos tiempos, una notable mayoría de la población era religiosa porque, en la Religión, creían encontrar respuesta a las muchas cosas importantes de su vida que no podían resolver de otra manera.

Pero, con el paso del tiempo, la vida ha cambiado por completo. El que se pone enfermo no va a una iglesia a rezarle a un santo. Se va a un hospital en busca de un médico. Y lo que ocurre con la medicina, se reproduce en casi todos los ámbitos de la vida y de la sociedad: en la convivencia, en la profesionalidad, en la economía, en la política, en el descanso, en el deporte, etcétera.

No pretendo ni estoy capacitado para hacer un análisis exhaustivo de y por qué la sociedad, la cultura y la vida en general han cambiado tanto en tan poco tiempo. Lo que me parece honesto y necesario destacar es que la sociedad y la cultura cambian, al tiempo que la Religión y la Iglesia se mantienen firmes y atascadas en creencias, leyes y ceremonias que las gentes de nuestro tiempo no entienden ni (según parece) les interesan.

¿Por qué este estancamiento en el pasado? Se comprende fácilmente: la Iglesia se ha centrado en la Religión más que en el Evangelio. Y mientras que la Religión es fidelidad y sumisión a tradiciones del pasado, el Evangelio es respuesta a necesidades, sufrimientos y exigencias del presente. Por esto, ante todo, pienso que el anticlericalismo —consciente en unos e inconsciente en otros— está en la raíz del declive de la Religión.

## El Evangelio como solución

El desarrollo industrial y tecnológico, con todo lo que conlleva de progreso en casi todos los ámbitos del saber y del poder humano, no ha resuelto los grandes problemas que tenemos que afrontar los seres humanos. La desigualdad en derechos, en economía, en bienestar, en casi todas las dimensiones de la vida, no sólo no se han resuelto, sino que en cuestiones muy fundamentales se han agravado. Por ejemplo, a todos nos preocupa el cambio climático, que hemos causado en gran medida los países más desarrollados, los que mejor vivimos, con nuestras tecnologías y contaminaciones. Por otra parte, el desequilibrio económico mundial es sencillamente aterrador, y todos somos conscientes de que este desastre no va a tener –si es que la tiene– una fácil y próxima solución. ¿Dónde y a qué nos podemos agarrar?

Los principales causantes del cambio climático hemos sido también, sin darnos cuenta, los causantes del declive de la Religión. No puede ser una mera coincidencia. Habrá lectores de este libro que no estarán de acuerdo con lo que acabo de decir, pero, en todo caso, es incuestionable que la Religión interesa cada día menos a una notable mayoría de la población. Sobre todo, de la gente joven, las generaciones de los cuarenta años para abajo. Y creo que me quedo corto. Es más, estamos hablando de un fenómeno el que, además de quedarme seguramente corto, va en aumento.

¿Qué quedará de la práctica de la Religión dentro de cuarenta o cincuenta años?

Ante este fenómeno –que sería necesario estar ciegos para no verlo– las personas que estiman la Religión no pueden evitar sentimientos de pesimismo, con un futuro muy oscuro en todo cuanto se refiere a Dios y a la Religión, temas tradicionalmente tan importantes. No me detengo más para explicar un asunto que ve y siente (de una forma o de otra) todo el mundo.

Sin embargo, el resultado es muy distinto si este problema se analiza desde otro punto de vista. Desde mis más profundas convicciones, el declive de la Religión no es el fenómeno que nos tiene que preocupar a quienes sentimos y vivimos el problema de Dios. Todo lo contrario. El declive de la Religión es el proceso por el que tenemos que pasar para que el Evangelio nos indique el camino y nos abra la puerta a la experiencia donde encontrar a Dios. No olvidemos el texto con el que termina el prólogo del Evangelio de Juan: “A Dios nadie lo ha visto jamás; Dios unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer” (Jn 1, 18)<sup>228</sup>.

La tesis fundamental de este texto del Evangelio de Juan es que “Dios no se revela de forma definitiva nada más que en la historia del hombre Jesús de Nazaret”<sup>229</sup>. Por eso, como he comentado anteriormente, cuando el apóstol Felipe, después de la última cena, le dijo a Jesús: “Muéstranos al Padre (Dios) y eso nos basta” (Jn 14, 8), la respuesta de Jesús es la afirmación más elocuente que hay en el Evangelio: “Felipe, tanto tiempo con vosotros ¿y no me conoces?”. Y aún más: “Felipe, el que me ve a mí, está viendo a Dios” (Jn 14, 9). En realidad, Felipe estaba viendo a un hombre que acababa de cenar. Sin embargo, en aquella realidad, tan

228. La bibliografía sobre este texto es enorme y normalmente muy selecta. Una buena selección de esta bibliografía, en Jean ZUMSTEIN, *El Evangelio según Juan*, vol. I, Salamanca, Sígueme, 2016, pg. 57.  
229. Jean ZUMSTEIN, o. c., pg. 84.

patente y tan humana, allí y en aquel hombre, estaba Dios, se veía y se palpaba al Padre-Dios. ¿Cómo? ¿Por qué? Lo diré una vez más, porque esto es lo determinante y decisivo en el cristianismo y, por tanto, en la Iglesia: porque Jesús es la encarnación de Dios, es la humanización de Dios. Dios se ha revelado a la humanidad humanizándose Él.

En consecuencia, lo que le tiene que interesar a la Iglesia y lo determinante en ella no puede ser la Religión, sino el Evangelio. Teniendo muy presente que, según los relatos evangélicos, Jesús fue un hombre en el que se palpaba una profunda religiosidad, centrada en su constante relación con el Padre y manifestada en su insistente oración. Los Evangelios, en efecto, nos informan de la intensa y frecuente vida de oración que practicaba Jesús. En los sinópticos son abundantes los relatos en los que Jesús se relaciona con el Padre mediante la oración<sup>230</sup>. Y en el Evangelio de Juan, entre otros relatos, es significativa la oración de despedida antes de la pasión (Jn 17, 1-26)<sup>231</sup>. A lo que podemos añadir la oración de Jesús en Getsemaní (Mt 26, 36-45; Mc 14, 34-42; Lc 22, 39-48) la agonía orante del mismo Jesús hasta que entregó su espíritu al Padre (Mt 27, 46; Mc 15, 34), su súplica de perdón para los que lo estaban matando (Lc 23, 14) o su expresión de confianza en el Padre (Lc 23, 46), como nos detallan los relatos de su pasión y muerte.

Es evidente, por tanto, que la Iglesia será fiel a Dios en la medida en que sea una comunidad orante y por tanto, en este sentido, profundamente religiosa. Pero no una religiosidad de ritos y ceremonias, sino una religiosidad en la que expresamos lo que

230. Cf. Mt 14, 23; 19, 13; 28, 38. 39. 43. 44; Mc 1, 35; 6, 46; 14, 22. 35. 39; Lc 3, 21; 5, 16; 6, 12; 9, 18. 28. 29; 11, 1; 22, 41. 44. 45. Cf. A. HAMMAN, *La Prière*, vol. I, Tournai (Belg.), 1959, pg. 78-94.  
231. Jean ZUMSTEIN, *El Evangelio según Juan*, vol. II, Salamanca, Sígueme, 2016, pgs. 203-243.

deseamos mediante la oración al Padre. Dado que toda oración es la expresión de un deseo, si nos identificamos con Jesús, en la medida de nuestras posibilidades, nuestros deseos más hondos se convierten automáticamente en oraciones a Dios.

En este sentido, la Iglesia debe ser una comunidad y una institución profundamente religiosa, una comunidad profundamente fundamentada en la religiosidad cuyo eje y centro es la oración.

## El apostolado nos puede engañar

Supuesto lo que acabo de comentar, es evidente que en la Iglesia hay una serie de cosas que todo el mundo ve y que, si de verdad quiere hacer presente el Evangelio, lo primero que tiene que hacer es quitárselas de encima, alejarse de ellas. No sólo porque se trata de poderes, posesiones y privilegios que no están en el Evangelio, sino sobre todo porque están manifiestamente en contra de lo que vivió, hizo y dijo Jesús. Y lo peor es que esta patente contradicción se justifica con el argumento de que el poder, el capital y los privilegios son necesarios para el apostolado.

Es más, dado que el apostolado (según dicen los sacerdotes) es lo prioritario para la Iglesia, se justifica y se cuida con esmero el hecho de mantener las mejores relaciones posibles con los poderes públicos, lo que conlleva la patente preferencia, en no pocos hombres de Iglesia, por los gobernantes que más favores y más privilegios conceden a las instituciones religiosas. Y esto entraña el peligro inevitable de que no pocos dirigentes de la Iglesia se interesen más por la buena relación con los poderes públicos que por las exigencias que provienen del Evangelio.

Todo esto necesita la debida explicación. El Evangelio se vivió y se escribió hace más de dos mil años, en una sociedad y una cultura más diferente de la nuestra de lo que podemos imaginar.

Y, sobre todo, la Iglesia actual no se reduce a un grupo de discípulos que eran (casi todos) campesinos de Galilea, sino que es tan variada y distinta como lo es la población mundial del siglo XXI.

Sin embargo, hay cosas fundamentales que son tan patentes ahora como lo fueron cuando Jesús andaba por el mundo: 1) Es evidente que los cuatro Evangelios relatan una serie de enfrentamientos y conflictos que Jesús mantuvo durante su vida pública. 2) Es evidente también que estos conflictos no se produjeron con políticos, ni con extranjeros, sino con los dirigentes (sacerdotes) o los fanáticos (fariseos) de la Religión. 3) Jesús sabía de antemano que el final de su vida sería una muerte violenta. El mismo Jesús lo afirmó tres veces (Mc 8, 31 par.; 9, 31 par.; 10, 33 s par.). Y aunque en estos anuncios haya detalles que se tendrían que precisar con más exactitud<sup>232</sup>, no cabe duda de que “Jesús esperó y anunció su pasión y su muerte violenta”<sup>233</sup>. 4) En realidad, Jesús se vio amenazado por los hombres de la Religión desde el sábado en que curó a un manco en la sinagoga (Mt 12, 14; Mc 3, 6), cuando destacó la preferencia de Dios por los extranjeros (Lc 4, 28-29) o cuando se atrevió a decir: “Yo y el Padre somos uno” (Jn 10, 30-33). Cuando Jesús afirmó que él era (y es) la presencia de Dios en este mundo, los dirigentes de la Religión vieron en él un peligro mortal para ellos y para su causa. En consecuencia, había que matarlo. Hasta esto llegó –ya en vida de Jesús– el conflicto de la Religión con el Evangelio.

232. Cf. Joachim JEREMIAS, *Teología del Nuevo Testamento*, vol. I, Salamanca, Sígueme, 1974, pgs. 321-331.

233. J. JEREMIAS, o. c., 331.

## Práctica de la religión y fidelidad al Evangelio

Ante el enfrentamiento entre Religión y Evangelio hay que hacerse una pregunta fundamental: ¿en qué radica la diferencia esencial entre la práctica de la Religión y la fidelidad al Evangelio?

Ante todo, hay que tener claro que aquí no hablamos de la esencia o de la historia de la Religión, sino de su puesta en práctica. Entonces, ¿qué es lo esencial, lo indispensable para una persona que pretende practicar una determinada Religión? La respuesta es muy clara y está generalmente admitida: cualquier Religión se pone en práctica mediante la sumisión. Porque, como destacan los especialistas en historia de las religiones, “Dios significa poder, gobierno, y se le debe honrar”, lo que se realiza, en la práctica, mediante “la sumisión y subordinación a superiores invisibles”<sup>234</sup>. De ahí los “rituales de sumisión”, tan habituales en las actividades religiosas.

Es verdad que, en el siglo pasado, hubo autores que destacaron otros aspectos de la Religión. Me refiero a autores como Rudolph Otto (*Lo Santo*) o Mircea Eliade (*Lo Sagrado y lo Profano*). Estos autores, justamente reconocidos por sus valiosas aportaciones, se referían básicamente a la experiencia de la Religión, pero

234. Walter BURKERT, *La creación de lo sagrado*, Barcelona, Acantilado, 2009, pg. 146-155.

es evidente que la experiencia es consecuencia de la práctica. Los dirigentes de la Religión (en Jerusalén y Galilea) se enfrentaron con extrema violencia a Jesús. La firme decisión de los sumos sacerdotes no era simplemente ejecutarlo, sino que el representante oficial del Imperio lo condenara a morir en una cruz. Era la pena de muerte más humillante. Los bandidos, que se ejecutaban mediante la crucifixión, podían morir también en las fauces de fieras salvajes<sup>235</sup>.

Pues bien, si lo propio y específico de la práctica de la Religión, es el sometimiento a doctrinas, normas y rituales, lo que caracteriza la fidelidad al Evangelio es la solidaridad con lo verdaderamente humano, especialmente con los que sufren, los marginados y los excluidos. El contraste es evidente.

El ejemplo más elocuente de lo que vengo explicando lo tenemos en la observancia del sábado. Desde varios siglos antes de Cristo, en la dura experiencia del destierro, el sábado (junto a la circuncisión) se consideraba como la nota distintiva de la Religión de Israel<sup>236</sup>. Por eso el buen israelita tenía que observar (someterse a) una notable cantidad de prohibiciones. Cada sábado, pues, se ponían en evidencia quiénes se sometían a las estrictas leyes de la Religión.

Según los relatos del Evangelio, cuando Jesús se veía en la disyuntiva de ser sumiso a la ley de la Religión o ser solidario con el sufrimiento de enfermos y necesitados, su decisión fue siempre y ante todo remediar el sufrimiento, aunque eso implicara ser insumiso a la Religión. Los ejemplos son abundantes: la curación del manco, en la sinagoga (Mc 3, 1-6 par) y episodios similares o equivalentes (Lc 13, 10-17; 14, 1-6; Jn 5, 1-18; 9, 1-38). Lo mismo cuando Jesús permitió que los discípulos cometieran hurto

235. Cf. Robert C. KNAPP, *Los olvidados de Roma*, Barcelona, Ariel, 2015, pgs. 351-352.

236. BILLERBECK IV, 1082 s.

arrancando espigas para comer en sábado (Mc 2, 23 par; Mt 12, 1; Lc 6, 1), Una conducta de Jesús que los fariseos consideraban enteramente ilícita (Mc 2, 24 par; Mt 12, 2; Lc 6, 2). Esta era la mentalidad de Jesús, de forma que los tres Sinópticos concluyen: “el Hijo del hombre es Señor también del sábado” (Mc 2, 28 par; Mt 12, 8; Lc 6, 5)<sup>237</sup>.

Mientras el sometimiento a los mandatos de la Religión sea más determinante, en nuestra vida, que el sufrimiento y la vida de nuestros semejantes, el Evangelio estará ausente en nosotros y la Iglesia será infiel a Jesús.

237. W. BELLNER, en Dic. Ex. N. T., vol. II, 1331-1340, con abundante y selecta bibliografía.

## Riqueza y poder en la Iglesia

Es un hecho históricamente demostrado que, desde finales del s. IV, la Iglesia admitió la riqueza y el poder como pilares sobre los que sustentar y hacer crecer su presencia y su influencia.

El año 494, el papa Gelasio escribió su famosa carta al emperador Anastasio<sup>238</sup>, en la que decía: “Existen dos instancias por las que se rige este mundo: la autoridad sagrada de los Pontífices y la potestad real” (*auctoritas sacra pontificum et regalis potestas*). Es decir, la autoridad moral (el que decide lo que se debe hacer) la tiene el papa, mientras que la potestad ejecutiva corresponde al emperador (que es un mero ejecutor). Esta era la mentalidad eclesiástica ya en el siglo V.

Semejante forma de pensar –y los criterios de conducta que se derivaban de aquella teología–, ¿cómo podía capacitar a la Iglesia para entender, explicar y vivir el Evangelio? El resultado fue una teología basada en la cultura helenística, un derecho y una moral con múltiples conexiones con el derecho romano y un sistema de gobierno absolutista.

Lo que siguió, entre los siglos VIII y IX, fue la creciente “clericalización” de la Iglesia y el distanciamiento del clero de los laicos.

238. THIEL., *Epist. Roman. Pontif.*, II, Braunberg, 1868, pgs. 350-351; PL 59, 42-43. Cf. Y. Congar, *L'Eglise de saint Augustin à l'époque moderne*, Paris, Cerf, 1970, pg. 31-33.



Cuando fueron apareciendo las lenguas vernáculas, el clero decidió seguir utilizando el latín y diciendo la misa de espaldas al pueblo. Y las discusiones sobre los sacramentos se multiplicaron hasta tal punto que había predicadores que defendían que los sacramentos son tres, mientras otros afirmaban que eran más de treinta<sup>239</sup>.

Durante siglos, en la Iglesia estuvo más presente la Religión que el Evangelio, pero no como una cuestión teórica. Ha sido la vida. En la vida de la Iglesia, la práctica de la Religión ha tenido una notable preferencia, al tiempo que la vida según el Evangelio ha quedado marginada.

Por supuesto que, en la Iglesia, incontables cantidades de mujeres y hombres han vivido en la más estricta fidelidad al Evangelio. Esto es un hecho indiscutible y ejemplar. Pero es también un hecho que la Iglesia, en su organización y gestión, ha sido –y sigue siendo– una institución en la que el poder y la riqueza han estado más presentes de lo que imaginamos.

Este asunto es tan complejo que resulta imposible aproximarse a los datos con precisión. Es sabido que el papa Francisco no está de acuerdo con esta Iglesia tan enriquecida y poderosa y que tiene enemigos en Roma y fuera de Roma. Enemigos que querrían verlo muerto. No estoy inventando ni exagerando nada.

En efecto, la riqueza y el poder no son teorías. Son hechos que ve y palpa todo el mundo. Ahí están los monumentos, las catedrales, los palacios episcopales, los enormes monasterios y los privilegios legales que la economía clerical disfruta en la mayoría de los países poderosos de Europa y América. Y dado que poder y riqueza son dos realidades que se refuerzan mutuamente –como mutuamente se ocultan en los negocios que hacen–, resulta sencillamente imposible saber hasta dónde llega la contradicción entre lo que el

clero dice sobre el Evangelio y lo que vive y hace “para imaginarse que así vive y pone en práctica” las enseñanzas de Jesús.

La pregunta lógica e inevitable que se le ocurre a cualquiera es: ¿Cómo poner esto en práctica?

239. José M. CASTILLO, *Símbolos de libertad. Teología de los Sacramentos*, Salamanca, Sígueme, 1981, pgs. 375-381.

## La orientación evangélica del papa Francisco

El papa Francisco ha dado ya pasos importantes hacia una orientación menos clerical y más evangélica de la Iglesia. Empezando por una decisión capital. La recuperación del Evangelio en la vida de la Iglesia no se consigue con teorías –aunque sean dogmas de fe– ni con leyes, por muy severas que sean, ni reformando la Curia Vaticana a base de crear nuevos dicasterios y oficinas gobernadas por personas competentes y doctos canonistas. Todo eso es importante, pero no es la solución. Y puede quedarse en un autoengaño, en una solución meramente marginal.

Es verdad que el P. Jorge Mario Bergoglio le ha dado ya una orientación distinta al papado. Tendríamos que estar ciegos para no darnos cuenta de que el papa Francisco ha empezado por tomar otro camino. El camino sencillo que consiste en vivir y relacionarse con la gente de otra manera. Es el camino que tomó Jesús. El que quedó marcado, no por enseñanzas o los mandatos, sino por las obras, la tarea, la conducta (*ta érga*), el comportamiento que ponía de manifiesto lo que hacía y cómo lo hacía Jesús<sup>240</sup>.

Recordemos el Evangelio de Mateo, cuando Juan Bautista (ya preso en la cárcel de Herodes) se enteró de lo que hacía Jesús y

240. Cf. R. HEILGENTHAL, *Werke als Zeichen* (WUNT II/9), Tübingen 1983.  
Cf. ULRICH LUZ, *El Evangelio según san Mateo*, vol. II, 224-234.

quedó desconcertado. La pregunta que los mensajeros de Juan le hicieron a Jesús no puede tener otro significado: “¿Eres tú el que tenía que venir o esperamos a otro?” (Mt 11, 3). Su respuesta se limitó a un breve y simple mensaje: “Contad a Juan lo que estáis viendo y oyendo” (Mt 11, 4). No era cuestión de teorías, argumentos ni explicaciones. La respuesta de Jesús entraba por los sentidos (la vista, el oído) y estaba tomada de los capítulos 8-9 de Isaías. Jesús era el Mesías y el que traía la solución a este mundo. ¿Cómo? Sencillamente, resolviendo y superando el sufrimiento de “ciegos, cojos, leprosos, sordos”. Y hasta devolviendo la vida a los muertos. Con una añadidura capital: “y a los pobres se les anuncia el evangelio” (Mt 11, 5). O sea, la verdadera “buena noticia” que se les puede dar a los pobres: que van a dejar de ser pobres. Lo que, en definitiva, nos viene a decir que este mundo, y la sociedad en que vivimos, tiene que cambiar.

Vuelvo a lo que está haciendo el papa Francisco. Lo decisivo de su pontificado no son las doctrinas que ha enseñado, ni las decisiones que ha tomado sobre la organización de la Curia Vaticana y sus dicasterios. Lo renovador y determinante de este Papa es lo que estamos viendo y oyendo, lo que le preocupa, lo que le interesa, lo que hace con los enfermos, los pobres, los niños, los presos... Este cambio empezó desde el día en que lo eligieron. No toleró nada más que ponerse una sotana blanca. Rechazó todo lo que pueda representar distinción, pompa y boato. Todo cuanto sea estar y convivir con los últimos es lo que le hace feliz.

Esta tarea, esta conducta, esta manera de proceder, le produce a mucha gente la impresión de que este pontificado “no da más de sí”. Cuando, en realidad, quienes enjuician tan pobremente el papado de Francisco tendrían que pensar, analizar y valorar la importancia decisiva que el Evangelio concede a las obras de Jesús. Una importancia destacada sobre todo en el Evangelio de Juan (Jn 4, 34; 5, 20. 36; 9, 3 s; 10, 25. 32. 37 s; 14, 10-12; 17, 4).

Hasta el extremo de lo que Jesús les dijo a los dirigentes de la Religión: “Si no creéis en mí, creed en mis obras” (Jn 10, 37).

Pero, si leemos los Evangelios con una visión más amplia, nos daremos cuenta de que Jesús fue tan amado por los que le seguían y tan odiado por los que lo persiguieron hasta la muerte, no por lo que decía, sino sobre todo por lo que hacía. Obras que no se limitaban a los milagros, sino que eran una forma de relacionarse con la gente que se manifestaba en dar vida y dignidad donde había marginación, exclusión y muerte. Los sumarios de la actividad de Jesús (Mt 4, 23-24; Lc 6, 17-19) preceden siempre a los discursos de su enseñanza (sermón del monte, en Mt; programa del Reino, en Lc).

Analizando el lenguaje del Evangelio, lo que no admite duda es lo que Jesús hacía. Los “signos indicativos” (*seméïa*), hechos que tenían una significación tan elocuente que llevaban a la gente a creer en él. Esto exactamente es lo que motivó a los sumos sacerdotes del templo (Jn 11, 47) a tomar la decisión de acabar con su vida, porque no podían coexistir con el Evangelio que la gente veía y palpaba en Jesús.

Si reflexionamos acerca de estos relatos del Evangelio, se comprende por qué el papa Francisco está soportando la resistencia y hasta las amenazas de los “hombres de Iglesia”, que no soportan la humanización del gobierno de la Iglesia.

## El futuro del Evangelio

He dicho repetidas veces, en este libro, que Jesús le dio más importancia a la vida y la felicidad de los seres humanos que al sometimiento y la observancia de las normas y los ritos que imponen los dirigentes de la Religión. ¿Ha procedido la Iglesia, en su larga historia, de acuerdo con el criterio de Jesús? ¿O, por el contrario, –en gran medida sin darse cuenta de lo que hacía– ha centrado más sus preocupaciones e intereses en el poder de la Religión que en la ejemplaridad del Evangelio?

Lo que ha ocurrido en la vida de la Iglesia, en su teología, sus leyes y sus intereses, es que ha sido la Religión la que se ha impuesto, quedando el Evangelio como una parte (tan importante como reducida) de la Religión cristiana. Es verdad que hay misas en las que la homilía explica y aplica muy bien el Evangelio. Pero, por desgracia, esto no suele ser lo más frecuente.

En consecuencia, en la Iglesia manda más la Religión que el Evangelio, lo que les viene de perlas a los “hombres de la Religión” porque, si hablamos sin rodeos y con claridad, la Religión da a sus ministros (los clérigos) importancia, poder y dinero, mientras que el Evangelio les causa problemas, exigencias y preocupaciones, de forma que vivir el Evangelio puede tener un alto coste, incluso la vida misma.

Lo más peligroso en este asunto es no darse cuenta de las consecuencias que se siguen de dos verbos que usamos constantemente: “decir” y “hacer”. El Evangelio se explica, se pondera, “se dice”. La Religión se practica, se observa, se cumple hasta el detalle, “se hace”. Si lo pensamos a fondo, enseguida nos daremos cuenta de la diferencia que tiene el “decir” y el “hacer” en la vida de la Iglesia y en su presencia en la sociedad.

En efecto, en un acto religioso se explica, se relata, se dice lo que contiene el Evangelio. En un acto evangélico se hace, se pone en práctica, se pasa de la oratoria a la vida. No somos más evangélicos por conocer los cuatro Evangelios, sino cuando vivimos como vivió Jesús. Desgraciadamente, en la Iglesia hay estudiosos que enseñan y explican el Evangelio, pero se quedan en eso porque, a renglón seguido de la lección evangélica, se van a su casa, su residencia, su mansión y hasta es posible que a su palacio. La Iglesia exige a sus obispos, sus sacerdotes, sus religiosos, su clero en general, una gran fidelidad a la “ortodoxia”. En cuanto a la “ortopraxis”, la recta conducta, el poder y la riqueza, cuanto más mejor. En lo demás, con tal de que no se sepa ni dé motivos de escándalo, cada cual que viva como pueda, como le guste, como prefiera. Esta Iglesia nuestra da más importancia a la fidelidad al Derecho Canónico que al Evangelio. Es la consecuencia inevitable de una institución que ha optado más por la Religión que por el Evangelio.

La conclusión es que el futuro de la Iglesia no puede ya depender del futuro de la Religión. El futuro de la Iglesia es el futuro del Evangelio. O dicho de otra manera: del futuro del Evangelio, depende el futuro de la Iglesia.

## Una Iglesia que vive el Evangelio

La palabra “Iglesia” no es un término del lenguaje bíblico del tiempo de Jesús. El término “*ekklesia*” lo utilizaban los griegos para indicar las asambleas públicas que concernían a la población<sup>241</sup>. No es, pues, presumible que un modesto habitante de Galilea, como era el caso de Jesús, utilizara términos técnicos de la cultura griega. Lo más razonable es pensar que Jesús se refería a la “comunidad” de los que, motivados por el Evangelio, le seguían.

Así, si la Iglesia quiere de verdad seguir a Jesús, la primera decisión que debe tomar es el “despojo”, es decir, desposeerse de sus muchas riquezas y repartirlas a los más pobres. Si no hace esto, ¿de qué le sirve estudiar tanto los Evangelios, explicárselos a la gente y vivir haciendo lo contrario de lo que dice? ¿No es eso lo que le ocurrió al “joven rico”? (Mc 10, 17-22; Mt 19, 16-22; Lc 18, 18-23). Aquel joven cumplía cabalmente lo que mandaba la Religión, pero no fue capaz de cumplir lo que, a juicio del Evangelio, le faltaba: “*vender la riqueza que tenía, dársela a los pobres y seguir a Jesús*” (Mc 10, 21; Mt 19, 21; Lc 18, 22). ¿No es eso lo que le ocurre a la Iglesia? Cumple, al pie de la letra lo que mandan las leyes y normas de la Religión, pero no se desprende de la inmensa riqueza que posee. Por supuesto que la Iglesia da limosnas, manda misioneros

241. Cf. J. ROLOFF, *Dic. Ex. N. T.*, vol. I, 1250-1267. Con amplia bibliografía.

y misioneras a los países pobres y ayuda a no poca gente. Pero no pasa de ahí. Por eso, yo me pregunto: la Iglesia ¿sigue a Jesús?

La segunda decisión que la Iglesia tiene que tomar es la "libertad" ante la "importancia". Me refiero a la libertad ante la ambición de ser el más importante. Según el Evangelio, los discípulos más cercanos a Jesús se despojaron de sus familias, de sus viviendas, de sus bienes, de todo. Menos de la ambición de ser el primero. Por eso precisamente, cuando Jesús iba a Jerusalén, convencido de que allí lo matarían, como narra el Evangelio en tres ocasiones (Mc 8, 31 par., 9, 31 par., 10, 33 s par)<sup>242</sup>, fue cuando los apóstoles Santiago y Juan se acercaron a pedirle a Jesús los primeros puestos. Y cuando los demás apóstoles se enteraron de semejante ambición se indignaron porque, sin duda, todos querían situarse en los primeros puestos, en los cargos de mando y privilegio, los más importantes (Mc 10, 35-45; Mt 20, 20-28; cf. Lc Lc 22, 24-27).

No obstante, no hay que olvidar que los discípulos y apóstoles, los más cercanos a Jesús, cuando fueron llamados por el Señor, inmediatamente lo dejaron todo y lo siguieron. Solamente Judas, el egoísta embustero, terminó vendiendo a Jesús y, en su desesperación por lo que había hecho, terminó con su vida ahorcándose (Mt 27, 3-10; cf. Hch 1, 18-19). Los demás apóstoles jamás dieron muestras de ambición por el dinero y la riqueza. Otra cosa fue la ambición por la importancia y el poder.

En efecto, los discípulos de Jesús pretendieron ser los únicos que podían expulsar demonios, una pretensión en la que fracasaron. Y fue un fracaso que Jesús aprobó: "*Quien no está contra nosotros está a favor nuestro*" (Mc 9, 38-41; Lc 9, 49-50). Y conste que, poco antes, los discípulos ya le habían preguntado a Jesús: "*¿Quién es el más grande en el Reino de Dios?*" (Mc 9,

33-37. 42-48; Lc 9, 46-48; 17, 1-2). Poco después, en vísperas de la pasión, se produjo el escandaloso y ridículo episodio de Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, cuando fueron (acompañados por su madre) a pedirle a Jesús los primeros puestos, lo que produjo otro enfrentamiento entre aquellos hombres por ver cuál de ellos era el más importante (Mc 10, 20-28 par).

Una ambición de importancia, categoría y poder, que se consumó con la fuga "*todos lo abandonaron y huyeron*" (Mc 14, 50 par), cuando vieron que el fracaso de Jesús iba en serio. Esto nos viene a decir que la ambición humana nos aleja de Jesús y del Evangelio por dos motivos: el dinero (Judas) o el poder (todos los demás). Lo más frecuente (y peligroso) es la ambición de ser importante, de tener poder y mando, de alcanzar la cumbre del éxito y la gloria. Es evidente que, en estas condiciones, la fraternidad y la solidaridad se anulan, se marginan, desaparecen. Y el servicio a los demás queda reducido a la nada. Una Iglesia en la que manda la ambición del poder no puede ser la Iglesia de Jesús.

Y todavía un asunto de suma importancia: la libertad en todo lo que se refiere a las relaciones de la Religión con los poderes públicos, concretamente con el poder político. Jesús no se implicó jamás en asuntos políticos. Ni a favor ni en contra. Cuando Herodes mató a Juan Bautista, Jesús no dijo ni palabra. El Evangelio se limita a decir que los discípulos de Juan le dieron sepultura (Mc 6, 29 par). Y cuando a Jesús le informaron de que Pilatos había mandado degollar a unos galileos porque se habían implicado en la liturgia del templo, no denunció la tiranía del procurador romano, sino que les dijo a sus oyentes: "*si no os enmendáis, todos vosotros pereceréis también*" (Lc 13, 1-3). Ni una palabra contra el político, sino una amenaza a los ciudadanos que no se comportaban rectamente. Es más, cuando le preguntaron a Jesús si se debían pagar los impuestos al Emperador, su respuesta nos resulta extraña a nosotros mismos: "*devolved ("âpodote") al César lo que es*

242. Joachim JEREMIAS, *Teología del Nuevo Testamento*, vol. I, Salamanca, Sígueme, 1974, pg. 321-331.

*del César*” (Lc 20, 25). ¿Qué le tenían que devolver al Emperador de Roma? La estabilidad económica y política que los sacerdotes del templo no aseguraban. De eso se encargaban los legionarios del Emperador<sup>243</sup>.

La *tercera decisión* que la Iglesia tendría que tomar es la “igualdad”. Ya he dicho antes que no es lo mismo la igualdad –que es un derecho– que la diferencia –que es un hecho– (cf. Luigi Ferrajoli). La diferencia es producto de la naturaleza, por ejemplo, nacer mujer o nacer hombre. La igualdad –o la desigualdad– es producto de las decisiones humanas, por ejemplo, que las mujeres no tengan los mismos derechos que los hombres.

Resulta inevitable reconocer que la Iglesia es una de las instituciones que establecen y defienden más desigualdades. Por supuesto, la desigualdad entre hombres y mujeres. La desigualdad entre clérigos y laicos. La desigualdad entre obispos y simples sacerdotes. La desigualdad entre los cardenales y los que no llegamos a semejante dignidad. Tantas desigualdades no se han inspirado en el Evangelio. Todo lo contrario. Jesús tuvo frecuentes y fuertes enfrentamientos, pero el único colectivo con el que Jesús jamás tuvo conflicto alguno fue precisamente el colectivo de las mujeres. Siempre las defendió, incluso cuando se trataba de mujeres poco ejemplares.

Si hablamos de desigualdad, la mayor es la que produce el sistema capitalista. Nada hay que se pueda comparar a esa atrocidad y a las consecuencias de sufrimiento y muerte que produce. Nunca he querido identificarme (o pertenecer) a un partido político. Intento centrar mi vida en el Evangelio. Por eso escribo este libro. Y por eso precisamente la Iglesia tendría que dar un ejemplo intachable de igualdad en todo cuanto le sea posible.

243. François BOVON, *El Evangelio según San Lucas*, vol. IV, Salamanca, Sígueme, 2010, pg. 114.

La Iglesia debería tener presente las consecuencias de la tajante afirmación que hizo el concilio Vaticano II: “Los seglares, como todos los fieles cristianos, tienen el derecho de recibir con abundancia... los auxilios de la palabra de Dios y de los sacramentos”<sup>244</sup>. Por tanto, la Iglesia tiene el deber de gestionar la atención a los fieles de manera que todos puedan escuchar la palabra de Dios y recibir los sacramentos. En una Iglesia en la que bastante más de la mitad de sus parroquias no tienen sacerdote que las atienda, es un deber apremiante dar una solución a este asunto central en la vida de la misma Iglesia.

Por tanto, ¿no ha llegado ya el momento de que las mujeres puedan administrar los sacramentos, incluida la celebración de la eucaristía, en una situación tan grave y que empeora más cada día? ¿Qué es más importante, marginar a las mujeres o gestionar la liturgia de manera que todos los cristianos puedan recibir la palabra de Dios y los sacramentos?

Supuestas las tres decisiones indicadas (“despojo”, “libertad” e “igualdad”), ¿cómo tendría que organizarse y gestionarse la Iglesia para que el Evangelio esté más presente en ella y sea menos determinante la legislación y el ritual?

Propongo a continuación una serie de decisiones prácticas, que pueden ayudar a este propósito:

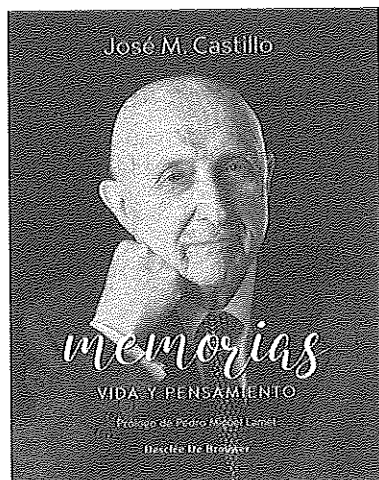
- Las diócesis deberían ser pequeñas, de manera que los cristianos de cada diócesis pudieran conocerse y ayudarse mutuamente.
- El obispo de cada diócesis debería ser elegido y nombrado, no en Roma ni en la Conferencia Episcopal de cada país, sino por los fieles cristianos de la diócesis.

244. *Const. Dogm. Sobre la Iglesia*, nº 37.

- La liturgia medieval, que todavía se celebra, debería ser actualizada de acuerdo con la Cena de despedida de Jesús, según relatan los Evangelios.
- Las comunidades de cristianos deberían centrar sus reuniones en el estudio del Evangelio que corresponde a cada semana, siguiendo el orden de estas lecturas que actualmente tiene la Iglesia.
- En todo caso, las diócesis deberían mantener y fomentar un sincero diálogo con la Conferencia Episcopal de cada país, de la misma manera que cada Conferencia Episcopal nacional debería mantener una frecuente y transparente comunicación con el Obispo de Roma. Sólo así sería posible mantener la comunión y la unidad.
- Si se observan y cumplen determinados rituales, es importante saber que eso no puede ser parte de la fe cristiana. El Evangelio no es un conjunto de ritos y ceremonias. El Evangelio es una forma de vida, en la que se revela la humanización del Dios trascendente y en la que se humaniza el “ser humano”. Viviendo como vivió Jesús –en la medida en que sea posible– no sólo humanizaremos este mundo tan deshumanizado, sino que además, y sobre todo, alcanzaremos nuestras más altas aspiraciones y el mundo será más habitable para todos los seres humanos.



## Títulos recomendados



ISBN: 978-84-330-3144-0  
Páginas: 288  
Encuadernación: Rústica con solapas  
Formato: 17 x 22 cm  
Edición: 1ª

**José M<sup>a</sup> Castillo Sánchez**

### Memorias

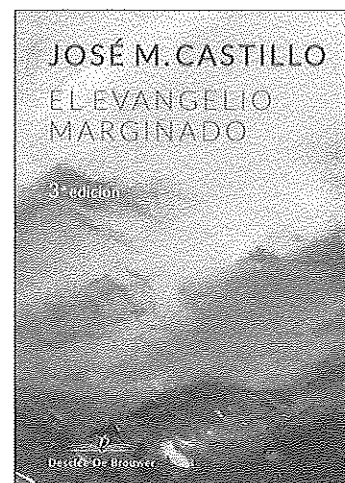
Vida y pensamiento

Amigo lector, tienes entre las manos la confesión de un profeta de nuestro tiempo, y como tal de un hombre rompedor, libre, molesto para unos, providencial para otros, que a sus noventa y dos años de vida escribe sus memorias sin tapujos, con humildad y osadía, gracias a una prodigiosa mezcla de vida y pensamiento, que constituye todo un aldabonazo a nuestra sociedad y sobre todo a la Iglesia católica a partir de la centralidad del Evangelio.

Castillo afirma: "Esta Iglesia, a la que tanto debo, vive en una enorme y palpable contradicción, que consiste en que enseña (o pretende enseñar) exactamente lo contrario de lo que vive".

Aquí están finalmente sus Memorias. Él afirma al presentarlas que no se trata de una autobiografía. Así es, y no podía ser de otra forma en un hombre cuya vida se entrelaza de tal manera con su pensamiento que una no puede entenderse sin el otro, ya que cabeza y corazón están en este caso en perfecta simbiosis.

No se trata pues de una autobiografía, pero sí de alguna manera de un autorretrato.



Colección: A los cuatro vientos  
ISBN: 978-84-330-3020-7  
Páginas: 288  
Encuadernación: Rústica  
Formato: 15 x 21 cm  
Edición: 3ª

**José María Castillo**

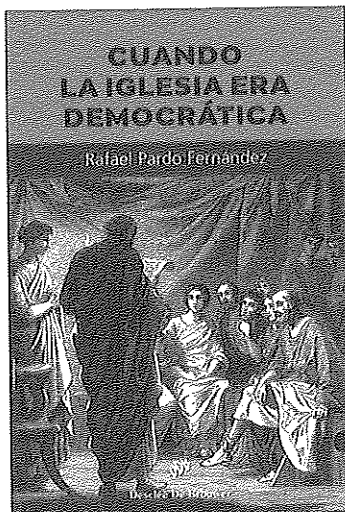
### El evangelio marginado

Está al margen, o "marginado", lo que no se aprovecha y queda fuera de lo útil. Lo marginado es lo que no nos sirve, lo que nos estorba, por eso lo apartamos de nuestras vidas. Esto es, en demasiadas ocasiones, lo que la Iglesia ha hecho con el Evangelio de Jesús.

Por supuesto que en las iglesias se habla del Evangelio, se predica y se respeta, pero la Iglesia no está organizada ni gestionada de acuerdo con el Evangelio. Tampoco la gran mayoría de los cristianos vivimos de acuerdo a él. Más aún, en muchas cuestiones vivimos contra él.

Lo que más cuida la Iglesia no es la fidelidad al Evangelio, sino la observancia de la Religión y, por eso, hemos convertido el Evangelio en un acto más de la Religión, siendo así que fue la propia Religión la que mató a Jesús porque no soportaba su Evangelio.

¿Y por qué ha ocurrido esto? ¿Cuáles son sus consecuencias? ¿Qué futuro puede tener una Iglesia que vive en semejante contradicción? ¿Acaso Jesús no fue un hombre profundamente religioso? Y si así fue, si anunció el Reino de Dios, si decimos de él que es el Hijo de Dios, ¿cómo afirmamos que la Religión mató a Jesús? A estas preguntas y a muchas otras intenta responder este libro. Con temor y temblor, pero también con esperanza. Posiblemente, la única esperanza que nos queda.



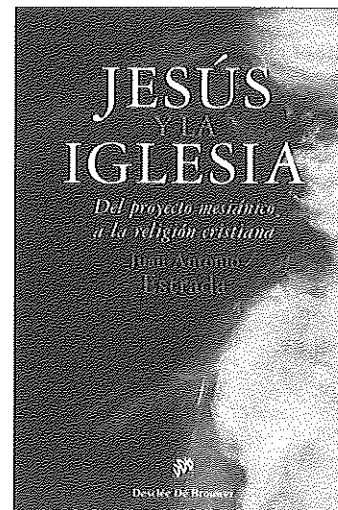
Colección: Biblioteca Manual Desclee  
ISBN: 978-84-330-3209-6  
Páginas: 124  
Encuadernación: Rústica con solapas  
Formato: 15 x 23 cm  
Edición: 1ª

**Rafael Pardo Fernández**

## **Cuando la iglesia era democrática**

La tesis de este libro es sencilla: durante muchos siglos la iglesia ha sido profundamente democrática y ha tenido usos participativos que se perdieron en la segunda mitad del s. XX. En épocas pasadas, los obispos eran nombrados democráticamente, tenían un contrapeso de gobierno en el cabildo, no podían hacer nombramientos "a dedo" porque lo impedían los cánones. No todas las decisiones provenían de Roma, sino que partían de las Iglesias locales a través de cabildos y reyes.

En siglos anteriores, los laicos no toleraban las compraventas ocultas de clérigos, fundaban templos y eran patronos de los mismos, nombraban a sus sacerdotes, se asociaban en cofradías al margen de la inspección episcopal, y las mujeres lideraban movimientos espirituales o participaban de las decisiones de las diócesis regionales. Lo más confuso es que la idea que permanece en la mente de muchos católicos es exactamente la contraria: a saber, que los Papas u obispos medievales eran despóticos y que los laicos no participaban de la vida eclesial, algo que supuestamente cambió a finales del s. XX. De una manera ágil y sencilla, el autor nos propone una revisión histórica de estos tópicos.



Colección: Biblioteca Manual Desclee  
ISBN: 978-84-330-3202-7  
Páginas: 320  
Encuadernación: Rústica con solapas  
Formato: 15 x 23 cm  
Edición: 1ª

**Juan Antonio Estrada**

## **Jesús y la Iglesia**

**Del proyecto mesiánico a la religión cristiana**

¿Qué vinculación hay entre el proyecto mesiánico de Jesús y el de la Iglesia actual? ¿Se puede afirmar que la religión cristiana corresponde a la Iglesia primitiva? Si Jesús creó una comunidad de discípulos, ¿qué es lo que justifica la evolución teológica que ha llevado a que se identifique la Iglesia con el clero y que como institución se imponga a la comunidad? ¿Depende la eclesiología solo de la cristología o necesita a la pneumatología? ¿La estructura apostólica de los orígenes permite una reforma de los ministerios actuales? Estas son algunas de las preguntas sobre los orígenes del cristianismo que responde este libro.

Se tratan también cuestiones actuales. ¿Se puede hablar de la sinodalidad y de la Iglesia en salida, que propugna el Papa Francisco, como de una actualización de la reforma que pretendió el Concilio Vaticano II? La distinción sacramental entre los obispos y los presbíteros, afirmada por el Vaticano II, ¿tiene base permanente en la tradición teológica? ¿El concepto de monarquía es válido para el papa y para los obispos en sus diócesis? ¿Se puede hablar de una eclesiología comunitaria que parta de los laicos y que tenga su punto de partida en la parroquia? ¿Cuál es la antropología y la teología desde la que se plantea prohibir el ministerio sacerdotal a las mujeres? ¿Se puede propugnar una teología de los sacramentos en la que juegue un papel el aprendizaje y creatividad del cristianismo?

Estas son algunas de las cuestiones que se abordan en un momento histórico de transición hacia otro modelo de Iglesia que responda a las necesidades actuales y que sea coherente con el proyecto mesiánico de Jesús y con el surgimiento de la Iglesia en un proceso trinitario.

## A LOS CUATRO VIENTOS

Director: Manuel Guerrero

Últimos títulos publicados

52. *La sabiduría interior. Pinceladas de filosofía experiencial*, Tomeu Barceló
53. *Teología popular (III). El final de Jesús y nuestro futuro*, José M. Castillo
54. *La psicoterapia integrativa en acción*, Richard G. Erskine y Janet P. Moursund
55. *Debate en torno al aborto. Veinte preguntas para debatir sin crispación sobre el aborto*, B. Forcano, J. Elzo, F. Mayor Zaragoza, N. Terribas, J. Masiá
56. *Para reír y rezar*, Manuel Segura Morales
57. *Guía NO farmacológica de atención en enfermedades avanzadas. Cuidados paliativos integrales*, Iosu Cabodevilla Erasó
58. *La laicidad del Evangelio*, José María Castillo (3ª ed.)
59. *Otro modo de ver, otro modo de vivir. Invitación a la no-dualidad*, E. Martínez Lozano
60. *Guía para hombres en marcha. De la línea al círculo*, Alfonso Colodrón
61. *Entra en tí*, Enrique y Mercedes Montalt Alcaide
62. *Mi alegría sobre el puente. Mirando la vida con los ojos del corazón*, J. M. Toro (2ª ed.)
63. *Ser la propia luz. Más allá de linajes y maestros, de escuelas y creencias*, R. Redondo
64. *Vivir. Espiritualidad en pequeñas dosis*, Juan Masiá
65. *El dinero emocional*, Ruth Morales
66. *Todo confluye. Espíritu y espiritualidad en los movimientos altermundistas*, J. Eizagitre
67. *Humanitinas. Fármacos humanizadores*, José Carlos Bermejo y Diana S. Simón
68. *La homosexualidad en verdad. Romper, por fin, el tabú*, Philippe Ariño
69. *Zendo Betania. Donde convergen zen y fe cristiana*, Ana María Schlüter
70. *Solo estar*, Enrique y Mercedes Montalt Alcaide
71. *La dicha de ser. No-dualidad y vida cotidiana*, Enrique Martínez Lozano (2ª ed.)
72. *Enseñanzas del Silencio de Moratiel*, Alicia Martínez (2ª ed.)
73. *Puentes de perdón*, Pax Dettoni Serrano
74. *Espiritualidad para ahora. Verbos para el hortelano del espíritu*, José Carlos Bermejo
75. *El pulso del cotidiano. Ser. Hacerse. Vivir. Realizarse*, José María Toro
76. *Más allá del olvido*, Matilde de Torres Villagrà
77. *El que vive. Relecturas del Evangelio*, Juan Masiá Clavel, S.J.
78. *Un corazón atento. Entre la misericordia y la compasión*, Luciano Sandrin
79. *El diálogo en plena conciencia. El sendero interpersonal hacia la liberación*, G. Kramer
80. *Cuando tu sufrimiento y el mío son un mismo sufrimiento. La vida como sanación compasiva*, Carlos Díaz
81. *Locura de la psiquiatría. Apuntes para una crítica de la psiquiatría y la "salud mental"*, Alberto Fernández Liria (2ª ed.)
82. *Metáforas de la no-dualidad. Señales para ver lo que somos*, Enrique Martínez Lozano
83. *Koan inspirados en San Juan de la Cruz. Luces de occidente para iluminar el camino*, Pedro Vidal López
84. *Mujeres que aman. Susurros feministas sobre el amor y el desamor*, Rosa María Belda
85. *El evangelio marginado*, José María Castillo (3ª ed.)
86. *Morir hoy. La muerte desterrada*, Víctor Manuel Cabanillas Gutiérrez
87. *Elige la vida. Una lectura existencial de la Biblia*, Montse de Paz
88. *Peregrinar a Jesús. Dios, Jesús y la Salud*, José C. Bermejo y Ariel Álvarez Valdés
89. *Psicopatología y psicoterapia de las experiencias transpersonales*, Ana Gimeno-Bayón
90. *En el principio era la vida. Comentario al evangelio de Juan*, E. Martínez Lozano
91. *Dar-se-nos. Aproximarse al sentido de la propia vida permite acceder a la comunión con el otro y con el Otro*, Enrique y Mercedes Montalt Alcaide
92. *El milagro de vivir despierto. Ser nadie, cumbre de la madurez*, Rafa Redondo
93. *Felicidad tóxica. El lado oscuro del pensamiento positivo*, Rafael Pardo
94. *Duelo digital y coronavirus*, José Carlos Bermejo
95. *Encuentros con el silencio*, Julio Zarco Rodríguez
96. *Metáforas para la consciencia*, Pepa Horno - Ilustraciones Zaida Escobar
97. *Dar gracias. Oraciones para humanizar la cotidianeidad*, José Carlos Bermejo
98. *Humanizar. Humanismo en la asistencia sanitaria*, José Carlos Bermejo, María Pilar Martínez, Marta Villacieros
99. *El mundo en que vivimos. La conciencia y el camino del alma*, Wilfried Nelles
100. *Humanizar la soledad. Comprenderla y acompañarla*, Consuelo Santamaría, José Carlos Bermejo
101. *Un camino sin atajos. Duelo por el suicidio de un ser querido*, Alejandro Rocamora Bonilla (Dir.)
102. *El sanador herido. Humanizar las relaciones de ayuda*, José Carlos Bermejo
103. *Profundidad humana, fraternidad universal. La espiritualidad no-dual*, Enrique Martínez Lozano
104. *El ser humano, un ser espiritual*, Javier Urrea
105. *La vida de Jesús y sus enseñanzas*, Manuel Segura
106. *Mindfulness para cristianos*, Rafael Pardo
107. *Oraciones para humanizar cada día*, José Carlos Bermejo
108. *El arte de mirar y escuchar desde el Corazón*, José María Toro
109. *Gratitud*, Rafael Redondo
110. *Escucha y consuelo. La palabra que sana*, José Carlos Bermejo
111. *Declive de la religión y futuro del evangelio*, José María Castillo (2ª ed.)
112. *Motivación y salud*, José Carlos Bermejo

••• En 1988, junto al Profesor Juan A. Estrada, se vio privado de la *Venia docendi* (permiso para enseñar). Esto explica que el profesor Estrada pasara a la Universidad de Granada y Castillo fuera destinado a la UCA (El Salvador) para ocupar una parte del vacío que dejaron Ellacuría y sus compañeros asesinados en San Salvador.

A partir de entonces la censura eclesiástica fue más severa para Castillo, que en 2007 abandonó la Vida Religiosa (pero no el Sacerdocio) para tener más tiempo y libertad en su producción teológica.

En 2011, la Universidad de Granada lo nombró Doctor *Honoris Causa*.

Foto de cubierta:  
Nacho Arteaga (Unsplash)



**Desclée De Brouwer**



## Declive de la religión y futuro del Evangelio

A partir del s. III y hasta el día de hoy, la Iglesia ha concedido más importancia a la Religión que al Evangelio, de forma que presenta y vive el cristianismo como una Religión que se funde y se confunde con el Evangelio. Y ello a pesar de que la Religión se enfrentó al Evangelio hasta tal punto que fueron sus propios dirigentes –los sacerdotes– quienes condenaron a Jesús a muerte. Ellos fueron los primeros en darse cuenta de que el Evangelio era la amenaza y la ruina de la Religión.

Una Religión que es la divinización de lo humano, mientras que el Evangelio supone la humanización de lo divino. ¿Por qué, entonces, está más presente en la Iglesia la Religión que el Evangelio? Sencillamente, porque los rituales de la Religión tranquilizan nuestra conciencia, mientras que las exigencias del Evangelio nos plantean el despojo de la riqueza y, sobre todo, del propio yo, lo que resulta muy difícil de aceptar para la mayoría de las personas. Esto ha llevado a una disminución de la relevancia de la Religión y a una desconexión con las necesidades de la sociedad actual.

En consecuencia, las sociedades tecnológicamente avanzadas producen actualmente más bienestar que los rituales de la Religión, que cada día interesan menos y engañan más. En cambio, el Evangelio, que exige el despojo de la riqueza y del yo, nos humaniza en un mundo que se percibe cada día más deshumanizado.

